



Julio Verne

Ante la Bandera



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

ANTE LA BANDERA

JULIO VERNE

**PUBLICADO: 1896
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I. HEALTHFUL-HOUSE

La tarjeta que recibió aquel día — 15 de junio de 189... — el director del establecimiento de Healthful-House llevaba correctamente ese simple nombre, sin escudo ni corona:

EL CONDE D'ARTIGAS

Debajo de ese nombre, en el ángulo de la tarjeta, estaba escrita a lápiz la siguiente dirección:

«A bordo de la goleta *Ebba*, fondeada en New-Berne, Pamplico-Sound.»

La capital de Carolina del Norte —uno de los cuarenta y cuatro estados de la Unión en aquella época— es la bastante importante ciudad de Raleigh, retirada unos doscientos cuarenta kilómetros hacia el interior de la provincia. Es gracias a su posición central por lo que esta ciudad se convirtió en sede de la legislatura, pues otras la igualan o la superan en valor industrial y comercial —tales como Wilmington, Charlotte, Fayetteville, Edenton, Washington, Salisbury, Tarboro, Halifax, New-Berne—. Esta última ciudad se alza en el fondo del estuario del río Neuze, que desemboca en el Pamplico-Sound, especie de vasto lago marítimo, protegido por un dique natural, islas y bancos del litoral de Carolina.

El director de Healthful-House jamás habría podido adivinar el motivo por el que recibía aquella tarjeta, de no haber ido acompañada de una nota en la que se solicitaba, para el conde d'Artigas, permiso para visitar su establecimiento. Dicho personaje esperaba que el director tuviese a bien dar su consentimiento a esa visita, y se presentaría por la tarde con el capitán Spade, comandante de la goleta *Ebba*.

Aquel deseo de penetrar en el interior de aquella casa de salud, entonces muy célebre, muy solicitada por los ricos enfermos de los Estados Unidos, no podía sino parecer de lo más natural por parte de un extranjero. Otros la habían visitado ya, sin ostentar un nombre tan ilustre como el del conde d'Artigas, y no habían escatimado sus cumplidos al director de Healthful-House. Este se apresuró, pues, a conceder la autorización solicitada, y respondió que se sentiría honrado de abrir al conde d'Artigas las puertas del establecimiento.

Healthful-House, atendida por un personal selecto, asegurado el concurso de los médicos más renombrados, era de creación privada. Independiente de los hospitales y de los hospicios, pero sometida a la vigilancia del Estado, reunía todas las condiciones de confort y de salubridad que exigen las casas de este género, destinadas a recibir una opulenta clientela.

Difícilmente se habría hallado un emplazamiento más agradable que el de Healthful-House. En la falda de una colina se extendía un parque de unas ochenta hectáreas, plantado con esas magníficas especies que prodiga la América septentrional en la parte de su territorio igual en latitud a los archipiélagos de Canarias y Madeira. En el límite inferior del parque se abría aquel amplio estuario del Neuze, refrescado sin cesar por las brisas del Pamplico-Sound y por los vientos de mar venidos de alta mar por encima del estrecho lido del litoral.

Healthful-House, donde los ricos enfermos eran atendidos en excelentes condiciones higiénicas, estaba reservada de manera más general al tratamiento de las enfermedades crónicas; pero la administración no se negaba a admitir a quienes padecían trastornos intelectuales, cuando tales afecciones no presentaban un carácter incurable.

Ahora bien, precisamente —circunstancia que debía de atraer la atención sobre Healthful-House, y que tal vez motivaba la visita del conde d'Artigas—, un personaje de gran notoriedad se hallaba allí retenido, desde hacía dieciocho meses, bajo una observación muy especial.

El personaje en cuestión era un francés, llamado Thomas Roch, de cuarenta y cinco años de edad. De que se hallaba bajo la influencia de una enfermedad mental no cabía ninguna duda. Sin embargo, hasta entonces, los médicos alienistas no habían constatado en él una pérdida definitiva de sus facultades intelectuales. Que la justa noción de las cosas le faltara en los ac-

tos más sencillos de la existencia era harto cierto. Pero su razón permanecía entera, poderosa, inatacable, cuando se apelaba a su genio, ¡y bien se sabe que genio y locura lindan con demasiada frecuencia el uno con la otra! Es verdad que sus facultades afectivas o sensoriales estaban profundamente afectadas. Cuando había ocasión de ejercitarlas, no se manifestaban sino por el delirio y la incoherencia. Ausencia de memoria, imposibilidad de atención, ni conciencia ni juicio. Aquel Thomas Roch no era entonces sino un ser desprovisto de razón, incapaz de bastarse a sí mismo, privado de ese instinto natural que no falta ni siquiera al animal —el de la conservación—, y había que cuidar de él como de un niño al que no se puede perder de vista. Por eso, en el pabellón 17 que ocupaba en la parte baja del parque de Healthful-House, su guardián tenía por tarea vigilarlo noche y día.

La locura común, cuando no es incurable, no puede curarse sino por medios morales. La medicina y la terapéutica son impotentes ante ella, y su ineficacia está reconocida desde hace tiempo por los especialistas. ¿Eran aplicables esos medios morales al caso de Thomas Roch? Cabía dudarlo, incluso en aquel medio tranquilo y saludable de Healthful-House. En efecto, la inquietud, los cambios de humor, la irritabilidad, las rarezas de carácter, la tristeza, la apatía, la repugnancia hacia las ocupaciones serias o hacia los placeres, todos esos síntomas se manifestaban con claridad. Ningún médico habría podido engañarse al respecto, ningún tratamiento parecía capaz de curarlos ni de atenuarlos.

Con razón se ha dicho que la locura es un exceso de subjetividad, es decir, un estado en el que el alma concede demasiado a su labor interior y no lo bastante a las impresiones de fuera. En Thomas Roch, esa indiferencia era casi absoluta. No vivía sino hacia dentro de sí mismo, presa de una idea fija cuya obsesión lo había llevado adonde se hallaba. Que se produjera alguna circunstancia, alguna reacción que lo «exteriorizase», por emplear una palabra bastante exacta, era improbable, pero no imposible.

Conviene exponer ahora en qué condiciones abandonó Francia aquel francés, qué motivos lo atrajeron a los Estados Unidos, por qué el gobierno federal había juzgado prudente y necesario internarlo en aquella casa de salud, donde se anotaría con minucioso cuidado todo cuanto se le escapara de manera inconsciente durante sus crisis.

Dieciocho meses antes, el ministro de Marina, en Washington, recibió una solicitud de audiencia relativa a una comunicación que dicho Thomas Roch deseaba hacerle.

Con solo ese nombre, el ministro comprendió de qué se trataba. Aunque sabía cuál sería la naturaleza de la comunicación, qué pretensiones la acompañarían, no vaciló, y la audiencia fue concedida de inmediato.

En efecto, la notoriedad de Thomas Roch era tal que, celoso de los intereses que tenía a su cargo, el ministro no podía vacilar en recibir al solicitante, en tomar conocimiento de las propuestas que este quería someterle personalmente.

Thomas Roch era un inventor, un inventor genial. Ya varios importantes descubrimientos habían puesto en evidencia su personalidad, bastante ruidosa. Gracias a él, problemas hasta entonces de pura teoría habían recibido una aplicación práctica. Su nombre era conocido en el mundo de la ciencia. Ocupaba uno de los primeros puestos del mundo sabio. Se verá a continuación a raíz de qué disgustos, de qué contrariedades, de qué decepciones, de qué ultrajes incluso —con los que lo colmaron los bromistas de la prensa— llegó a ese período de locura que había hecho necesario su internamiento en Healthful-House.

Su última invención en materia de ingenios de guerra llevaba el nombre de Fulgurador Roch. Aquel aparato poseía, a creerle a él, tal superioridad sobre todos los demás, que el Estado que se hiciera con él sería el dueño absoluto de los continentes y los mares.

De sobra se sabe con qué deplorables dificultades tropiezan los inventores cuando se trata de sus invenciones, y sobre todo cuando intentan hacerlas adoptar por las comisiones ministeriales. Numerosos ejemplos —y de los más sonados— siguen presentes en la memoria. Es inútil insistir en ello, pues esta clase de asuntos presentan a veces entresijos difíciles de esclarecer. No obstante, por lo que respecta a Thomas Roch, es justo reconocer que, como la mayoría de sus predecesores, formulaba pretensiones tan excesivas, cotizaba el valor de su nuevo ingenio a precios tan inabordables, que resultaba casi imposible negociar con él.

Ello se debía, también hay que señalarlo, a que ya, a propósito de invenciones anteriores cuya aplicación había sido fecunda en resultados, se había

visto explotado con rara audacia. Al no haber podido obtener el beneficio que equitativamente debía esperar, su humor había empezado a agriarse. Vuelto desconfiado, pretendía no entregarse sino con pleno conocimiento de causa, imponer condiciones tal vez inaceptables, ser creído bajo palabra, y, en todo caso, pedía una suma de dinero tan considerable, incluso antes de cualquier experimento, que tales exigencias parecieron inadmisibles.

En primer lugar, aquel francés ofreció el Fulgurador Roch a Francia. Dio a conocer a la comisión competente para recibir su comunicación en qué consistía esta. Se trataba de una especie de artefacto autopropulsado, de fabricación muy especial, cargado con un explosivo compuesto de sustancias nuevas, y que solo producía su efecto bajo la acción de un deflagrador igualmente nuevo.

Cuando aquel ingenio, fuera cual fuese el modo en que se hubiera lanzado, estallaba —no ya al alcanzar el blanco previsto, sino a una distancia de algunos centenares de metros—, su acción sobre las capas atmosféricas era tan enorme, que toda construcción, fuerte aislado o buque de guerra, quedaría aniquilado en una zona de diez mil metros cuadrados. Tal era el principio de la bala lanzada por el cañón neumático Zalinski, ya experimentado en aquella época, pero con resultados como mínimo centuplicados.

Si, pues, la invención de Thomas Roch poseía semejante potencia, era la superioridad ofensiva o defensiva asegurada a su país. Pero ¿no exageraba el inventor, aunque hubiese dado ya pruebas de sí con otros ingenios de su invención y de un rendimiento incuestionable? Solo los experimentos podrían demostrarlo. Ahora bien, precisamente él pretendía no consentir esos experimentos sino después de haber cobrado los millones en que evaluaba el valor de su Fulgurador.

Es cierto que ya entonces se había producido una suerte de desequilibrio en las facultades intelectuales de Thomas Roch. Ya no poseía la entera posesión de su cerebro. Se le sentía empeñado en un camino que lo conduciría gradualmente a la locura definitiva. Ningún gobierno habría podido condescender a negociar en las condiciones que él quería imponer.

La comisión francesa tuvo que romper toda negociación, y los periódicos, incluso los de la oposición radical, hubieron de reconocer que era difícil dar curso a aquel asunto. Las propuestas de Thomas Roch fueron recha-

zadas, sin que por lo demás hubiera que temer que otro Estado consintiera en acogerlas.

Con ese exceso de subjetividad que no cesó de acrecentarse en el alma tan profundamente trastornada de Thomas Roch, no ha de extrañar que la cuerda del patriotismo, aflojándose poco a poco, acabara por no vibrar ya. Hay que repetirlo, en honor de la naturaleza humana: Thomas Roch estaba, a esas alturas, aquejado de inconsciencia. Solo se sobrevivía intacto en aquello que se relacionaba directamente con su invención. En eso, nada había perdido de su genial potencia. Pero en todo lo que concernía a los detalles más ordinarios de la existencia, su decaimiento moral se acentuaba cada día y le quitaba la plena responsabilidad de sus actos.

Thomas Roch fue, pues, despedido. Tal vez habría convenido entonces impedirle llevar su invención a otra parte... No se hizo, y fue un error.

Lo que tenía que suceder, sucedió. Bajo una irritabilidad creciente, los sentimientos de patriotismo, que son de la esencia misma del ciudadano — el cual, antes de pertenecerse a sí mismo, pertenece a su país —, esos sentimientos se extinguieron en el alma del inventor decepcionado. Pensó en las demás naciones, cruzó la frontera, olvidó el inolvidable pasado, ofreció el Fulgurador a Alemania.

Allí, en cuanto supo cuáles eran las exorbitantes pretensiones de Thomas Roch, el gobierno se negó a recibir su comunicación. Además, el ministerio de la Guerra acababa de poner en estudio la fabricación de un nuevo ingenio balístico y creyó poder desdeñar el del inventor francés.

Entonces, en él, la cólera se dobló de odio —un odio instintivo contra la humanidad—, sobre todo después de que sus gestiones fracasaran ante el Consejo del Almirantazgo de Gran Bretaña. Como los ingleses son gente práctica, no rechazaron de entrada a Thomas Roch, lo tantearon, trataron de ganárselo con maña. Thomas Roch no quiso atender a razones. Su secreto valía millones, obtendría esos millones o no se le arrancaría el secreto. El Almirantazgo acabó por romper con él.

Fue en esas condiciones, cuando su trastorno intelectual empeoraba día a día, cuando hizo un último intento ante los Estados Unidos —unos dieciocho meses antes del comienzo de esta historia—.

Los americanos, todavía más prácticos que los ingleses, no regatearon el Fulgurador Roch, al que otorgaban un valor excepcional, dada la notoriedad del químico francés. Con razón lo tenían por un hombre de genio, y tomaron medidas justificadas por su estado, a reserva de indemnizarlo más tarde en una equitativa proporción.

Como Thomas Roch daba pruebas demasiado visibles de alienación mental, la administración, en interés incluso de su invención, juzgó oportuno encerrarlo.

Ya se sabe: no al fondo de un hospicio de locos fue conducido Thomas Roch, sino al establecimiento de Healthful-House, que ofrecía toda garantía para el tratamiento de su enfermedad. Y, sin embargo, aunque no le habían faltado los cuidados más atentos, el objetivo no se había alcanzado hasta la fecha.

Una vez más —conviene insistir en ello—, ocurría que Thomas Roch, por inconsciente que estuviera, se recobraba en cuanto se le llevaba al terreno de sus descubrimientos. Se animaba, hablaba con la firmeza de un hombre seguro de sí mismo, con una autoridad que imponía. En el fuego de su elocuencia, describía las maravillosas cualidades de su Fulgurador, los efectos verdaderamente extraordinarios que resultarían de él. En cuanto a la naturaleza del explosivo y del deflagrador, los elementos que lo componían, su fabricación, la destreza que esta requería, se atrincheraba en una reserva de la que nada había podido sacarlo. Una o dos veces, en lo más recio de una crisis, se llegó a creer que su secreto iba a escapársele, y se habían tomado todas las precauciones... Fue en vano. Si Thomas Roch ya ni siquiera poseía el sentimiento de su propia conservación, al menos se aseguraba la conservación de su descubrimiento.

El pabellón 17 del parque de Healthful-House estaba rodeado de un jardín, cercado de setos vivos, en el que Thomas Roch podía pasear bajo la vigilancia de su guardián. Ese guardián ocupaba el mismo pabellón que él, dormía en la misma habitación, lo observaba noche y día, no se apartaba de él ni una sola hora. Espiaba sus menores palabras durante las alucinaciones que se producían generalmente en ese estado intermedio entre la vigilia y el sueño, lo escuchaba incluso en sus sueños.

Ese guardián se llamaba Gaydon. Poco tiempo después de la reclusión de Thomas Roch, al enterarse de que se buscaba un vigilante que hablara con

soltura la lengua del inventor, se había presentado en Healthful-House, y había sido aceptado en calidad de guardián del nuevo pensionista.

En realidad, aquel supuesto Gaydon era un ingeniero francés llamado Simon Hart, desde hacía varios años al servicio de una sociedad de productos químicos establecida en Nueva Jersey. Simon Hart, de cuarenta años de edad, tenía la frente ancha, marcada con el pliegue del observador, la actitud resuelta que denotaba la energía unida a la tenacidad. Muy versado en las diversas cuestiones relacionadas con el perfeccionamiento del armamento moderno, en esas invenciones capaces de modificar su valor, Simon Hart conocía todo cuanto se había hecho en materia de explosivos, de los que se contaban entonces más de mil cien, y ya no estaba para apreciar en poco a un hombre como Thomas Roch. Creyendo en la potencia de su Fulgurador, no dudaba de que este poseía un ingenio capaz de cambiar las condiciones de la guerra en tierra y en mar, tanto para la ofensiva como para la defensiva. Sabía que la locura había respetado en él al hombre de ciencia, que en aquel cerebro, en parte trastornado, seguía brillando una claridad, una llama, la llama del genio. Entonces tuvo este pensamiento: que si, durante sus crisis, su secreto llegaba a revelarse, aquella invención de un francés aprovecharía a un país que no fuera Francia. Tomó la decisión de ofrecerse como guardián de Thomas Roch, haciéndose pasar por un americano muy versado en el manejo de la lengua francesa. Alegó un viaje a Europa, presentó su dimisión, cambió de nombre. En suma, favorecida felizmente por las circunstancias, la propuesta que hizo fue aceptada, y así fue como, desde hacía quince meses, Simon Hart desempeñaba junto al pensionista de Healthful-House el oficio de vigilante.

Aquella resolución daba fe de una entrega poco común, de un noble patriotismo, pues se trataba de un servicio penoso para un hombre de la clase y de la educación de Simon Hart. Pero —no se olvide— el ingeniero no pretendía en modo alguno despojar a Thomas Roch si lograba sorprender su invención, y este último obtendría el legítimo beneficio de ella.

Ahora bien, desde hacía quince meses, Simon Hart, o más bien Gaydon, vivía así junto a aquel demente, observando, acechando, interrogándolo incluso, sin haber ganado nada. Por lo demás, estaba más convencido que nunca de la importancia del descubrimiento de Thomas Roch. Así, lo que más temía era que la locura parcial de aquel pensionista degenerase en locura general, o que una crisis suprema aniquilase su secreto junto con él.

Tal era la situación de Simon Hart, tal era la misión a la que se sacrificaba por entero en interés de su país.

Sin embargo, a pesar de tantas decepciones y contrariedades, la salud de Thomas Roch no estaba comprometida, gracias a su vigorosa constitución. La nerviosidad de su temperamento le había permitido resistir a esas múltiples causas destructivas. De estatura mediana, la cabeza poderosa, la frente ampliamente despejada, el cráneo voluminoso, los cabellos entrecanos, el ojo extraviado a veces, pero vivo, fijo, imperioso, cuando su pensamiento dominante hacía brillar en él un destello, un bigote espeso bajo una nariz de aletas palpitantes, una boca de labios apretados, como si se cerraran para no dejar escapar un secreto, la fisonomía pensativa, la actitud de un hombre que ha luchado largo tiempo y que está resuelto a seguir luchando: tal era el inventor Thomas Roch, encerrado en uno de los pabellones de Healthful-House, sin tener tal vez conciencia de aquella reclusión, y confiado a la vigilancia del ingeniero Simon Hart, convertido en el guardián Gaydon.

CAPÍTULO II. EL CONDE D'ARTIGAS

En rigor, ¿quién era ese conde d'Artigas? ¿Un español?... A fin de cuentas, su nombre parecía indicarlo. Sin embargo, en el espejo de popa de su goleta se destacaba en letras de oro el nombre de *Ebba*, y ese es de pura procedencia noruega. Y si a aquel personaje se le hubiese preguntado cómo se llamaba el capitán del *Ebba*, Spade, habría respondido, y Effrondat su contra-maestre, y Hélim su maestro cocinero: nombres todos singularmente dispares, que indicaban nacionalidades muy diferentes.

¿Podía deducirse alguna hipótesis verosímil del tipo que presentaba el conde d'Artigas?... Difícilmente. Si la coloración de su piel, su cabellera muy negra, la gracia de su porte denunciaban un origen español, el conjunto de su persona no ofrecía en absoluto esos rasgos de raza propios de los naturales de la península ibérica.

Era un hombre de estatura por encima de la media, muy robustamente constituido, de cuarenta y cinco años a lo sumo. Con su andar tranquilo y altivo, se asemejaba a algún señor hindú al que se hubiese mezclado la sangre de los soberbios tipos de la Malasia. Si no era de complexión fría, al menos se esforzaba por parecerlo, con su gesto imperioso, su palabra breve. En cuanto a la lengua de que se servían él y su tripulación, era uno de esos idiomas que corren por las islas del océano Índico y de los mares circundantes. Es cierto que, cuando sus excursiones marítimas lo llevaban al litoral del Antiguo o del Nuevo Mundo, se expresaba con notable soltura en inglés, sin traicionar su origen extranjero sino por un leve acento.

Lo que había sido el pasado del conde d'Artigas, las diversas peripecias de una existencia de lo más misteriosa, lo que era su presente, de qué fuente manaba su fortuna —evidentemente considerable, puesto que le permitía vi-

vir como un fastuoso gentleman — , en qué lugar se hallaba su residencia habitual, o al menos cuál era el puerto de matrícula de su goleta, nadie habría podido decirlo, y nadie se habría aventurado a interrogarlo sobre el particular, tan poco comunicativo se mostraba. No parecía hombre dispuesto a comprometerse en una entrevista, ni siquiera en beneficio de los periodistas americanos.

Lo que de él se sabía era únicamente lo que decían los periódicos cuando señalaban la presencia del *Ebba* en algún puerto, y en particular los de la costa oriental de los Estados Unidos. Allí, en efecto, la goleta acudía, casi en fechas fijas, a abastecerse de todo cuanto es indispensable para las necesidades de una larga navegación. No solo se aprovisionaba de víveres — harinas, galletas, conservas, carne seca y carne fresca, bueyes y carneros en pie, vinos, cervezas y bebidas alcohólicas — , sino también de ropa, utensilios, objetos de lujo y de necesidad, todo ello pagado a precio alto, ya en dólares, ya en guineas u otras monedas de diversa procedencia.

De ello se sigue que, si bien nada se sabía de la vida privada del conde d'Artigas, no por eso dejaba de ser muy conocido en los diversos puertos del litoral americano, desde los de la península de Florida hasta los de Nueva Inglaterra.

No hay, pues, por qué extrañarse de que el director de Healthful-House se sintiera muy honrado por la petición del conde d'Artigas, ni de que la acogiera con solicitud.

Era la primera vez que la goleta *Ebba* hacía escala en el puerto de New-Berne. Y sin duda, solo el capricho de su propietario la había llevado hasta la desembocadura del Neuze. ¿Qué habría venido a hacer en ese lugar?... ¿Aprovisionarse?... No, pues el Pamplico-Sound no ofrecía los recursos que ofrecían otros puertos, tales como Boston, Nueva York, Dover, Savannah, Wilmington en Carolina del Norte, y Charleston en Carolina del Sur. En ese estuario del Neuze, en el mercado de escasa importancia de New-Berne, ¿contra qué mercancías habría podido el conde d'Artigas cambiar sus piastras y sus billetes de banco? Esa cabecera del condado de Craven no cuenta sino con cinco o seis mil habitantes. El comercio se reduce allí a la exportación de granos, cerdos, muebles, pertrechos navales. Además, unas semanas antes, durante una escala de diez días en Charleston, la goleta había tomado

su cargamento completo con destino a un lugar que se ignoraba, como siempre.

¿Había venido, pues, aquel enigmático personaje con el único fin de visitar Healthful-House?... Tal vez, y nada de sorprendente había en ello, puesto que aquel establecimiento gozaba de una fama muy real y muy merecida.

Tal vez también el conde d'Artigas había tenido la fantasía de encontrarse con Thomas Roch. La notoriedad universal del inventor francés habría justificado esa curiosidad.

¡Un loco genial, cuyas invenciones prometían revolucionar los métodos del arte militar moderno!

Por la tarde, tal como indicaba su solicitud, el conde d'Artigas se presentó a la puerta de Healthful-House, acompañado del capitán Spade, el comandante del *Ebba*.

De acuerdo con las órdenes dadas, ambos fueron admitidos y conducidos al despacho del director.

Este dispensó al conde d'Artigas una acogida solícita, se puso a su disposición, sin querer dejar a nadie el honor de ser su cicerone, y recibió sinceros agradecimientos por su amabilidad. Mientras se visitaban las salas comunes y los aposentos particulares del establecimiento, el director no dejaba de hablar de los cuidados dispensados a los enfermos —cuidados muy superiores, si se le quería creer, a los que habrían recibido en el seno de sus familias, tratamientos de lujo, repetía, cuyos resultados habían valido a Healthful-House un éxito merecido.

El conde d'Artigas, que escuchaba sin apartarse de su flema habitual, parecía interesarse por aquella verborrea inagotable, tal vez para disimular mejor el deseo que lo había llevado allí. Sin embargo, tras una hora dedicada a aquel paseo, creyó oportuno decir:

—¿No tiene usted, señor, un enfermo del que se ha hablado mucho estos últimos tiempos, y que incluso ha contribuido, en gran medida, a atraer la atención pública sobre Healthful-House?

—Es, supongo, de Thomas Roch de quien quiere usted hablar, señor conde... —preguntó el director.

—En efecto... de ese francés... de ese inventor cuya razón parece estar muy comprometida...

—Muy comprometida, señor conde, ¡y tal vez sea una suerte que lo esté! En mi opinión, la humanidad nada tiene que ganar con esos descubrimientos cuya aplicación aumenta los medios de destrucción, ya demasiado numerosos...

—Es pensar con sensatez, señor director, y en ese punto mi opinión coincide con la suya. El verdadero progreso no va por ese camino, y considero genios malhechores a quienes marchan por esa vía. —Pero ¿ha perdido entonces por completo ese inventor el uso de sus facultades intelectuales?...

—Por completo... no... señor conde, salvo en lo que respecta a las cosas ordinarias de la existencia. En ese sentido, ya no tiene ni comprensión ni responsabilidad. Pero su genio de inventor ha permanecido intacto, ha sobrevivido a la degeneración mental, y si se hubiera cedido a sus pretensiones fuera de todo sentido común, no dudo de que de sus manos habría salido un nuevo ingenio de guerra... cuya necesidad no se hace sentir en absoluto...

—En absoluto, señor director —repitió el conde d'Artigas, a quien el capitán Spade pareció dar la razón.

—Por lo demás, señor conde, podrá usted juzgarlo por sí mismo. Hemos aquí llegados frente al pabellón que ocupa Thomas Roch. Si su reclusión está muy justificada desde el punto de vista de la seguridad pública, no por ello deja de ser tratado con todas las consideraciones que se le deben y los cuidados que exige su estado. Y además, en Healthful-House está a salvo de los indiscretos que pudieran querer...

El director completó su frase con un movimiento de cabeza de lo más elocuente, lo que hizo asomar una sonrisa imperceptible a los labios del extranjero.

—Pero —preguntó el conde d'Artigas—, ¿no se deja nunca solo a Thomas Roch?...

—Nunca, señor conde, nunca. Tiene junto a él, en vigilancia permanente, a un guardián que habla su lengua y del que estamos absolutamente seguros. En caso de que, de un modo u otro, se le escapase alguna indicación re-

lativa a su descubrimiento, esa indicación sería recogida al instante, y ya se vería qué uso convendría darle.

En ese momento, el conde d'Artigas dirigió una rápida mirada al capitán Spade, quien respondió con un gesto que parecía decir: entendido. Y, en efecto, quien hubiese observado al capitán durante aquella visita habría notado que examinaba con particular minuciosidad toda aquella parte del parque que rodeaba el pabellón 17, las diversas aberturas que daban acceso a él, probablemente con vistas a un plan decidido de antemano.

El jardín de aquel pabellón lindaba con el muro perimetral de Healthful-House. Por el exterior, ese muro cerraba la base misma de la colina, cuya falda se prolongaba en suave pendiente hasta la orilla derecha del Neuze.

Ese pabellón no tenía más que una planta baja, coronada por una terraza a la italiana. La planta baja comprendía dos habitaciones y una antecámara, con ventanas protegidas por barrotes de hierro. A cada lado de la vivienda se alzaban hermosos árboles, entonces en todo el esplendor de su follaje. Por delante verdeaban frescos céspedes aterciopelados, donde no faltaban ni los arbustos variados ni las flores vistosas. El conjunto se extendía sobre unos dos mil metros cuadrados, de uso exclusivo de Thomas Roch, libre de recorrer aquel jardín bajo la vigilancia de su guardián.

Cuando el conde d'Artigas, el capitán Spade y el director penetraron en aquel recinto, el que vieron a la puerta del pabellón fue el guardián Gaydon.

Inmediatamente, la mirada del conde d'Artigas se posó en aquel guardián, a quien pareció observar con una insistencia singular que no fue advertida por el director.

No era, sin embargo, la primera vez que unos extranjeros venían a visitar al huésped del pabellón 17, pues el inventor francés pasaba con justicia por ser el pensionista más curioso de Healthful-House. No obstante, la atención de Gaydon se vio solicitada por la originalidad del tipo que presentaban aquellos dos personajes, cuya nacionalidad ignoraba. Si el nombre del conde d'Artigas no le era desconocido, nunca había tenido ocasión de encontrarse con aquel rico gentleman durante sus escalas en los puertos del este, y no sabía que la goleta *Ebba* estuviera entonces fondeada a la entrada del Neuze, al pie de la colina de Healthful-House.

—Gaydon —preguntó el director—, ¿dónde está en este momento Thomas Roch?...

—Allí —respondió el guardián, señalando con la mano a un hombre que se paseaba con paso meditabundo bajo los árboles, detrás del pabellón.

—El señor conde d'Artigas ha sido autorizado a visitar Healthful-House, y no ha querido marcharse sin haber visto a Thomas Roch, del que tanto se ha hablado estos últimos tiempos...

—Y del que se hablaría mucho más —respondió el conde d'Artigas— si el gobierno federal no hubiese tomado la precaución de encerrarlo en este establecimiento...

—Precaución necesaria, señor conde.

—Necesaria, en efecto, señor director, y más vale que el secreto de ese inventor se extinga con él, para tranquilidad del mundo.

Tras haber mirado al conde d'Artigas, Gaydon no había vuelto a pronunciar una sola palabra, y, precediendo a los dos extranjeros, se dirigió hacia el macizo de árboles al fondo del recinto.

Los visitantes no tuvieron que dar sino unos pocos pasos para hallarse frente a Thomas Roch.

Thomas Roch no los había visto llegar, y, cuando estuvieron a corta distancia de él, es presumible que no advirtiera su presencia.

Entretanto, el capitán Spade, sin dar pie a sospechas, no cesaba de examinar la disposición del lugar, el emplazamiento del pabellón 17 en aquella parte inferior del parque de Healthful-House. Cuando hubo remontado las alamedas en pendiente, distinguió fácilmente el extremo de una arboladura que asomaba por encima del muro perimetral. Para reconocer la arboladura de la goleta *Ebba* le bastó una ojeada, y así pudo cerciorarse de que, por ese lado, el muro discurría a lo largo de la orilla derecha del Neuze.

Mientras tanto, el conde d'Artigas observaba al inventor francés. En aquel hombre, todavía vigoroso —lo reconoció—, la salud no parecía haber sufrido con una reclusión que duraba ya dieciocho meses. Pero su actitud extraña, sus gestos incoherentes, su ojo extraviado, su falta de atención a cuanto ocurría a su alrededor, denotaban hartamente un estado de inconsciencia completo y un profundo deterioro de las facultades mentales.

Thomas Roch acababa de sentarse en un banco, y con la punta de una varita que sostenía en la mano trazó en la alameda el perfil de una fortificación. Luego, arrodillándose, formó pequeños montículos de arena que evidentemente representaban bastiones. Después, tras arrancar unas hojas de un arbusto cercano, las plantó en la cima de los montículos, a modo de otras tantas banderitas, todo ello con la mayor seriedad, sin preocuparse en absoluto de las personas que lo miraban.

Era aquello un juego de niños, pero un niño no habría mostrado esa gravedad tan característica.

—¿Está, pues, completamente loco?... —preguntó el conde d'Artigas, quien, pese a su impasibilidad habitual, pareció sentir cierta decepción.

—Ya le advertí, señor conde, que no se podía obtener nada de él —respondió el director.

—¿No podría al menos prestarnos alguna atención?...

—Decidirlo tal vez será difícil. —Y, volviéndose hacia el guardián—: Háblele usted, Gaydon, y tal vez, al oír su voz, venga a responderle...

—Me responderá, esté usted seguro, señor director —dijo Gaydon. Luego, tocando a su pensionista en el hombro—: ¿Thomas Roch?... —pronunció en tono bastante suave.

Este alzó la cabeza, y, de todas las personas presentes, sin duda no vio sino a su guardián, aunque el conde d'Artigas, el capitán Spade, que acababa de acercarse, y el director formaran círculo a su alrededor.

—Thomas Roch —dijo Gaydon, que se expresaba en inglés—, aquí tiene a unos extranjeros deseosos de verlo... Se interesan por su salud... por sus trabajos...

Esta última palabra fue la única que pareció sacar al inventor de su indiferencia.

—¿Mis trabajos?... —replicó él en esa misma lengua inglesa que hablaba como su lengua nativa.

Tomando entonces una piedrecilla entre el índice y el pulgar encorvados, como una canica entre los dedos de un chiquillo, la lanzó contra uno de los montículos de arena y lo derribó. Un grito de alegría se le escapó.

— ¡Por tierra!... ¡El bastión por tierra!... ¡Mi explosivo lo ha destruido todo de un solo golpe!

Thomas Roch se había incorporado; el fuego del triunfo brillaba en sus ojos.

— Ya lo ve usted —dijo el director, dirigiéndose al conde d'Artigas—, la idea de su invención no lo abandona nunca...

— ¡Y morirá con él! —afirmó el guardián.

— ¿No podría usted, Gaydon, llevarlo a hablar de su Fulgurador?...

— Si me da usted la orden, señor director... lo intentaré...

— Se la doy, pues creo que eso puede interesar al conde d'Artigas...

— En efecto —respondió el conde d'Artigas, sin que su fría fisonomía dejara traslucir nada de los sentimientos que lo agitaban.

— Debo advertirle que corro el riesgo de provocar una nueva crisis... — hizo notar el guardián.

— Interrumpirá usted la conversación cuando lo juzgue conveniente. Dígame a Thomas Roch que un extranjero desea tratar con él la compra de su Fulgurador...

— Pero ¿no teme usted que se le escape su secreto?... —replicó el conde d'Artigas.

Y esto fue dicho con tal viveza que Gaydon no pudo contener una mirada de desconfianza, de la que aquel impenetrable personaje no pareció inquietarse en absoluto.

— No hay nada que temer —respondió—, ¡y ninguna promesa le arrancará su secreto a Thomas Roch!... Mientras no se le hayan puesto en la mano los millones que exige...

— No los llevo encima —respondió tranquilamente el conde d'Artigas.

Gaydon volvió junto a su pensionista y, como la primera vez, tocándolo en el hombro:

— Thomas Roch —dijo—, aquí tiene a unos extranjeros que se proponen comprar su descubrimiento...

Thomas Roch se irguió.

—¿Mi descubrimiento?... —exclamó—. ¿Mi explosivo... mi deflagrador?...

Y una animación creciente indicaba bien la inminencia de aquella crisis de la que Gaydon había hablado, y que siempre provocaban las preguntas de esa índole.

—¿Cuánto quieren pagarme por él... cuánto?... —añadió Thomas Roch. No había ningún inconveniente en prometerle una suma, por enorme que fuese—. ¿Cuánto... cuánto?... —repetía.

—Diez millones de dólares —respondió Gaydon.

—¿Diez millones?... —exclamó Thomas Roch—. ¡Diez millones... un Fulgurador cuya potencia es diez millones de veces superior a todo lo que se ha hecho hasta ahora!... ¡Diez millones... un proyectil autopropulsado que puede, al estallar, extender su poder destructivo sobre diez mil metros cuadrados!... ¡Diez millones... el único deflagrador capaz de provocar su explosión!... Pero todas las riquezas del mundo no bastarían para pagar el secreto de mi ingenio, ¡y antes que entregarlo a ese precio, me cortaría la lengua con los dientes!... ¡Diez millones, cuando eso vale mil millones... mil millones... mil millones!...

Thomas Roch se mostraba bien el hombre al que le faltaba toda noción de las cosas cuando se trataba de negociar con él. E incluso si Gaydon le hubiera ofrecido diez mil millones, aquel insensato habría exigido más todavía.

El conde d'Artigas y el capitán Spade no habían dejado de observarlo desde el comienzo de aquella crisis: el conde, siempre flemático, aunque su frente se hubiera ensombrecido; el capitán, meneando la cabeza como un hombre que pareciera decir: ¡Decididamente, nada se puede hacer con ese desdichado!

Thomas Roch, por lo demás, acababa de echar a correr, y corría a través del jardín, gritando con voz ahogada por la cólera:

—¡Miles de millones... miles de millones!

Gaydon, dirigiéndose entonces al director, le dijo:

—¡Ya se lo había advertido!

Luego se lanzó en persecución de su pensionista, lo alcanzó, lo tomó del brazo y, sin encontrar demasiada resistencia, lo condujo de vuelta al pabellón, cuya puerta se cerró en el acto.

El conde d'Artigas se quedó a solas con el director, mientras el capitán Spade recorría por última vez el jardín a lo largo del muro inferior.

—No exageraba yo en absoluto, señor conde —declaró el director—. Es un hecho constante que la enfermedad de Thomas Roch avanza cada día. A mi juicio, su locura es ya incurable. Aunque se pusiera a su disposición todo el dinero que pide, no se sacaría nada de él...

—Es probable —respondió el conde d'Artigas—, y sin embargo, aunque sus exigencias financieras rayan en lo absurdo, no por ello ha dejado de inventar un ingenio de una potencia por así decirlo infinita...

—Esa es la opinión de las personas competentes, señor conde. Pero lo que ha descubierto no tardará en desaparecer con él en una de esas crisis, cada vez más intensas y más frecuentes. Pronto, incluso, el móvil del interés, el único que parece haber sobrevivido en su alma, desaparecerá también...

—¡Quedará tal vez el móvil del odio! —murmuró el conde d'Artigas, en el momento en que el capitán Spade acababa de reunirse con él ante la puerta del jardín.

CAPÍTULO III. DOBLE RAPTO

Media hora después, el conde d'Artigas y el capitán Spade seguían el camino, bordeado de hayas seculares, que separa de la orilla derecha del Neuzze el establecimiento de Healthful-House. Ambos se habían despedido del director —este declarándose muy honrado por su visita, aquellos agradeciéndole su benévola acogida—. Un centenar de dólares, destinados al personal de la casa, daban fe de las generosas disposiciones del conde d'Artigas. Era, ¿cómo dudarlo?, un extranjero de la más alta distinción, si es por la generosidad por lo que se mide la distinción.

Tras salir por la verja que cerraba Healthful-House a media colina, el conde d'Artigas y el capitán Spade habían bordeado el muro perimetral, cuya altura desafiaba cualquier intento de escalada. El primero iba pensativo, y su compañero tenía por costumbre esperar, de ordinario, a que le dirigiera la palabra.

El conde d'Artigas no se decidió a ello sino en el momento en que, tras detenerse en el camino, pudo medir con la mirada la cresta del muro tras el cual se alzaba el pabellón 17.

—¿Has tenido tiempo —preguntó— de hacerte una idea exacta del lugar?...

—Exacta, señor conde —respondió el capitán Spade, recalcando el título que daba al extranjero.

—¿Nada se te ha escapado?...

—Nada de lo que era útil saber. Por su situación detrás de ese muro, el pabellón es fácilmente abordable, y, si persiste usted en sus planes...

—Persisto, Spade.

—¿A pesar del estado mental en que se encuentra Thomas Roch?...

—A pesar de ese estado, y si logramos raptarlo...

—Eso es asunto mío. Llegada la noche, me encargo de penetrar en el parque de Healthful-House, y luego en el recinto del pabellón, sin ser visto por nadie...

—¿Por la verja de entrada?...

—No... por este lado.

—Pero, por ese lado, está el muro, y después de salvarlo, ¿cómo volverás a pasarlo con Thomas Roch, si ese loco grita... si opone alguna resistencia... si su guardián da la alarma...

—Que eso no le inquiete... No tendremos más que entrar y salir por esa puerta.

El capitán Spade señalaba, a pocos pasos, una estrecha puerta, practicada en medio del muro, que sin duda no servía sino a la gente de la casa, cuando su servicio los llamaba a las orillas del Neuze.

—Por ahí —prosiguió el capitán Spade— tendremos acceso al parque, y sin habernos tomado la molestia de usar una escalera.

—Esa puerta está cerrada...

—Se abrirá.

—¿Es que no tiene cerrojos por dentro?...

—Los descorrí durante mi paseo por la parte baja del jardín, y el director no vio nada de eso...

El conde d'Artigas se acercó a la puerta y dijo: —¿Cómo la abrirás?

—Aquí tiene la llave —respondió el capitán Spade. Y presentó una llave que había retirado de la cerradura, tras haber liberado los cerrojos de sus hembrillas.

—No se puede hacer mejor, Spade —dijo el conde d'Artigas—, y es probable que el rapto no presente demasiadas dificultades. Volvamos a la goleta. Hacia las ocho, cuando sea de noche, una de las embarcaciones te dejará con cinco hombres...

—Sí... cinco hombres —respondió el capitán Spade—. Bastarán incluso para el caso de que ese guardián se pusiera en guardia y hubiera que desembarazarse de él...

—Desembarazarse de él... —replicó el conde d'Artigas—, sea... si fuera absolutamente necesario... Pero es preferible apoderarse de ese Gaydon y traerlo a bordo del *Ebba*. ¿Quién sabe si no ha sorprendido ya una parte del secreto de Thomas Roch?...

—Es justo.

—Y además, Thomas Roch está acostumbrado a él, y no tengo intención de cambiar nada de sus costumbres.

El conde d'Artigas acompañó esta respuesta de una sonrisa lo bastante elocuente para que el capitán Spade no pudiera engañarse sobre el papel reservado al vigilante de Healthful-House.

El plan de aquel doble rapto quedaba, pues, decidido, y parecía tener todas las probabilidades de éxito. A menos que, durante las dos horas de luz que aún quedaban, se advirtiera que faltaba la llave de la puerta del parque, que se habían corrido los cerrojos, el capitán Spade y sus hombres tenían asegurado poder penetrar en el interior del parque de Healthful-House.

Conviene observar, por lo demás, que, a excepción de Thomas Roch, sometido a una vigilancia especial, los demás pensionistas del establecimiento no eran objeto de ninguna medida de ese tipo. Ocupaban los pabellones o las habitaciones de los edificios principales situados en la parte superior del parque. Todo hacía pensar que Thomas Roch y el guardián Gaydon, sorprendidos de forma aislada, puestos en la imposibilidad de oponer una resistencia seria, o incluso de pedir socorro, serían víctimas de ese rapto que iba a intentar el capitán Spade en beneficio del conde d'Artigas.

El extranjero y su acompañante se dirigieron entonces hacia una pequeña ensenada donde los esperaba uno de los botes del *Ebba*. La goleta estaba fondeada a dos cables de distancia, con las velas recogidas en sus fundas amarillentas, sus vergas regularmente apicadas, tal como se hace a bordo de los yates de recreo. Ningún pabellón se desplegaba por encima de la coronación. En lo alto del palo mayor flotaba tan solo un ligero gallardete rojo que la brisa del este, que tendía a amainar, apenas desplegaba.

El conde d'Artigas y el capitán Spade embarcaron en el bote. Cuatro remos los llevaron en pocos instantes hasta la goleta, a la que subieron por la escala lateral.

El conde d'Artigas regresó de inmediato a su camarote de popa, mientras el capitán Spade se dirigía a proa para dar sus últimas órdenes.

Al llegar cerca del castillo de proa, se inclinó sobre las bordas de estribor y buscó con la mirada un objeto que flotaba a algunas brazas.

Era una boya de pequeño tamaño, temblando al chapoteo de la bajamar del Neuze.

La noche caía poco a poco. Hacia la orilla izquierda del sinuoso río, la indecisa silueta de New-Berne empezaba a difuminarse. Las casas se recortaban en negro sobre un horizonte todavía cruzado por una larga franja de fuego en el borde de las nubes de poniente. Al lado opuesto, el cielo se difuminaba entre algunos vapores espesos. Pero no parecía que hubiera que temer la lluvia, y esos vapores se mantenían en las zonas altas del cielo.

Hacia las siete, las primeras luces de New-Berne centellearon en los diversos pisos de las casas, mientras los resplandores de los barrios bajos se reflejaban en largos zigzags, vacilando apenas bajo las orillas, pues la brisa amainaba con el atardecer. Las barcas de pesca remontaban despacio, camino de las calas del puerto, unas buscando un último soplo con sus velas flácidas, otras impulsadas por sus remos, cuyo golpe seco y acompasado se propagaba a lo lejos. Dos vapores pasaron lanzando chorros de chispas por su doble chimenea coronada de humo negruzco, batiendo las aguas con sus poderosas ruedas de paletas, mientras el balancín de la máquina subía y bajaba por encima del spardeck, relinchando como un monstruo marino.

A las ocho, el conde d'Artigas reapareció en cubierta, acompañado de un personaje de unos cincuenta años de edad, al que dijo:

—Es hora, Serkö...

—Voy a avisar a Spade —respondió Serkö. El capitán se reunió con ellos —. Prepárate para partir —le dijo el conde d'Artigas.

—Estamos listos.

—Haz que nadie se ponga en guardia en Healthful-House ni pueda sospechar que Thomas Roch y su guardián han sido llevados a bordo del *Ebba*...

—Donde, por lo demás, no los encontrarían aunque vinieran a buscarlos —añadió Serkö. Y se encogió de hombros, riendo de buen humor—. Sin embargo, más vale no despertar sospechas —respondió el conde d'Artigas.

La embarcación estaba lista. El capitán Spade y cinco hombres ocuparon su lugar en ella. Cuatro de ellos empuñaron los remos. El quinto, el contra-maestre Effrondat, que debía quedarse guardando el bote, se puso a la caña junto al capitán Spade.

—Buena suerte, Spade —exclamó Serkö sonriendo—, y opera sin ruido, como un enamorado que rapta a su amada...

—Sí... a menos que ese Gaydon...

—Necesitamos a Roch y a Gaydon —dijo el conde d'Artigas.

—¡Entendido! —replicó el capitán Spade.

El bote se apartó del costado, y los marineros lo siguieron con la mirada hasta que desapareció en medio de la oscuridad.

Conviene señalar que, mientras esperaba su regreso, el *Ebba* no hizo ningún preparativo de zarpa. Sin duda no contaba con abandonar el fondeadero de New-Berne después del rapto. Y, en efecto, ¿cómo habría podido ganar la mar abierta? Ya no se sentía el menor soplo de brisa, y la marea entrante iba a hacerse sentir, antes de media hora, hasta varias millas río arriba del Neuze. Por eso la goleta no se puso a pique sobre su ancla.

Fondeada a dos cables de la orilla, el *Ebba* habría podido acercarse más y encontrar todavía unos cinco o seis metros de fondo, lo que habría facilitado el embarque cuando el bote regresara a atracar junto a ella. Pero si esa maniobra no se había efectuado, era porque el conde d'Artigas había tenido razones para no ordenarla.

La distancia se salvó en pocos minutos, pues el bote pasó sin ser visto.

La orilla estaba desierta, desierto también el camino que, bajo el amparo de las grandes hayas, bordeaba el parque de Healthful-House.

El rezón, lanzado a la orilla, quedó sólidamente sujeto. El capitán Spade y los cuatro marineros desembarcaron, dejando al contra-maestre en la popa, y desaparecieron bajo la oscura bóveda de los árboles.

Al llegar ante el muro del parque, el capitán Spade se detuvo, y sus hombres se apostaron a cada lado de la puerta.

Tras la precaución tomada por el capitán Spade, a este no le quedaba sino introducir la llave en la cerradura y luego empujar la puerta, a menos, sin embargo, que alguno de los criados del establecimiento, al notar que no estaba cerrada como de costumbre, la hubiera atrancado por dentro.

En ese caso, el rapto habría resultado difícil, incluso admitiendo que fuera posible salvar la cresta del muro.

En primer lugar, el capitán Spade pegó el oído a la hoja de la puerta.

Ningún ruido de pasos en el parque, ningún ir y venir alrededor del pabellón 17. Ni una hoja se movía en las ramas de las hayas que resguardaban el camino. Por todas partes ese silencio sofocado de la campiña rasa en una noche sin brisa.

El capitán Spade sacó la llave del bolsillo y la deslizó en la cerradura. El pestillo cedió y, con un leve empujón, la puerta se abrió de fuera hacia dentro.

Las cosas estaban, pues, tal como las habían dejado los visitantes de Healthful-House.

El capitán Spade entró en el recinto, tras cerciorarse de que nadie se hallaba en las inmediaciones del pabellón, y los marineros lo siguieron.

La puerta fue simplemente empujada contra el marco, lo que permitiría al capitán y a los marineros lanzarse a paso rápido fuera del parque.

En aquella parte sombreada por árboles altos, salpicada de macizos, reinaba una oscuridad tal que habría sido difícil distinguir el pabellón, de no haber brillado una de las ventanas con una viva claridad.

No cabía duda de que aquella ventana era la de la habitación ocupada por Thomas Roch y por el guardián Gaydon, puesto que este no se apartaba ni de día ni de noche del pensionista confiado a su vigilancia. Por eso el capitán Spade esperaba encontrarlo allí.

Él y sus cuatro hombres avanzaron con cautela, cuidando de que el ruido de una piedra golpeada o de una rama pisoteada no revelara su presencia. Ganaron así terreno hacia el pabellón, de manera que alcanzaron la puerta

lateral, cerca de la cual la ventana se iluminaba a través de los pliegues de sus cortinas.

Pero, si aquella puerta estaba cerrada, ¿cómo se penetraría en la habitación de Thomas Roch? Eso era, sin duda, lo que se había preguntado el capitán Spade. Puesto que no poseía una llave capaz de abrirla, ¿no sería necesario romper uno de los cristales de la ventana, hacer girar la falleba con un rápido movimiento de mano, precipitarse en la habitación, sorprender allí a Gaydon con una brusca agresión, dejarlo incapaz de pedir socorro? Y, en efecto, ¿cómo proceder de otro modo?...

No obstante, aquel golpe de fuerza presentaba ciertos peligros. El capitán Spade se daba perfecta cuenta de ello, como hombre al que, de ordinario, la astucia le sentaba mejor que la violencia.

Pero no tenía elección. Lo esencial, por lo demás, era raptar a Thomas Roch —a Gaydon por añadidura, conforme a las intenciones del conde d'Artigas—, y había que lograrlo a toda costa.

Al llegar bajo la ventana, el capitán Spade se irguió de puntillas y, por un resquicio de las cortinas, pudo abarcar con la mirada la habitación.

Gaydon estaba allí, junto a Thomas Roch, cuya crisis no había terminado todavía desde la partida del conde d'Artigas. Aquella crisis exigía cuidados especiales, que el guardián prodigaba al enfermo siguiendo las indicaciones de un tercer personaje.

Era uno de los médicos de Healthful-House, a quien el director había enviado inmediatamente al pabellón 17.

La presencia de aquel médico no podía sino complicar evidentemente la situación y hacer más difícil el rapto.

Thomas Roch estaba tendido, completamente vestido, en una tumbona. En ese momento parecía bastante tranquilo. A la crisis, que iba apaciguándose poco a poco, seguirían unas horas de sopor y de somnolencia.

En el instante en que el capitán Spade se había alzado hasta la altura de la ventana, el médico se disponía a retirarse. Aguzando el oído, pudo oírsele afirmar a Gaydon que la noche transcurriría sin otra alarma, y que no tendría que intervenir por segunda vez.

Dicho esto, el médico se dirigió hacia la puerta, la cual, no se ha olvidado, se abría cerca de aquella ventana ante la que esperaban el capitán Spade y sus hombres. Si no se escondían, si no se agazapaban tras los macizos cerkanos al pabellón, podían ser vistos, no solo por el doctor, sino por el guardián, que se disponía a acompañarlo hasta la salida.

Antes de que ambos aparecieran en la escalinata, el capitán Spade hizo una señal, y los marineros se dispersaron, mientras él se dejaba caer al pie del muro.

Afortunadamente, la lámpara había quedado dentro de la habitación, y no había riesgo de ser delatados por un haz de luz.

En el momento de despedirse de Gaydon, el médico, deteniéndose en el primer escalón, dijo:

— ¡He ahí uno de los ataques más recios que ha sufrido nuestro enfermo!... ¡No harían falta dos o tres de este tipo para que perdiera la poca razón que le queda!

— Por eso mismo —respondió Gaydon—, ¿por qué no prohíbe el director la entrada del pabellón a todo visitante?... A cierto conde d'Artigas, a las cosas de que le habló a Thomas Roch, le debe nuestro pensionista el estado en que usted lo ha encontrado.

— Llamaré sobre ello la atención del director —replicó el médico.

Descendió entonces los escalones de la escalinata, y Gaydon lo acompañó hasta el fondo de la alameda ascendente, después de haber dejado entornada la puerta del pabellón.

En cuanto ambos se hubieron alejado una veintena de pasos, el capitán Spade se incorporó, y los marineros se reunieron con él.

¿No convenía aprovechar aquella circunstancia que el azar ofrecía para penetrar en la habitación, apoderarse de Thomas Roch, entonces sumido en un semisueño, y luego esperar el regreso de Gaydon para apresarlo también?...

Pero en cuanto el guardián constatarla la desaparición de Thomas Roch, se pondría a buscarlo, llamaría, daría la alarma... El médico acudiría de inmediato... El personal de Healthful-House se pondría en pie... El capitán

Spade no tendría tiempo de alcanzar la puerta del muro, de franquearla, de volver a cerrarla tras de sí...

Por lo demás, no tuvo tiempo de reflexionar sobre el particular. Un ruido de pasos en la arena indicaba que Gaydon se dirigía hacia el pabellón. Lo mejor era abalanzarse sobre él, ahogar sus gritos antes de que pudiera dar la alarma, dejarlo en la imposibilidad de defenderse. Entre cuatro, o incluso entre cinco, se vencería fácilmente su resistencia, y se lo arrastraría fuera del parque. En cuanto al rapto de Thomas Roch, no ofrecería ninguna dificultad, puesto que aquel desdichado demente ni siquiera tendría conciencia de lo que se hiciera con él.

Entretanto Gaydon acababa de rodear el macizo y se dirigía hacia la escalinata. Pero, en el momento en que ponía el pie en el primer escalón, los cuatro marineros se abatieron sobre él, lo tendieron en tierra sin darle tiempo a lanzar un grito, lo amordazaron con un pañuelo, le pusieron una venda en los ojos, le ataron los brazos y las piernas, y con tal fuerza que quedó reducido a no ser más que un cuerpo inerte.

Dos de los hombres se quedaron a su lado, mientras el capitán Spade y los demás se introducían en la habitación.

Tal como pensaba el capitán, Thomas Roch se hallaba en tal estado que el ruido ni siquiera lo había sacado de su sopor. Tendido en la tumbona, con los ojos cerrados, de no ser por su respiración fuertemente marcada, se lo habría podido creer muerto. No pareció indispensable atarlo ni amordazarlo. Bastaba con que uno de los dos hombres lo agarrara por los pies, el otro por la cabeza, y lo llevarían hasta la embarcación custodiada por el contramaestre de la goleta.

Y eso fue hecho en un instante.

El capitán Spade fue el último en salir de la habitación, tras haber tenido el cuidado de apagar la lámpara y de volver a cerrar la puerta. De este modo, cabía admitir que el rapto no podría descubrirse antes del día siguiente, y como muy pronto en las primeras horas de la mañana.

La misma maniobra se empleó para el transporte de Gaydon, que se efectuó sin dificultad. Los otros dos hombres lo levantaron y, bajando a través del jardín, rodeando los macizos, ganaron el muro perimetral.

En aquella parte del parque, siempre desierta, la oscuridad se hacía más profunda. Ya ni siquiera se veían, en la vertiente de la colina, las luces de los edificios de la parte superior del parque y de los demás pabellones de Healthful-House.

Al llegar ante la puerta, al capitán Spade no le costó sino tirar de ella hacia sí.

Los hombres que transportaban al guardián la franquearon primero. Thomas Roch fue sacado en segundo lugar, en brazos de los otros dos. Luego el capitán Spade pasó a su vez y volvió a cerrar la puerta con aquella llave que se proponía arrojar a las aguas del Neuze en cuanto hubiera alcanzado la embarcación del *Ebba*.

Nadie en el camino, nadie en la orilla.

A los veinte pasos se encontraron con el contramaestre Effrondat, que esperaba, sentado contra el talud.

Thomas Roch y Gaydon fueron depositados en la popa del bote, en el que el capitán Spade y sus marineros vinieron a ocupar su sitio.

—Suelta el rezón, y rápido —ordenó el capitán Spade al contramaestre.

Este ejecutó la orden y, dejándose caer a lo largo de la orilla, embarcó el último.

Los cuatro remos golpearon el agua, y la embarcación se dirigió hacia la goleta. Un fanal, en lo alto del palo trinquete, indicaba su fondeadero, y, veinte minutos antes, acababa de girar sobre su ancla con la marea.

Dos minutos después, el bote se hallaba abarloado al costado del *Ebba*.

El conde d'Artigas estaba apoyado en la borda, cerca de la escala del portalón.

—¿Hecho, Spade?... —preguntó.

—Hecho.

—¿Los dos?...

—Los dos... ¡el guardián y el guardado!...

—¿Nadie sospecha nada en Healthful-House?...

—Nadie. —No era de suponer que Gaydon, con los oídos y los ojos bajo la venda, hubiera podido reconocer la voz del conde d'Artigas y la del capitán Spade. Conviene observar, además, que ni Thomas Roch ni él fueron izados de inmediato a bordo de la goleta. Hubo roces a lo largo del casco. Transcurrió media hora antes de que Gaydon, que había conservado toda su sangre fría, se sintiera alzado, y luego bajado hasta el fondo de la bodega. Consumado el rapto, parecía que al *Ebba* no le restaba sino abandonar su fondeadero, para descender el estuario, atravesar el Pamplico-Sound y hacerse a la mar abierta. Y, sin embargo, a bordo no se realizó ninguna de esas maniobras que acompañan a la zarpa de un buque. ¿No resultaba, pues, peligroso permanecer en aquel lugar, después del doble rapto llevado a cabo esa misma noche? ¿Había escondido el conde d'Artigas a sus prisioneros con la suficiente discreción para que no pudieran ser descubiertos, si el *Ebba*, cuya presencia en las cercanías de Healthful-House debía de parecer sospechosa, recibía la visita de los agentes de New-Berne?...

Fuera como fuese, una hora después del regreso de la embarcación —salvo los hombres de guardia tendidos en proa—, la tripulación en su puesto, el conde d'Artigas, Serkö y el capitán Spade en sus camarotes, todos dormían a bordo de la goleta, inmóvil sobre aquel tranquilo estuario del Neuze.

CAPÍTULO IV. LA GOLETA *EBBA*

No fue sino al día siguiente, y sin mostrar ninguna prisa, cuando el *Ebba* comenzó sus preparativos. Desde el extremo del muelle de New-Berne pudo verse, tras el lavado de la cubierta, cómo la tripulación sacaba las velas de sus fundas bajo la dirección del contramaestre Effrondat, largaba las garceteras, aparejaba las drizas, izaba las embarcaciones, con vistas a una zarpa.

A las ocho de la mañana, el conde d'Artigas todavía no se había dejado ver. Su acompañante, el ingeniero Serkö —así se lo designaba a bordo—, tampoco había salido aún de su camarote. En cuanto al capitán Spade, se ocupaba de dar a los marineros diversas órdenes que indicaban la partida inmediata.

El *Ebba* era un yate extraordinariamente diseñado para la regata, aunque nunca había figurado en las competiciones de América del Norte ni del Reino Unido. Su arboladura elevada, su superficie de velamen, la cruz de sus vergas, su calado, que le aseguraba una gran estabilidad incluso cuando se cubría de lona, sus formas esbeltas a proa, finas a popa, sus líneas de flotación admirablemente trazadas, todo denotaba un buque muy rápido, muy marino, capaz de aguantar los peores temporales.

En efecto, ciñendo el viento, con brisa fuerte, la goleta *Ebba* podía cubrir fácilmente sus doce millas por hora.

Es cierto que los veleros están siempre sometidos a las inconstancias de la atmósfera. Cuando sobrevienen las calmas, deben resignarse a no avanzar. Así, aunque posean cualidades náuticas superiores a las de los yates de vapor, nunca tienen las garantías de marcha que el vapor da a estos últimos.

De ahí parece desprenderse que, todo sopesado, la superioridad corresponde al buque que reúne las ventajas de la vela y de la hélice. Pero tal no era, sin duda, la opinión del conde d'Artigas, puesto que se contentaba con una goleta para sus excursiones marítimas, incluso cuando rebasaba los límites del Atlántico.

Aquella mañana, el viento soplaba del oeste en brisa suave. El *Ebba* se vería, pues, favorecido, primero para salir del estuario del Neuze, luego para alcanzar, a través del Pamplico-Sound, uno de esos inlets —especie de estrechos— que establecen la comunicación entre el lago y alta mar.

Dos horas después, el *Ebba* seguía balanceándose sobre su ancla, cuya cadena empezaba a tensarse con la marea menguante. La goleta, virada por el reflujo, presentaba su proa hacia la desembocadura del Neuze. La pequeña boya que, la víspera, flotaba a babor, debía de haber sido recogida durante la noche, pues ya no se la veía en el chapoteo de la corriente.

De pronto, un cañonazo retumbó a una milla de distancia. Una ligera humareda coronó las baterías de la costa. Algunas detonaciones le respondieron, disparadas por las piezas escalonadas a lo largo de la cadena de las largas islas, del lado de mar abierto.

En ese momento, el conde d'Artigas y el ingeniero Serkö aparecieron en cubierta.

El capitán Spade se acercó a ellos.

—Un cañonazo... —dijo.

—Lo esperábamos —respondió el ingeniero Serkö, encogiéndose ligeramente de hombros.

—Eso indica que nuestra operación ha sido descubierta por la gente de Healthful-House —prosiguió el capitán Spade.

—Sin duda —replicó el ingeniero Serkö—, y esas detonaciones significan la orden de cerrar los pasos.

—¿En qué puede eso interesarnos?... —preguntó en tono tranquilo el conde d'Artigas.

—En nada —respondió el ingeniero Serkö. El capitán Spade había tenido razón al decir que, a esas alturas, la desaparición de Thomas Roch y de su

guardián era ya conocida por el personal de Healthful-House. En efecto, al despuntar el día, el médico, que se había dirigido al pabellón 17 para su visita habitual, había encontrado la habitación vacía. Avisado de inmediato, el director hizo que se practicaran registros en el interior del recinto. La investigación reveló que, si bien la puerta del muro perimetral, en la parte que bordea la base de la colina, estaba cerrada con llave, la llave ya no se hallaba en la cerradura, y, además, que los cerrojos habían sido retirados de sus hembrillas. No cabía duda: por esa puerta se había efectuado el rapto durante la tarde o durante la noche. ¿A quién debía atribuirse?... A este respecto, era imposible establecer siquiera una simple presunción, ni sospechar de nadie en particular. Lo que se sabía era que, la víspera, hacia las siete y media de la tarde, uno de los médicos del establecimiento había ido a ver a Thomas Roch, presa de una violenta crisis. Después de haberle dispensado sus cuidados, dejándolo en un estado que le quitaba toda conciencia de sus actos, había abandonado el pabellón, acompañado por el guardián Gaydon hasta el final de la alameda lateral.

¿Qué había ocurrido después?... Se ignoraba.

La noticia de aquel doble rapto fue enviada telegráficamente a New-Ber-
ne, y de allí a Raleigh. Por despacho, el gobernador de Carolina del Norte dio de inmediato la orden de no dejar salir ningún buque del Pamlico-Sound sin que hubiera sido objeto de una minuciosa inspección. Otro despacho advirtió al crucero de estación *Falcon* para que se prestara a la ejecución de esas medidas. Al mismo tiempo, se tomaron severas disposiciones con el fin de someter a vigilancia las ciudades y el campo de toda la provincia.

Así pues, a consecuencia de esa disposición, el conde d'Artigas pudo ver, a dos millas al este del estuario, cómo el *Falcon* comenzaba sus preparativos de zarpa. Ahora bien, durante el tiempo que le sería necesario para ponerse en presión, la goleta habría podido hacer ruta sin temor a ser perseguida, al menos durante una hora.

—¿Hay que levar el ancla?... —preguntó el capitán Spade.

—Sí, puesto que el viento es favorable, pero sin mostrar ninguna prisa —respondió el conde d'Artigas.

—Es cierto —añadió el ingeniero Serkö—, los pasos del Pamplico-Sound deben de estar vigilados ahora, y ningún buque podría, antes de ganar la mar abierta, evitar la visita de esos caballeros tan curiosos como indiscretos...

—Zarpemos de todos modos —ordenó el conde d'Artigas—. Cuando los oficiales del crucero o los agentes de aduanas hayan registrado el *Ebba*, se levantará el embargo para ella, y me sorprendería mucho que no se le concediera libre paso...

—¡Con mil excusas, y mil deseos de buen viaje y pronto regreso! —replicó el ingeniero Serkö, cuya frase terminó en una risa prolongada.

Cuando la noticia se conoció en New-Berne, las autoridades se preguntaron primero si había habido fuga o rapto de Thomas Roch y de su guardián. Como una fuga no habría podido efectuarse sin la connivencia de Gaydon, esa idea fue descartada. En opinión del director y de la administración, la conducta del guardián Gaydon no podía dar pie a ninguna sospecha.

Se trataba, pues, de un rapto, y puede imaginarse el efecto que aquel suceso produjo en la ciudad. ¡Cómo! El inventor francés, tan severamente custodiado, había desaparecido, ¡y con él el secreto de aquel Fulgurador del que nadie había podido todavía adueñarse!... ¿No resultarían de ello gravísimas consecuencias?... ¿No estaba definitivamente perdido para América el descubrimiento del nuevo ingenio?... Suponiendo que el golpe se hubiera dado en beneficio de otra nación, ¿no obtendría por fin esa nación de Thomas Roch, caído en su poder, lo que el gobierno federal no había podido obtener?... Y, de buena fe, ¿cómo admitir que los autores del rapto hubieran actuado por cuenta de un simple particular?...

Así pues, las medidas se extendieron a los diversos condados de Carolina del Norte. Se organizó una vigilancia especial a lo largo de las carreteras, de los ferrocarriles, en torno a las viviendas de las ciudades y del campo. En cuanto al mar, iba a quedar cerrado en todo el litoral desde Wilmington hasta Norfolk. Ningún buque quedaría exento de la visita de los oficiales o agentes, y debería ser retenido ante el menor indicio sospechoso. Y no solo el *Falcon* hacía sus preparativos de zarpa, sino que algunas lanchas de vapor, de reserva en las aguas del Pamplico-Sound, se disponían a recorrerlo en todos los sentidos con la orden de registrar, hasta el fondo de la bodega,

buques de comercio, buques de recreo, barcas de pesca, tanto los que permanecían en su fondeadero como los que se disponían a hacerse a la mar.

Y, sin embargo, la goleta *Ebba* se disponía a levar anclas. En suma, no parecía que el conde d'Artigas sintiera la menor inquietud por las precauciones ordenadas por la administración, ni por las eventualidades a que se expondría si se encontraban a bordo Thomas Roch y el guardián Gaydon.

Hacia las nueve, se completaron las últimas maniobras. La tripulación de la goleta viró al cabrestante. La cadena ascendió a través del escobén, y, en el momento en que el ancla estuvo a pique, las velas fueron rápidamente cazadas.

Unos instantes después, con sus dos foques, su trinquetilla, su trinquete, su vela mayor y sus juanetes, el *Ebba* puso rumbo al este, con el fin de doblar la orilla izquierda del Neuze.

A veinticinco kilómetros de New-Berne, el estuario tuerce bruscamente, y, en una extensión más o menos igual, remonta hacia el noroeste ensanchándose. Tras pasar frente a Croatan y Havelock, el *Ebba* alcanzó el recordo, y avanzó en dirección norte, ciñendo el viento a lo largo de la orilla izquierda. Eran las once cuando, favorecida por la brisa, y sin haberse cruzado ni con el crucero ni con las lanchas de vapor, viró a la altura de la punta de la isla de Sivan, más allá de la cual se extiende el Pamplico-Sound.

Esa vasta extensión líquida mide un centenar de kilómetros desde la isla Sivan hasta la isla Roadoke. Del lado del mar se desgrana un rosario de islas largas y estrechas, otros tantos diques naturales, que corren de sur a norte, desde el cabo Look-out hasta el cabo Hatteras, y desde este último hasta el cabo Henri, a la altura de la ciudad de Norfolk, situada en el estado de Virginia, limítrofe con Carolina del Norte.

El Pamplico-Sound está iluminado por múltiples faros, dispuestos en los islotes y las islas, de manera que hacen posible la navegación durante la noche. De ahí la gran facilidad para los buques deseosos de buscar refugio contra la marejada del Atlántico, que tienen la seguridad de hallar allí buenos fondeaderos.

Varios pasos establecen la comunicación entre el Pamplico-Sound y el océano Atlántico. Un poco más allá de los faros de la isla Sivan se abren el

Ocracoke-inlet, más lejos el Hatteras-inlet, y luego, más arriba, esos otros tres que llevan los nombres de Logger-Head, New-inlet y Oregon.

De esta disposición resulta que, siendo el paso que se presentaba a la goleta el de Ocracoke, cabía presumir que el *Ebba* lo tomaría, a fin de no cambiar sus amuras.

Es verdad que el *Falcon* vigilaba entonces esa parte del Pamplico-Sound, registrando los buques de comercio y las barcas de pesca que maniobraban para salir. Y, en efecto, a esas horas, por un acuerdo común de las órdenes recibidas de la administración, cada paso era vigilado por navíos del Estado, sin contar las baterías que dominaban la mar abierta.

Al llegar a la altura del Ocracoke-inlet, el *Ebba* no intentó acercarse a él, como tampoco evitar las lanchas de vapor que maniobraban a través del Pamplico-Sound. Parecía que aquel yate de recreo no quisiera hacer más que un paseo matinal, y continuó su marcha indiferente, ganando terreno hacia el estrecho de Hatteras.

Era por ese paso, sin duda, y por razones que solo él conocía, por donde el conde d'Artigas tenía intención de salir, pues su goleta, orzando un cuarto, tomó entonces esa dirección.

Hasta ese momento, el *Ebba* no había sido abordado por los agentes de aduanas, ni por los oficiales del crucero, aunque nada hubiera hecho por sustraerse a ellos. Por lo demás, ¿cómo habría logrado burlar su vigilancia?

¿Consentía, pues, la autoridad, por privilegio especial, en ahorrarle las molestias de una inspección?... ¿Se consideraba a ese conde d'Artigas un personaje demasiado encumbrado para contrariar su navegación, aunque solo fuera una hora?... Habría sido inverosímil, puesto que, aun teniéndolo por un extranjero que llevaba la gran existencia de los favorecidos por la fortuna, nadie sabía, en suma, ni quién era, ni de dónde venía, ni adónde iba.

La goleta prosiguió así su ruta con andar airoso y rápido sobre las aguas tranquilas del Pamplico-Sound. Su pabellón —una media luna de oro estampada en el ángulo de una bandera de estameña roja, izada en su pico de cangreja— se desplegaba ampliamente bajo la brisa...

El conde d'Artigas estaba sentado, a popa, en uno de esos sillones de mimbre, de uso corriente a bordo de los buques de recreo. El ingeniero Ser-

kö y el capitán Spade conversaban con él.

—No se dan prisa en honrarnos con su saludo, esos señores oficiales de la marina federal —hizo notar el ingeniero Serkö.

—Que vengan a bordo cuando quieran —respondió el conde d'Artigas con el tono de la más completa indiferencia.

—Sin duda esperan al *Ebba* a la entrada del inlet de Hatteras —observó el capitán Spade.

—Que la esperen —concluyó el rico yachtman. Y volvió a caer en esa flemática despreocupación que le era habitual. Cabía creer, por lo demás, que la hipótesis del capitán Spade se cumpliría, pues era evidente que el *Ebba* se dirigía hacia el inlet indicado. Si el *Falcon* todavía no se movía para venir a «hacerla entrar en razón», lo haría sin duda en cuanto se presentara a la entrada del paso. En ese lugar, le sería imposible negarse a la inspección prescrita, si quería salir del Pamplico-Sound para alcanzar la mar abierta.

Y no parecía, por lo demás, que quisiera eludirla en modo alguno. ¿Es que Thomas Roch y Gaydon estaban tan bien escondidos a bordo que los agentes del Estado no podrían descubrirlos?... Esa suposición era admisible, pero tal vez el conde d'Artigas habría mostrado menos confianza de haber sabido que el *Ebba* había sido señalado de manera muy especial al crucero y a las lanchas de aduanas.

En efecto, la venida del extranjero a Healthful-House no había hecho sino atraer la atención sobre él. Evidentemente, el director no podía haber tenido ningún motivo para sospechar de los móviles de su visita. Sin embargo, solo unas horas después de su marcha, el pensionista y su vigilante habían sido raptados, y desde entonces nadie había sido recibido en el pabellón 17, nadie se había puesto en contacto con Thomas Roch. Así, despiertas las sospechas, la administración se preguntó si no habría que ver en aquel asunto la mano de ese personaje. Una vez observada la disposición del lugar, reconocidos los alrededores del pabellón, ¿no habría podido el acompañante del conde d'Artigas descorrer los cerrojos de la puerta, retirar la llave, volver al caer la noche, deslizarse dentro del parque, llevar a cabo aquel rapto en condiciones relativamente fáciles, puesto que la goleta *Ebba* no estaba fondeada sino a dos o tres cables del recinto?...

Ahora bien, esas sospechas, que ni el director ni el personal del establecimiento habían sentido al principio de la investigación, crecieron cuando se vio que la goleta levaba anclas, descendía el estuario del Neuze y maniobraba de modo que ganase uno de los pasos del Pamplico-Sound.

Fue, pues, por orden de las autoridades de New-Berne por lo que el crucero *Falcon* y las embarcaciones de vapor de la aduana quedaron encargados de seguir a la goleta *Ebba*, de detenerla antes de que hubiera franqueado alguno de los inlets, de someterla a los registros más severos, de no dejar sin explorar ninguna parte de sus camarotes, de sus tambuchos, de sus puestos, de su bodega. No se le concedería la libre plática sin haber adquirido la certeza de que Thomas Roch y Gaydon no se hallaban a bordo.

Ciertamente, el conde d'Artigas no podía sospechar que recayeran sobre él sospechas particulares, que su yate estuviera especialmente señalado a los oficiales y a los agentes. Pero, aunque lo hubiera sabido, ¿se habría dignado aquel hombre de desdén tan soberbio, de porte tan altivo, a inquietarse lo más mínimo por ello?...

Hacia las tres de la tarde, la goleta, que navegaba a menos de una milla del Hatteras-inlet, viró de manera que se mantuviera en el centro del paso.

Tras haber registrado algunas barcas de pesca que hacían ruta hacia mar abierta, el *Falcon* esperaba a la entrada del inlet. Según toda probabilidad, el *Ebba* no pretendía salir inadvertido, ni forzar el trapo para sustraerse a las formalidades que concernían a todos los buques del Pamplico-Sound. No era un simple velero capaz de escapar a la persecución de un buque de guerra, y si la goleta no obedecía a la orden de ponerse en facha, uno o dos proyectiles la habrían obligado a ello enseguida.

En ese momento, una embarcación, con dos oficiales y una decena de marineros, se apartó del crucero; luego, con los remos calados, avanzó de modo que cortara la ruta del *Ebba*.

El conde d'Artigas, desde el lugar que ocupaba a popa, contempló despreocupadamente aquella maniobra, después de haber encendido un cigarro de puro habano.

Cuando la embarcación no estuvo ya a más de medio cable, uno de los hombres se levantó y agitó una banderola.

—Señal de alto —dijo el ingeniero Serkö.

—En efecto —respondió el conde d'Artigas.

—Orden de esperar...

—Esperemos.

El capitán Spade tomó de inmediato sus disposiciones para ponerse en facha. La trinquetilla, los foques y la vela mayor fueron cazados a contra, mientras se izaba la escota del trinquete, con la caña a sotavento. La arrancada de la goleta se cortó, y no tardó en inmovilizarse, sin sufrir ya más que la acción de la marea menguante, que derivaba hacia el paso. Unos golpes de remo llevaron la embarcación del *Falcon* hasta ponerse costado con costado con el *Ebba*. Un bichero la enganchó a los obenques del palo mayor. Se desenrolló la escala en el portalón, y los dos oficiales, seguidos de ocho hombres, subieron a cubierta, mientras dos marineros se quedaban custodiando el bote. La tripulación de la goleta se alineó cerca del castillo de proa. El oficial de mayor graduación —un teniente de navío— avanzó hacia el propietario del *Ebba*, que acababa de levantarse, y he aquí qué preguntas y respuestas se intercambiaron entre ellos:

—¿Esta goleta pertenece al conde d'Artigas, ante quien tengo el honor de hallarme?...

—Sí, señor.

—¿Se llama?...

—*Ebba*.

—¿Y está al mando de?...

—Del capitán Spade.

—¿Su nacionalidad?...

—Indomalaya.

El oficial miró el pabellón de la goleta, mientras el conde d'Artigas añadía:

—¿Puedo saber, señor, por qué motivo tengo el placer de verlo a bordo?...

—Se ha dado la orden —respondió el oficial— de registrar todos los buques que se hallan fondeados en este momento en el Pamplico-Sound, o que

desean salir de él.

No creyó oportuno insistir en el hecho de que, más que ningún otro buque, el *Ebba* debía someterse a las molestias de un riguroso registro.

—Sin duda no tiene usted, señor conde, intención de negarse...

—En absoluto, señor —respondió el conde d'Artigas—. Mi goleta está a su disposición desde la perilla de sus palos hasta el fondo de su bodega. Solo le preguntaré por qué los buques que se encuentran hoy en el interior del Pamplico-Sound están sujetos a estas formalidades...

—No veo ninguna razón para dejarlo en la ignorancia, señor conde —respondió el oficial—. Se acaba de comunicar al gobernador de Carolina un rapto cometido en Healthful-House, y la administración quiere cerciorarse de que quienes fueron objeto de él no han sido embarcados durante la noche...

—¿Es posible?... —dijo el conde d'Artigas, fingiendo sorpresa—. ¿Y qué personas han desaparecido así de Healthful-House?...

—Un inventor, un loco, que ha sido víctima de ese atentado, junto con su guardián...

—¡Un loco, señor!... ¿Se tratará, por casualidad, del francés Thomas Roch?...

—De él mismo.

—¿Ese Thomas Roch al que vi ayer durante una visita al establecimiento... al que interrogué en presencia del director... que sufrió una violenta crisis en el momento en que lo dejamos, el capitán Spade y yo?...

El oficial observaba al extranjero con extrema atención, tratando de sorprender algo sospechoso en su actitud o en sus palabras.

—¡No es creíble! —añadió el conde d'Artigas. Y dijo esto como si acabara de oír hablar por primera vez del rapto de Healthful-House—. Señor —prosiguió—, comprendo cuáles deben de ser las inquietudes de la administración, dada la personalidad de ese Thomas Roch, y apruebo las medidas que se han decidido. Inútil es afirmarle que ni el inventor francés ni su vigilante están a bordo del *Ebba*. Por lo demás, puede usted cerciorarse de ello

registrando la goleta tan minuciosamente como le convenga. Capitán Spade, tenga la bondad de acompañar a estos señores.

Dicha esta respuesta, tras haber saludado fríamente al teniente del *Falcon*, el conde d'Artigas volvió a sentarse en su sillón y se colocó de nuevo el cigarro entre los labios.

Los dos oficiales y los ocho marineros, conducidos por el capitán Spade, comenzaron de inmediato sus pesquisas. En primer lugar, por la escotilla del rufo, descendieron al salón de popa —salón lujosamente decorado, amueblado, con paneles de maderas preciosas, objetos de arte de gran valor, alfombras y colgaduras de telas costosísimas.

Huelga decir que aquel salón, los camarotes contiguos, el camarote del conde d'Artigas, fueron registrados con el esmero que habrían sido capaces de poner en ello los agentes más experimentados de la policía. El capitán Spade se prestaba, por lo demás, a esas pesquisas, pues no quería que los oficiales pudieran conservar la menor sospecha respecto al propietario del *Ebba*.

Tras el salón y los camarotes de popa, se pasó al comedor, ricamente adornado. Se registraron las despensas, la cocina, y, a proa, los camarotes del capitán Spade y del contramaestre, luego el sollado de la marinería, sin que se descubriera ni a Thomas Roch ni a Gaydon.

Quedaba entonces la bodega y sus diversas dependencias, que exigían un registro muy minucioso. Así, cuando se levantaron las escotillas, el capitán Spade tuvo que hacer encender dos fanales para facilitar la inspección.

Aquella bodega no contenía sino aljibes de agua, provisiones de toda clase, barricas de vino, pipas de alcohol, toneles de ginebra, de aguardiente y de whisky, barriles de cerveza, una reserva de carbón, todo ello en abundancia, como si la goleta hubiera sido aprovisionada para un largo viaje. Entre los huecos de aquel cargamento, los marineros americanos se deslizaron hasta el forro interior, hasta la sobrequilla, introduciéndose en los intersticios de los fardos y de los sacos... Perdieron el tiempo.

Evidentemente, era sin razón por lo que el conde d'Artigas había podido ser sospechoso de haber tomado parte en el rapto del pensionista de Healthful-House y de su guardián.

Aquel registro, que duró unas dos horas, terminó sin haber dado ningún resultado.

A las cinco y media, los oficiales y los hombres del *Falcon* volvieron a subir a la cubierta de la goleta, después de haber operado a conciencia en el interior y de haber adquirido la absoluta certeza de que ni Thomas Roch ni Gaydon se hallaban en ella. Por fuera, registraron inútilmente el castillo de proa y las embarcaciones. Su convicción fue, pues, que el *Ebba* había sido sospechado por error.

A los dos oficiales no les quedaba entonces sino despedirse del conde d'Artigas, y avanzaron hacia él.

—Nos disculpará usted por haberlo molestado, señor conde —dijo el teniente.

—No podían ustedes sino obedecer las órdenes cuya ejecución les había sido confiada, señores...

—No era, por lo demás, sino una simple formalidad —creyó oportuno añadir el oficial. El conde d'Artigas, con un leve movimiento de cabeza, indicó que estaba dispuesto a admitir esa respuesta.

—Les había asegurado, señores, que yo nada tenía que ver con ese rapto...

—Ya no lo dudamos, señor conde, y no nos queda sino regresar a nuestro buque.

—Como gusten. —¿Tiene ya la goleta *Ebba* libre paso?...

—Ciertamente.

—Adiós, señores, adiós, pues soy asiduo de este litoral, y no tardaré en volver por aquí. Espero que a mi regreso hayan descubierto ustedes al autor de este rapto y devuelto a Thomas Roch a Healthful-House. Ese resultado es de desear en interés de los Estados Unidos, y añadiré que también en interés de la humanidad.

Pronunciadas estas palabras, los dos oficiales saludaron cortésmente al conde d'Artigas, quien respondió con un leve movimiento de cabeza.

El capitán Spade los acompañó hasta el portalón, y, seguidos de sus marineros, se reunieron con el crucero, que los esperaba a dos cables de

distancia.

A una señal del conde d'Artigas, el capitán Spade ordenó restablecer el velamen, tal como estaba antes de que la goleta se pusiera en facha. La brisa había refrescado, y, a rápido andar, el *Ebba* se dirigió hacia el inlet de Hatteras.

Media hora después, franqueado el paso, el yate navegaba en alta mar.

Durante una hora se mantuvo el rumbo hacia el este-nordeste. Pero, como suele ocurrir, la brisa, que venía de tierra, dejó de sentirse a algunas millas del litoral. El *Ebba*, encalmado, con las velas flameando en los palos, nula la acción del timón, permaneció estacionario sobre la superficie de un mar que no turbaba el menor soplo.

Parecía, pues, que la goleta se vería en la imposibilidad de proseguir su ruta en toda la noche.

El capitán Spade había permanecido en observación a proa. Desde la salida del inlet, su mirada no dejaba de dirigirse ora a babor, ora a estribor, como si intentara distinguir algún objeto flotante en aquellos parajes.

En ese momento, gritó con voz fuerte:

— ¡Todo a cargar!

En cumplimiento de esta orden, los marineros se apresuraron a largar las drizas, y las velas, abatidas, fueron aferradas a las vergas, sin que se tomara la molestia de cubrirlas con sus fundas.

¿Era intención del conde d'Artigas esperar en ese lugar el regreso del alba, al mismo tiempo que la brisa matinal? Pero es raro no permanecer con las velas izadas para aprovechar los primeros soplos favorables.

El bote fue echado al mar, y el capitán Spade descendió a él acompañado de un marinero que lo dirigió a la espadilla hacia un objeto que flotaba a unos veinte metros a babor.

Aquel objeto era una pequeña boya semejante a la que flotaba en las aguas del Neuze, cuando el *Ebba* estaba fondeado cerca de la orilla de Healthful-House.

En cuanto se recogió aquella boya, junto con una amarra que llevaba sujeta, el bote la transportó hasta la proa de la goleta.

A la orden del contramaestre, un cabo de remolque, largado desde a bordo, fue atado a la primera amarra. Luego el capitán Spade y el marinero volvieron a subir a la cubierta de la goleta, a cuyos pescantes se izó el bote.

Casi de inmediato, el remolque se tensó, y el *Ebba*, a palo seco, tomó dirección hacia el este con una velocidad que no podía ser inferior a una decena de millas.

La noche había cerrado por completo, y las luces del litoral americano no tardaron en desaparecer entre las brumas del horizonte.

CAPÍTULO V. ¿DÓNDE ESTOY?

(Notas del ingeniero Simon Hart.)

¿Dónde estoy?... ¿Qué ha ocurrido desde esa agresión repentina de la que he sido víctima a pocos pasos del pabellón?...

Acababa de despedirme del doctor, iba a subir los escalones de la escalinata, a entrar de nuevo en la habitación, a cerrar la puerta, a retomar mi puesto junto a Thomas Roch, cuando varios hombres me han asaltado y derribado... ¿Quiénes son?... No he podido reconocerlos, pues tenía los ojos vendados... No he podido pedir socorro, pues llevaba una mordaza en la boca... No he podido resistir, porque me habían atado brazos y piernas... Luego, en ese estado, he sentido que me levantaban, que me transportaban a lo largo de un centenar de pasos... que me izaban... que me bajaban... que me depositaban...

¿Dónde?... ¿Dónde?...

¿Y Thomas Roch, qué ha sido de él?... ¿Es a él a quien se quería atrapar, más que a mí?... Hipótesis sumamente probable. Para todos, yo no era sino el guardián Gaydon, no el ingeniero Simon Hart, cuya verdadera condición, cuya verdadera nacionalidad nunca han dado pie a sospecha alguna, ¿y por qué habría de interesar apoderarse de un simple vigilante de hospicio?...

Ha habido, pues, rapto del inventor francés, no cabe duda alguna... Si lo han arrancado de Healthful-House, ¿no es acaso con la esperanza de arrancarle sus secretos?...

Pero razono suponiendo que Thomas Roch ha desaparecido conmigo... ¿Es así?... Sí... debe de serlo... lo es... No puedo dudarlo al respecto... No estoy en manos de malhechores cuyo único propósito hubiera sido robar...

No habrían actuado de ese modo... Después de haberme dejado en la imposibilidad de llamar, de haberme arrojado en un rincón del jardín, en medio de un macizo... después de raptar a Thomas Roch, no me habrían encerrado... donde ahora me encuentro...

¿Dónde?... Es la invariable pregunta que, desde hace algunas horas, no consigo resolver.

Sea como fuere, heme aquí lanzado a una extraordinaria aventura, que terminará... De qué manera, lo ignoro... ni siquiera me atrevo a prever su desenlace. En todo caso, mi intención es fijar, minuto a minuto, sus menores circunstancias en mi memoria, y luego, si ello es posible, consignar por escrito mis impresiones cotidianas... ¿Quién sabe lo que me reserva el porvenir, y por qué no habría yo de acabar, en las nuevas condiciones en que me encuentro, por descubrir el secreto del Fulgurador Roch?... Si algún día he de ser liberado, es preciso que se conozca ese secreto, y que se sepa también quién es el autor, o quiénes son los autores, de este criminal atentado, cuyas consecuencias pueden ser tan graves.

Vuelvo sin cesar a esta pregunta, esperando que algún incidente se encargue de responderla:

¿Dónde estoy?...

Retomemos las cosas desde el principio.

Después de haber sido transportado en volandas fuera de Healthful-House, he sentido que me depositaban, sin brutalidad, por lo demás, sobre los bancos de una embarcación que se ha escorado: un bote, sin duda, y de pequeñas dimensiones...

A ese primer balanceo ha sucedido casi de inmediato otro, lo que atribuyo al embarque de una segunda persona. ¿Puedo, pues, dudar de que se trata de Thomas Roch?... Con él no habrán tenido que tomar la precaución de amordazarlo, de vendarle los ojos, de atarle pies y manos. Debía de encontrarse todavía en un estado de postración que le impedía toda resistencia, toda conciencia del acto atentatorio del que era objeto. La prueba de que no me equivoco es que un olor característico a éter se ha filtrado bajo mi mordaza. Ahora bien, ayer, antes de dejarnos, el doctor había administrado unas gotas de éter al enfermo, y —lo recuerdo— un poco de esa sustancia, tan pronta a volatilizarse, había caído sobre sus ropas, mientras él se debatía en

el paroxismo de su crisis. Nada de extraño, pues, en que ese olor haya persistido, ni en que mi olfato se haya visto sensiblemente afectado por él. Sí... Thomas Roch estaba allí, en ese bote, tendido junto a mí... Y si me hubiera demorado unos minutos en regresar al pabellón, no lo habría vuelto a encontrar allí...

Pienso en ello... ¿Por qué ha tenido que ocurrírsele a ese conde d'Artigas la desafortunada fantasía de visitar Healthful-House? Si mi pensionista no hubiera sido puesto en su presencia, nada de todo esto habría sucedido. El haberle hablado de sus invenciones ha provocado en Thomas Roch esa crisis de excepcional violencia. El primer reproche recae sobre el director, que no ha tenido en cuenta mis advertencias...

Si me hubiera escuchado, no se habría llamado al médico para que dispensara sus cuidados a mi pensionista, la puerta del pabellón habría permanecido cerrada, y el golpe habría fallado...

En cuanto al interés que pueda presentar el rapto de Thomas Roch, ya sea en beneficio de un particular, ya sea en beneficio de uno de los Estados del Antiguo Continente, es inútil insistir en ello. En ese punto, me parece, debo sentirme plenamente tranquilo. Nadie podrá lograr lo que yo no he logrado en quince meses. En el grado de postración intelectual a que se halla reducido mi compatriota, todo intento de arrancarle su secreto será baldío. En realidad, su estado ya no puede sino empeorar, su locura volverse absoluta, incluso en los puntos en que su razón ha permanecido intacta hasta hoy.

En suma, no se trata de Thomas Roch en este momento, se trata de mí, y esto es lo que constato.

Tras algunos balanceos bastante vivos, el bote se ha puesto en movimiento bajo el impulso de los remos. El trayecto apenas ha durado un minuto. Se ha producido un ligero choque. Sin duda, la embarcación, tras golpear el casco de un buque, se ha arrimado a él. Se ha desatado cierta agitación ruidosa. Se hablaba, se daban órdenes, se maniobraba... Bajo mi venda, sin entender nada, he percibido un murmullo confuso de voces, que ha continuado durante cinco o seis minutos...

El único pensamiento que ha podido venirme a la mente es que iban a trasbordarme del bote a la embarcación a la que pertenece, encerrarme en el fondo de la bodega hasta el momento en que dicha embarcación estuviera

en alta mar. Mientras navegue por las aguas del Pamplico-Sound, es evidente que no dejarán que ni Thomas Roch ni su guardián aparezcan en cubierta...

En efecto, todavía amordazado, me han agarrado por las piernas y los hombros. Mi impresión ha sido, no que unos brazos me alzaban por encima de la borda de un buque, sino que, al contrario, me dejaban caer... ¿Era para soltarme... para precipitarme al agua, a fin de deshacerse de un testigo molesto?... Esta idea me ha cruzado un instante la mente, un escalofrío de angustia me ha recorrido de la cabeza a los pies... Instintivamente, he tomado una gran bocanada de aire, y mi pecho se ha hinchado de ese aire que quizá no tardaría en faltarle...

¡No! Me han bajado con ciertas precauciones sobre un suelo firme, que me ha dado la sensación de una frialdad metálica. Estaba tendido a lo largo. Con gran sorpresa mía, las ligaduras que me sujetaban habían sido aflojadas. Los pisoteos han cesado a mi alrededor. Un instante después, he oído el ruido sonoro de una puerta que se cerraba...

Aquí estoy... ¿Dónde?... Y, ante todo, ¿estoy solo?... Me arranco la mordaza de la boca y la venda de los ojos...

Todo está negro, profundamente negro. Ni el más mínimo rayo de claridad, ni siquiera esa vaga percepción de luz que conserva la pupila en las habitaciones cerradas herméticamente...

Llamo... llamo varias veces... Ninguna respuesta. Mi voz suena apagada, como si atravesara un medio impropio para transmitir sonidos.

Además, el aire que respiro es cálido, pesado, espeso, y el juego de mis pulmones va a volverse difícil, imposible, si este aire no se renueva...

Entonces, al extender los brazos, esto es lo que me es dado reconocer al tacto:

Ocupo un compartimento de paredes de chapa, que no mide más de tres o cuatro metros cúbicos. Cuando paso la mano por estas planchas, compruebo que están remachadas con pernos como los mamparos estancos de un navío.

En cuanto a abertura, me parece que en una de las paredes se dibuja el marco de una puerta, cuyas bisagras sobresalen del mamparo unos centímetros. Esta puerta debe de abrirse de fuera hacia dentro, y sin duda es por ahí

por donde me han introducido en el interior de este estrecho compartimento.

Con la oreja pegada a la puerta, no oigo ningún ruido. El silencio es tan absoluto como la oscuridad — silencio extraño, turbado solamente, cuando me muevo, por la sonoridad del suelo metálico. Nada de esos rumores sordos que reinan habitualmente a bordo de los navíos, ni el vago roce de la corriente a lo largo de su casco, ni el chapaleo del mar que lame su carena. Tampoco nada de ese balanceo que debería haberse producido, pues, en el estuario del Neuze, la marea determina siempre un movimiento ondulatorio muy sensible.

Pero, en realidad, ¿pertenece a un navío este compartimento en el que estoy encerrado?... ¿Puedo afirmar que flota en la superficie de las aguas del Neuze, aunque haya sido transportado en una embarcación cuyo trayecto solo ha durado un minuto?... En efecto, ¿por qué este bote, en lugar de reunirse con algún buque que lo esperaba al pie de Healthful-House, no habría podido dirigirse a otro punto de la orilla?... Y, en ese caso, ¿no sería posible que me hubieran depositado en tierra, en el fondo de un sótano?... Eso explicaría esta completa inmovilidad del compartimento. Es verdad que hay estos mamparos metálicos, estas planchas remachadas, y también esa vaga emanación salina esparcida a mi alrededor — ese olor *sui generis* del que suele estar impregnado el aire en el interior de los navíos, y sobre cuya naturaleza no puedo equivocarme...

Ha transcurrido un intervalo de tiempo que calculo en unas cuatro horas desde mi encarcelamiento. Debe de ser, por tanto, cerca de medianoche. ¿Voy a quedarme así hasta la mañana?... Es una suerte que haya cenado a las seis, según el reglamento de Healthful-House. No sufro de hambre, y más bien me invaden unas fuertes ganas de dormir. Sin embargo, tendré, espero, la energía necesaria para resistir al sueño... No me dejaré vencer por él... Tengo que aferrarme a algo del exterior... ¿A qué?... Ni sonido ni luz penetran en esta caja de chapa... ¡Esperemos!... ¿Llegará quizá a mi oído algún ruido, por débil que sea?... Así pues, es en el sentido del oído donde se concentra todo mi vigor vital... Y además, sigo al acecho — por si no estuviera en tierra firme — de un movimiento, una oscilación, que acabará por dejarse sentir... Suponiendo que el buque esté todavía fondeado sobre sus anclas, no puede tardar en zarpar... o... en tal caso... ya no comprendería por qué nos habrían raptado, a Thomas Roch y a mí...

Por fin... no es una ilusión... Un ligero balanceo me mece y me da la certeza de que no estoy en tierra... aunque apenas se note, sin choques, sin sacudidas... Es más bien una especie de deslizamiento por la superficie de las aguas...

Reflexionemos con sangre fría. Estoy a bordo de uno de los navíos fondeados en la desembocadura del Neuze, que esperaba, a vela o a vapor, el resultado del rapto. El bote me ha transportado hasta allí; pero, lo repito, no he tenido la sensación de que me izaran por encima de las bordas... ¿Me habrán, entonces, deslizado a través de una porta abierta en el casco? ¡Poco importa, después de todo! Que me hayan bajado o no al fondo de la bodega, estoy sobre un aparato flotante y en movimiento...

Sin duda, pronto me será devuelta la libertad, así como a Thomas Roch —suponiendo que lo hayan encerrado con tanto cuidado como a mí. Por libertad entiendo la facultad de ir a mi antojo por la cubierta de este buque. Sin embargo, no será antes de unas horas, pues no conviene que puedan vernos. Así pues, no respiraremos el aire del exterior hasta la hora en que el buque haya ganado la alta mar. Si es un navío de vela, habrá tenido que esperar a que se estableciera la brisa —esa brisa que sopla de tierra al amanecer y favorece la navegación por el Pamplico-Sound. Ahora bien, si es un barco de vapor...

¡No!... A bordo de un vapor se propagan inevitablemente exhalaciones de carbón, de grasas, olores escapados de las calderas que habrían llegado hasta mí... Y además, los movimientos de la hélice o de las paletas, las trepidaciones de las máquinas, las sacudidas de los pistones, los habría sentido...

En resumidas cuentas, lo mejor es tener paciencia. Solo mañana me sacarán de este agujero. Por lo demás, si no me devuelven la libertad, me traerán algo de comer. ¿Qué apariencia hay de que quieran dejarme morir de hambre?... Habría sido más expeditivo enviarme al fondo del río y no embarcarme... Una vez en alta mar, ¿qué hay que temer de mí?... Mi voz ya no podrá hacerse oír... En cuanto a mis reclamaciones, inútiles; ¡a mis recriminaciones, más inútiles todavía!

Y además, ¿qué soy yo para los autores de este atentado?... Un simple vigilante de hospicio, un Gaydon sin importancia...

Era a Thomas Roch a quien se trataba de raptar de Healthful-House... A mí... solo me han cogido de añadidura... porque he vuelto al pabellón en ese instante...

En todo caso, pase lo que pase, sean quienes sean los que han dirigido este asunto, adondequiera que me lleven, me atengo a esta resolución: seguir representando mi papel de guardián. ¡Nadie, no! Nadie sospechará que, bajo el hábito de Gaydon, se esconde el ingeniero Simon Hart. En esto hay dos ventajas: primero, no desconfiarán de un pobre diablo de vigilante, y, en segundo lugar, quizá pueda penetrar los misterios de esta maquinación y sacar provecho de ellos, si logro huir...

¿Adónde se extravía mi pensamiento?... Antes de emprender la fuga, esperemos a haber llegado a destino. Ya habrá tiempo de pensar en evadirse, si se presenta alguna ocasión... Hasta entonces, lo esencial es que no sepan quién soy, y no lo sabrán.

Ahora, con plena certeza al respecto, estamos navegando. Sin embargo, vuelvo sobre mi primera idea. ¡No!... el navío que nos lleva, si no es un vapor, tampoco debe de ser un velero. Está impulsado, sin duda alguna, por un potente ingenio de locomoción. Que yo no oiga esos ruidos peculiares de las máquinas de vapor, cuando accionan hélices o ruedas, de acuerdo; que este navío no se estremezca bajo el vaivén de los pistones en los cilindros, me veo obligado a admitirlo. Es más bien un movimiento continuo y regular, una especie de rotación directa que se transmite al propulsor, sea cual sea. No cabe error posible: el buque se mueve por un mecanismo particular... ¿Cuál?...

¿Se tratará de una de esas turbinas de las que se habla desde hace algún tiempo, y que, accionadas en el interior de un tubo sumergido, están destinadas a sustituir a las hélices, aprovechando mejor que ellas la resistencia del agua e imprimiendo una velocidad más considerable?...

Unas horas más, y sabré a qué atenerme sobre este tipo de navegación, que parece efectuarse en un medio perfectamente homogéneo.

Por lo demás —efecto no menos extraordinario—, los movimientos de balanceo y de cabeceo no se perciben en absoluto. Ahora bien, ¿cómo es que el Pamplico-Sound se encuentra en tal estado de tranquilidad?... Las

simples corrientes de marea ascendente y descendente bastan de ordinario para agitar su superficie.

Es verdad, quizá el agua esté en calma en este momento, y, lo recuerdo, la brisa de tierra había amainado ayer al anochecer. ¡No importa! Esto me parece inexplicable, pues un buque, movido por un propulsor, sea cual sea su velocidad, experimenta siempre oscilaciones de las que no puedo captar el más leve indicio.

¡He aquí de qué pensamientos obsesivos está ahora llena mi cabeza! A pesar de unas apremiantes ganas de dormir, a pesar del sopor que me invade en medio de esta atmósfera sofocante, he resuelto no abandonarme al sueño. Velaré hasta que amanezca, y aun así solo será de día para mí en el momento en que este compartimento reciba la luz exterior. Y quizá no baste con que se abra la puerta, sino que sea necesario que me saquen de este agujero, que me lleven de vuelta a cubierta...

Me apoyo en uno de los ángulos de los mamparos, pues ni siquiera tengo un banco donde sentarme. Pero, como se me cierran los párpados, como me siento presa de una especie de somnolencia, me incorporo. Me invade la cólera, golpeo las paredes con el puño, llamo... En vano se magullan mis manos contra los pernos de las planchas, y mis gritos no hacen venir a nadie.

¡Sí!... esto es indigno de mí. Me había prometido moderarme, y he aquí que, desde el principio, pierdo el dominio de mí mismo, y me comporto como un niño...

Es de toda certeza que la ausencia de cabeceo y de balanceo prueba, al menos, que el navío no ha llegado todavía a alta mar. ¿Será que, en lugar de atravesar el Pamplico-Sound, ha remontado el curso del Neuze?... ¡No! ¿Por qué habría de internarse en medio de los territorios del condado? Si Thomas Roch ha sido raptado de Healthful-House, es porque sus raptos tenían la intención de sacarlo de los Estados Unidos —probablemente a una isla lejana del Atlántico, o a algún punto del Antiguo Continente. Así pues, no es el Neuze, de curso poco extenso, lo que remonta nuestro aparato marino... Estamos en las aguas del Pamplico-Sound, que debe de hallarse en calma chicha.

¡Sea! Cuando el navío haya ganado alta mar, no podrá escapar a las oscilaciones de la mar de fondo, que, incluso cuando ha amainado la brisa, se

deja sentir siempre en los buques de tamaño medio. A menos de estar a bordo de un crucero o de un acorazado... ¡y no creo que sea el caso!

En este momento, me parece bien... En efecto... no me equivoco... Se produce un ruido en el interior... un ruido de pasos... Estos pasos se acercan al mamparo de chapa, en el que está abierta la puerta del compartimento... Son hombres de la tripulación, sin duda... ¿Va a abrirse por fin esta puerta?... Escucho... Hay gente hablando, y oigo sus voces... pero no puedo entenderlas... Se sirven de una lengua que me es desconocida... Llamo... grito... ¡Ninguna respuesta!

¡No queda, pues, más que esperar, esperar, esperar! Esta palabra me la repito, y golpea en mi pobre cabeza como el badajo de una campana.

Intentemos calcular el tiempo transcurrido.

En suma, no puedo calcularlo en menos de cuatro o cinco horas desde que el navío se puso en marcha. A mi juicio, ya ha pasado la medianoche. Por desgracia, mi reloj no puede servirme en medio de esta profunda oscuridad.

Ahora bien, si navegamos desde hace cinco horas, el navío se encuentra actualmente fuera del Pamplico-Sound, ya haya salido por el Ocracoke-inlet o por el Hatteras-inlet. De ello concluyo que debe de estar mar adentro del litoral —a una buena milla, por lo menos... Y, sin embargo, no siento nada de la mar de fondo de altura...

Ahí está lo inexplicable, ahí está lo inverosímil... Veamos... ¿Me habré equivocado?... ¿Habré sido víctima de una ilusión?... ¿No estoy acaso encerrado en el fondo de la bodega de un buque en marcha?...

Acaba de transcurrir una nueva hora, y, de pronto, las trepidaciones de las máquinas han cesado... Me doy perfecta cuenta de la inmovilidad del navío que me lleva... ¿Habrà llegado, pues, a destino?... En ese caso, no podría ser más que en uno de los puertos del litoral, al norte o al sur del Pamplico-Sound... Pero ¿qué apariencia hay de que Thomas Roch, arrancado de Healthful-House, haya sido llevado de nuevo a tierra firme?... El rapto no tardaría en conocerse, y sus autores se expondrían a ser descubiertos por las autoridades de la Unión...

Por lo demás, si el buque está ahora fondeado, voy a oír el ruido de la cadena a través del escobén, y, cuando responda al tirón de su ancla, se produ-

cirá una sacudida —una sacudida que estoy al acecho de... que reconoceré... Esto no puede tardar más de unos minutos.

Espero... escucho...

Un silencio lúgubre e inquietante reina a bordo... Es como para preguntarse si hay en este navío otros seres vivos además de mí...

Ahora siento que me invade una especie de sopor... El ambiente está viciado... Me falta la respiración... Mi pecho está como aplastado por un peso del que no puedo librarme...

Quiero resistir... Es imposible... He tenido que tenderme en un rincón y quitarme parte de mi ropa, tan elevada es la temperatura... Mis párpados se hacen pesados, se cierran, y caigo en una postración que va a sumirme en un sueño pesado e irresistible...

¿Cuánto tiempo he dormido?... Lo ignoro. ¿Es de noche, es de día?... No sabría decirlo. Pero lo primero que observo es que mi respiración es más fácil. Mis pulmones se llenan de un aire que ya no está envenenado de ácido carbónico.

¿Habrán renovado este aire mientras dormía?... ¿Han abierto el compartimento?... ¿Ha entrado alguien en este estrecho reducto?...

Sí... y tengo la prueba.

Mi mano —al azar— acaba de asir un objeto, un recipiente lleno de un líquido cuyo olor resulta apetecible. Me lo llevo a los labios, que me arden, pues me tortura la sed hasta tal punto que me contentaría incluso con agua salobre.

Es cerveza ale —una ale de buena calidad— que me refresca, me reconforta, y de la que apuro una pinta entera.

Pero si no me han condenado a morir de sed, ¿tampoco me habrán condenado, supongo, a morir de hambre?...

No... En uno de los rincones han dejado un cesto, y ese cesto contiene una hogaza de pan con un trozo de carne fría.

Como, pues... como con avidez, y las fuerzas poco a poco me vuelven.

Decididamente, no estoy tan abandonado como habría podido temer. Alguien se ha introducido en este agujero oscuro, y, por la puerta, ha penetrado algo de ese oxígeno del exterior sin el cual me habría asfixiado. Luego, han puesto a mi disposición con qué calmar mi sed y mi hambre hasta la hora en que sea liberado.

¿Cuánto tiempo durará todavía este encierro?... ¿Días... meses?... No me es posible, por lo demás, calcular el tiempo transcurrido durante mi sueño ni establecer con alguna aproximación la hora que es. Había tenido buen cuidado de dar cuerda a mi reloj, pero no es un reloj de repetición... ¿Quizá, tanteando las agujas?... Sí... me parece que la pequeña está en el ocho... de la mañana, sin duda...

De lo que sí estoy seguro, en cambio, es de que el buque ya no está en marcha. No se produce a bordo la más leve sacudida —lo que indica que el propulsor está en reposo. Sin embargo, las horas pasan, horas interminables, y me pregunto si no esperarán a la noche para entrar de nuevo en este compartimento, a fin de airearlo como han hecho mientras dormía, y renovar las provisiones... Sí... quieren aprovechar mi sueño...

Esta vez estoy resuelto... resistiré... E incluso fingiré dormir... y sea quien sea la persona que entre, ¡sabré obligarla a responderme!

CAPÍTULO VI. EN CUBIERTA

Heme aquí al aire libre, y respiro a pleno pulmón... Por fin me han sacado de esa caja sofocante y me han subido a cubierta... Ante todo, al recorrer el horizonte con la mirada, no he divisado ya tierra alguna... ¡Nada más que esa línea circular que delimita el mar y el cielo!

¡No!... No hay ni siquiera un asomo de continente al oeste, por ese lado donde el litoral de América del Norte se extiende a lo largo de miles de millas.

En este momento, el sol, en su declive, no envía ya más que rayos oblicuos sobre la superficie del Océano... Deben de ser cerca de las seis de la tarde... Consulto mi reloj... Sí, las seis y trece minutos.

Esto es lo que ha ocurrido durante esta noche del 17 de junio.

Esperaba, como he dicho, a que se abriera la puerta del compartimento, bien decidido a no sucumbir al sueño. No dudaba de que ya fuera de día, y el día avanzaba, y nadie venía. De las provisiones que habían puesto a mi disposición, ya no quedaba nada. Empezaba a sufrir de hambre, si no de sed, pues había conservado un poco de ale.

Desde mi despertar, ciertos estremecimientos del casco me habían hecho pensar que el buque se había puesto de nuevo en marcha, después de haber permanecido detenido desde la víspera —probablemente en alguna cala desierta de la costa, puesto que no había sentido nada de las sacudidas que acompañan la maniobra de fondear.

Eran, pues, las seis, cuando unos pasos han resonado detrás del mamparo metálico del compartimento. ¿Iban a entrar?... Sí... Se ha producido un chirrido de cerradura, y la puerta se ha abierto. La luz de un fanal ha disipado

la profunda oscuridad en medio de la cual estaba yo sumido desde mi llegada a bordo.

Han aparecido dos hombres, a quienes no he tenido tiempo de mirar de cerca. Estos dos hombres me han agarrado por los brazos, y un grueso trozo de lona me ha envuelto la cabeza, de modo que me ha sido imposible ver nada.

¿Qué significaba esta precaución?... ¿Qué iban a hacer conmigo?... He querido debatirme... Me han sujetado con firmeza... He preguntado... No he podido obtener ninguna respuesta. Se han cruzado algunas palabras entre estos hombres, en una lengua que yo no entendía, y cuya procedencia no he podido reconocer.

Decididamente, usaban de pocos miramientos conmigo. Cierto es que, tratándose de un guardián de locos, ¿por qué molestarse con un personaje tan insignificante?... Pero no estoy muy seguro de que el ingeniero Simon Hart hubiera sido objeto de mejor trato.

Esta vez, sin embargo, no me han amordazado, no me han atado ni los brazos ni las piernas. Se han contentado con sujetarme con fuerza, y no habría podido huir.

Un instante después, me sacan a rastras del compartimento y me empujan a través de una estrecha crujía. Bajo mis pies resuenan los peldaños de una escalera metálica. Luego, un aire fresco me golpea el rostro, y, a través del trozo de lona, respiro con avidez.

Entonces me levantan, y los dos hombres me depositan sobre un suelo que, esta vez, no está hecho de planchas de chapa y debe de ser la cubierta de un navío.

Por fin, los brazos que me sujetaban se aflojan. Heme aquí libre de mis movimientos. Me arranco enseguida la lona que me cubre la cabeza, y miro...

Estoy a bordo de una goleta en plena marcha, cuya estela deja tras de sí un largo rastro blanco.

He tenido que agarrarme a uno de los obenques para no caer, deslumbrado como estoy por la plena luz del día, tras ese encierro de cuarenta y ocho horas en medio de una oscuridad completa.

Por la cubierta van y vienen una decena de hombres de fisonomía ruda — tipos muy dispares, a los que no sabría asignar origen alguno. Por lo demás, apenas si me prestan atención.

En cuanto a la goleta, según mi estimación, puede desplazar de doscientas cincuenta a trescientas toneladas. Bastante ancha de amuras, su arboladura es recia, y su superficie de velamen debe de darle un andar rápido con buena brisa.

A popa, un hombre de rostro curtido está al timón. Su mano, sobre las asas de la rueda, mantiene la goleta a pesar de guiñadas bastante violentas.

Me habría gustado leer el nombre de este navío, que tiene aspecto de yate de recreo. Pero ese nombre, ¿está inscrito en el espejo de popa o en las amuradas de proa?...

Me dirijo hacia uno de los marineros, y le digo:

—¿Qué navío es este?...

Ninguna respuesta, y hasta tengo motivos para creer que este hombre no me entiende.

—¿Dónde está el capitán?... —he añadido.

El marinero no ha respondido a esta pregunta como tampoco a la anterior.

Me traslado hacia proa.

En ese lugar, sobre los montantes del molinete, hay suspendida una campana... En el bronce de esa campana, quizá esté grabado un nombre —¿el nombre de la goleta?...

Ningún nombre.

Vuelvo hacia popa, y, dirigiéndome al timonel, repito mi pregunta...

Este hombre me lanza una mirada poco simpática, se encoge de hombros, y se afianza con fuerza para enderezar la goleta, que ha guiñado a babor en una violenta desviación.

Se me ocurre mirar si Thomas Roch está allí... No lo diviso... ¿Es que no está a bordo?... Eso sería inexplicable. ¿Por qué habrían raptado de Healthful-House al guardián Gaydon solo?... Nadie ha podido nunca sospechar que yo fuera el ingeniero Simon Hart, y, aun cuando lo supieran, ¿qué inte-

rés habría habido en apoderarse de mi persona, y qué podrían esperar de mí?...

Así pues, puesto que Thomas Roch no está en cubierta, imagino que debe de estar encerrado en uno de los camarotes, ¡y ojalá haya sido tratado con más miramientos que su exguardián!

Veamos, pues —y cómo no me ha llamado esto la atención de inmediato—, ¿en qué condiciones navega esta goleta?... Las velas están aferradas... no hay ni una pulgada de lona fuera... la brisa ha amainado... los pocos soplos intermitentes que vienen del este son contrarios, puesto que llevamos el rumbo en esa dirección... Y, sin embargo, la goleta avanza con rapidez, hundiendo un poco la proa, mientras su roda hiende las aguas, cuya espuma resbala a lo largo de su línea de flotación. Una estela, como un muaré ondulante, se extiende a lo lejos por la popa.

¿Es entonces este navío un *steam-yacht*?... ¡No!... Ninguna chimenea se alza entre su palo mayor y su trinquete... ¿Es un barco movido por la electricidad, dotado ya sea de una batería de acumuladores, ya de pilas de considerable potencia, que accionan su hélice y le imprimen semejante velocidad?...

En efecto, no sabría explicarme de otro modo esta navegación. En todo caso, puesto que el propulsor no puede ser más que una hélice, al asomarme sobre la coronación de popa la veré funcionar, y no me quedará más que averiguar de qué fuente mecánica proviene su movimiento.

El timonel me deja acercarme, no sin dirigirme una mirada irónica.

Me inclino hacia fuera, y observo...

Ni rastro de esos borbotones que habría producido la rotación de una hélice... Nada más que una estela lisa, que se extiende a tres o cuatro cables, tal como la que deja un buque impulsado por un velamen poderoso...

Pero ¿cuál es entonces el ingenio propulsor que da a esta goleta esa maravillosa velocidad? Ya lo he dicho, el viento es más bien desfavorable, el mar solo se levanta en largas ondulaciones que no rompen...

Sin embargo, lo sabré, y, sin que la tripulación se preocupe de mi persona, vuelvo hacia proa.

Llegado cerca de la escotilla del castillo, me hallo en presencia de un hombre cuyo rostro no me es desconocido... Acodado justo al lado, este hombre me deja acercarme a él y me mira... Parece esperar a que le dirija la palabra...

La memoria me vuelve... Es el personaje que acompañaba al conde d'Artigas durante su visita a Healthful-House. Sí... no hay error...

Así pues, es ese rico extranjero quien ha raptado a Thomas Roch, ¡y estoy a bordo de la *Ebba*, su yate bien conocido en estos parajes del este de América!... ¡Bien! El hombre que tengo delante me dirá lo que tengo derecho a saber. Recuerdo que el conde d'Artigas y él hablaban en inglés... Me entenderá y no podrá negarse a responder a mis preguntas.

A mi juicio, este hombre debe de ser el capitán de la goleta *Ebba*.

—Capitán —le digo—, es a usted a quien vi en Healthful-House... ¿Me reconoce?...

Él se contenta con mirarme fijamente y no se digna responderme.

—Soy el vigilante Gaydon —he proseguido—, el guardián de Thomas Roch, y quiero saber por qué me han raptado y puesto a bordo de esta goleta...

Dicho capitán me interrumpe con un ademán, y ese ademán, además, no va dirigido a mí, sino a algunos marineros apostados cerca del castillo de proa.

Estos acuden corriendo, me toman por los brazos, y, sin preocuparse mucho del arrebató de cólera que no puedo contener, me obligan a bajar por la escalera de la escotilla de la tripulación.

Esta escalera no es, en realidad, más que una escala de barrotes de hierro fijada perpendicularmente al mamparo. En el rellano, a cada lado, se abre una puerta, que establece la comunicación entre el sollado, el camarote del capitán y otras habitaciones contiguas.

¿Iban a sumirme de nuevo en el sombrío reducto que ya había ocupado en el fondo de la bodega?...

Giro a la izquierda, me introducen en el interior de un camarote, iluminado por uno de los ojos de buey del casco, abierto en ese momento, que deja

pasar un aire vivo. El mobiliario comprende una litera con su ropa de cama, una mesa, un sillón, un lavabo, un armario.

Sobre la mesa está puesto mi cubierto. No me queda más que sentarme, y, cuando el pinche de cocina se disponía a retirarse tras haber dejado varios platos, le dirijo la palabra.

Otro mudo, este —un joven muchacho de raza negra—, y quizá no entienda mi lengua...

Una vez cerrada la puerta, como con apetito, dejando para más tarde unas preguntas que no quedarán siempre sin respuesta.

Es verdad, soy prisionero —pero esta vez, en unas condiciones de comodidad infinitamente preferibles, y que se me conservarán, espero, hasta nuestra llegada a destino.

Y entonces me abandono a una serie de ideas, la primera de las cuales es esta: fue el conde d'Artigas quien preparó este asunto del rapto, es él el autor del secuestro de Thomas Roch, y no cabe duda de que el inventor francés está instalado en un camarote no menos confortable a bordo de la *Ebba*.

En suma, ¿quién es este personaje?... ¿De dónde viene este extranjero?... Si se ha apoderado de Thomas Roch, ¿será acaso porque quiere, a cualquier precio, apropiarse del secreto de su Fulgurador?... Es verosímil. Así pues, deberé cuidarme de no traicionar mi identidad, pues toda posibilidad de recobrar la libertad se me escaparía si se supiera la verdad sobre mí.

Pero cuántos misterios por descifrar, cuánto de inexplicable por explicar —el origen de ese d'Artigas, sus intenciones para el futuro, el rumbo que sigue su goleta, el puerto al que está adscrita... ¡y también esta navegación, sin vela y sin hélice, a una velocidad de al menos diez millas por hora!...

Por fin, con el atardecer, un aire más fresco penetra por el ojo de buey del camarote. Lo cierro mediante su tornillo, y, puesto que mi puerta está cerrada con llave por fuera, lo mejor es echarme sobre la litera, y dormirme con las suaves oscilaciones de esta singular *Ebba* sobre la superficie del Atlántico.

Al día siguiente, me levanto desde el alba, procedo a mi aseo, me visto, y espero.

Se me ocurre enseguida comprobar si la puerta del camarote está cerrada...

No, no lo está. Empujo la hoja, subo por la escala de hierro, y heme aquí en cubierta.

A popa, mientras los marineros se dedican a las faenas de lavado, dos hombres, uno de los cuales es el capitán, están conversando. Este no manifiesta ninguna sorpresa al verme, y, con un gesto de cabeza, me señala a su compañero.

El otro, a quien nunca he visto, es un individuo de unos cincuenta años, de barba y cabellera negras mezcladas de hilos de plata, rostro irónico y fino, ojo vivo, fisonomía inteligente. Este se aproxima al tipo helénico, y ya no he dudado de que fuera de origen griego, cuando le he oído llamar Serkō —el ingeniero Serkō— por el capitán de la *Ebba*.

En cuanto a este último, se llama Spade —el capitán Spade—, y este nombre tiene, desde luego, aire de procedencia italiana. Así pues, un griego, un italiano, una tripulación compuesta de gente reclutada en todos los rincones del globo, y embarcados en una goleta de nombre noruego... esta mezcla me parece, con razón, sospechosa.

Y el conde d'Artigas, con su nombre español, su tipo asiático... ¿de dónde viene?...

El capitán Spade y el ingeniero Serkō conversan en voz baja. El primero vigila de cerca al timonel, quien no parece tener que preocuparse de las indicaciones del compás colocado en la bitácora ante sus ojos. Más bien parece obedecer a los gestos de uno de los marineros de proa, que le indica si debe venir a estribor o a babor.

Thomas Roch está allí, cerca del rufo... Mira ese inmenso mar desierto, al que ningún contorno de tierra limita en el horizonte. Dos marineros, situados cerca de él, no le pierden de vista. ¿No había que temerlo todo de este loco —incluso que se arrojara por la borda?...

No sé si me estará permitido comunicarme con mi antiguo pensionista...

Mientras avanzo hacia él, el capitán Spade y el ingeniero Serkō me observan.

Me acerco a Thomas Roch, que no me ve venir, y heme aquí a su lado.

Thomas Roch no parece reconocerme, y no hace ni un solo movimiento. Sus ojos, que brillan con vivo resplandor, no cesan de recorrer el espacio. Feliz de respirar esta atmósfera vivificante y cargada de emanaciones salinas, su pecho se hincha en largas aspiraciones. A este aire sobreoxigenado se une la luz de un magnífico sol que desborda un cielo sin nubes, y cuyos rayos lo bañan por entero. ¿Se da cuenta del cambio ocurrido en su situación?... ¿Ya no se acuerda de Healthful-House, del pabellón donde estaba prisionero, de su guardián Gaydon?... Es infinitamente probable. El pasado se ha borrado de su memoria, y está todo entregado al presente.

Pero, a mi juicio, incluso en la cubierta de la *Ebba*, en este medio de alta mar, Thomas Roch sigue siendo el inconsciente al que he cuidado durante quince meses. Su estado intelectual no ha cambiado, la razón no volverá a él sino cuando se le hable de sus descubrimientos. El conde d'Artigas conoce esta disposición mental por haberla experimentado durante su visita, y es evidentemente en esa disposición en la que se funda para sorprender, tarde o temprano, el secreto del inventor. ¿Qué podría hacer con él?...

—¿Thomas Roch?... —he dicho.

Mi voz le impresiona, y, tras fijarse un instante en mí, sus ojos se apartan bruscamente.

Le tomo la mano, se la aprieto, pero él la retira con brusquedad, luego se aleja —sin haberme reconocido— y se dirige hacia la popa de la goleta, donde se encuentran el ingeniero Serkö y el capitán Spade.

¿Tendrá acaso la idea de dirigirse a uno de estos dos hombres, y, si le hablan, les responderá —cosa de la que se ha dispensado conmigo?...

Justo en ese momento, su fisonomía acaba de iluminarse con un destello de inteligencia, y su atención —no puedo dudarlo— es atraída por la extraña marcha de la goleta.

En efecto, sus miradas se dirigen a la arboladura de la *Ebba*, cuyas velas están aferradas, y que se desliza rápidamente por la superficie de estas aguas tranquilas...

Thomas Roch retrocede entonces, sube por la crujía de estribor, se detiene en el lugar donde debería alzarse una chimenea, si la *Ebba* fuera un *steam-yacht* —una chimenea de la que escaparían torbellinos de humo negro...

Lo que a mí me ha parecido tan extraño, así se lo parece también a Thomas Roch... No puede explicarse lo que yo he encontrado inexplicable, y, como he hecho yo, se dirige a popa para ver funcionar la hélice...

En los flancos de la goleta retoza una tropa de marsopas. Por rápido que corra la *Ebba*, estos ágiles animales la adelantan sin esfuerzo, cabrioleando, dando volteretas, jugueteando en su elemento natural con una maravillosa flexibilidad.

Thomas Roch no se entretiene en seguirlas con la mirada. Se inclina sobre las bordas...

Enseguida el ingeniero Serkö y el capitán Spade se acercan a él, y, temiendo que caiga al mar, lo sujetan con mano firme, y luego lo llevan de vuelta a cubierta.

Observo, por lo demás —pues tengo larga experiencia de ello—, que Thomas Roch está presa de una viva sobreexcitación. Gira sobre sí mismo, gesticula, frases incoherentes, que no van dirigidas a nadie, salen de su boca...

Esto es más que evidente, se acerca una crisis —una crisis semejante a la que le sobrevino durante la última velada pasada en el pabellón de Healthful-House, y cuyas consecuencias fueron tan funestas. Habrá que reducirlo, bajarlo a su camarote, donde tal vez me llamen para darle esos cuidados especiales a los que estoy habituado...

Entretanto, el ingeniero Serkö y el capitán Spade no le pierden de vista. Verosímilmente, su intención es dejarle hacer, y esto es lo que hace:

Después de dirigirse hacia el palo mayor, cuyo velamen han buscado en vano sus ojos, lo alcanza, lo rodea con los brazos, intenta sacudirlo agarrándolo por el mastelero, como si quisiera derribarlo...

Y entonces, al ver infructuosos sus esfuerzos, lo que ha intentado en el palo mayor va a intentarlo en el trinquete. Su nerviosismo crece a medida que pasa el tiempo. Gritos inarticulados suceden a las vagas palabras que se le escapan...

De pronto, se precipita hacia los obenques de babor y se agarra a ellos. Me pregunto si no va a lanzarse por las flechaduras, a subir hasta las cruces

de la gavia... Si no lo detienen, corre el riesgo de caer en cubierta, o, en un violento movimiento de balanceo, de ser arrojado al mar...

A una señal del capitán Spade, acuden marineros, lo agarran a viva fuerza, sin poder hacerle soltar los obenques, tanto los aprietan sus manos con vigor. Durante una crisis, lo sé, sus fuerzas se decuplican. Para dominarlo, a menudo he tenido que llamar a otros guardianes en mi ayuda...

Esta vez, los hombres de la goleta —mozos fornidos— dan cuenta del desdichado demente. Thomas Roch queda tendido en cubierta, donde dos marineros lo sujetan pese a su extraordinaria resistencia.

Ya no queda más que bajarlo a su camarote, y dejarlo en reposo hasta que esta crisis haya terminado. Es incluso lo que se va a hacer, conforme a la orden dada por un nuevo personaje, cuya voz llega a mi oído...

Me vuelvo, y lo reconozco.

Es el conde d'Artigas, de fisonomía sombría, de actitud imperiosa, tal como lo vi en Healthful-House.

Enseguida voy hacia él. Necesito una explicación, sea como sea... y la tendré.

—¿Con qué derecho... señor?... —he preguntado.

—¡Con el derecho del más fuerte! —me responde el conde d'Artigas.

Y se dirige hacia popa, mientras se llevan a Thomas Roch a su camarote.

CAPÍTULO VII. DOS DÍAS DE NAVEGACIÓN

Quizá —si las circunstancias lo exigen— me vea llevado a decirle al conde d'Artigas que soy el ingeniero Simon Hart. Quién sabe si no obtendré más miramientos que quedándome como el guardián Gaydon... Sin embargo, esta medida merece reflexión. En efecto, sigo dominado por la idea de que, si el propietario de la *Ebba* ha hecho raptar al inventor francés, es con la esperanza de asegurarse la posesión del Fulgurador Roch, al que ni el Antiguo ni el Nuevo Continente han querido pagar el precio inaceptable que se pedía por él. Pues bien, en el caso de que Thomas Roch llegara a entregar su secreto, ¿no vale más que yo haya seguido teniendo acceso a él, que se me hayan conservado mis funciones de vigilante, que yo esté encargado de los cuidados que exige su estado?... Sí, debo reservarme esta posibilidad de verlo todo, de oírlo todo... quién sabe... ¡de llegar por fin a saber lo que me fue imposible descubrir en Healthful-House!

Ahora, ¿adónde va la goleta *Ebba*?... Primera pregunta.

¿Quién es este conde d'Artigas?... Segunda pregunta.

La primera se resolverá sin duda dentro de unos días, dada la rapidez con que marcha este fantástico yate de recreo bajo la acción de un propulsor cuyo funcionamiento acabaré por reconocer.

En cuanto a la segunda pregunta, es menos seguro que pueda esclarecerla algún día.

A mi juicio, en efecto, este personaje enigmático debe de tener un interés capital en ocultar su origen, y, me temo, ningún indicio me permitirá establecer su nacionalidad. Si este conde d'Artigas habla el inglés con soltura — he podido comprobarlo durante su visita al pabellón 17 —, lo hace con un

acento áspero y vibrante, que no se encuentra entre los pueblos del Norte. Esto no me recuerda nada de lo que he oído en el curso de mis viajes por ambos mundos —salvo tal vez esa dureza característica de los idiomas de Malasia. Y, en verdad, con su tez cálida, casi aceitunada, tirando a cobriza, su cabellera crespa de un negro de ébano, su mirada que sale de una órbita profunda y que brota como un dardo de una pupila inmóvil, su elevada estatura, la anchura de sus hombros, su relieve muscular muy marcado que delata un gran vigor físico, no sería imposible que el conde d'Artigas perteneciera a alguna de esas razas del Extremo Oriente.

Para mí, este nombre de Artigas no es más que un nombre prestado, como debe de serlo también este título de conde. Si su goleta lleva un nombre noruego, él, sin duda, no es de origen escandinavo. No tiene nada de los hombres de la Europa septentrional, ni la fisonomía plácida, ni el cabello rubio, ni esa dulce mirada que se escapa de sus ojos de un azul pálido.

En fin, sea quien sea, este hombre ha hecho raptar a Thomas Roch —y a mí con él—, y esto no puede ser sino con un mal propósito.

Ahora bien, ¿ha actuado en beneficio de una potencia extranjera, o en su propio interés?... ¿Ha querido ser el único en aprovecharse de la invención de Thomas Roch, y se encuentra pues en condiciones de poder aprovecharla?... Es una tercera pregunta a la que aún no sabría responder. Por todo lo que veré en adelante, por todo lo que oiré, quizá logre resolverla, antes de haber podido huir, suponiendo que la fuga sea ejecutable...

La *Ebba* sigue navegando en las condiciones inexplicables ya conocidas. Soy libre de recorrer la cubierta, sin pasar nunca del alojamiento de la tripulación, cuya escotilla se abre hacia proa del trinquete.

En efecto, una vez quise avanzar hasta el escotillón del bauprés, desde donde habría podido, inclinándome hacia fuera, ver la roda de la goleta hendir las aguas. Pero, a consecuencia de órdenes evidentemente dadas, los marineros de guardia se opusieron a mi paso, y uno de ellos me dijo en tono brusco, en un inglés ronco:

—¡A popa... a popa!... ¡Estorba usted la maniobra!

¿La maniobra?... No se maniobra.

¿Habrán comprendido que trataba de averiguar a qué clase de propulsión obedecía la goleta?... Es probable, y el capitán Spade, que fue testigo de

esta escena, debió de adivinar que trataba de darme cuenta de esta navegación. Hasta un vigilante de hospicio no puede sino asombrarse mucho de que un navío, sin velamen, sin hélice, esté animado de semejante velocidad. En fin, por una razón o por otra, la proa de la cubierta de la *Ebba* me está vedada.

Hacia las diez, se levanta la brisa —una brisa del noroeste muy favorable—, y el capitán Spade da sus instrucciones al contramaestre.

Enseguida este, con el silbato en los labios, hace izar la vela mayor, el trinquete y los foques. No se habría operado con más regularidad y disciplina a bordo de un buque de guerra.

La *Ebba* se inclina ligeramente a babor, y su velocidad se acelera notablemente. Sin embargo, el motor no ha dejado de funcionar, pues las velas no están tan llenas como deberían estarlo si la goleta estuviera sometida únicamente a su acción. No obstante, no por ello dejan de ayudar a la marcha, gracias a la fresca brisa, que se ha establecido con regularidad.

El cielo está hermoso, las nubes del oeste se disipan en cuanto alcanzan las alturas del cenit, y el mar resplandece bajo la lluvia de los rayos solares.

Mi preocupación es entonces establecer, en la medida de lo posible, la ruta que seguimos. He viajado bastante por mar como para saber calcular la velocidad de un buque. A mi juicio, la de la *Ebba* debe de estar comprendida entre diez y once millas. En cuanto a la dirección, es siempre la misma, y me resulta fácil comprobarlo, acercándome a la bitácora colocada delante del timonel. Si la proa de la *Ebba* está prohibida al guardián Gaydon, no ocurre lo mismo con la popa. En repetidas ocasiones he podido echar una rápida mirada a la brújula, cuya aguja marca invariablemente el este, o, con más exactitud, el estesudeste.

He aquí, pues, en qué condiciones navegamos a través de esta parte del océano Atlántico, limitada a poniente por el litoral de los Estados Unidos de América.

Apelo a mis recuerdos: ¿cuáles son las islas o grupos de islas que se encuentran en esta dirección, antes de las tierras del Antiguo Continente?

Carolina del Norte, que la goleta abandonó hace cuarenta y ocho horas, está atravesada por el paralelo treinta y cinco, y ese paralelo, prolongado hacia levante, debe, si no me equivoco, cortar la costa africana casi a la al-

tura de Marruecos. Pero, en su trayecto, se halla el archipiélago de las Azores, a unas tres mil millas de América. Ahora bien, ¿es presumible que la *Ebba* tenga intención de dirigirse a ese archipiélago, que su puerto de amarre se encuentre en una de esas islas que forman un dominio insular de Portugal?... No, no puedo admitir esta hipótesis.

Por lo demás, antes de las Azores, en la línea del paralelo treinta y cinco, a una distancia de solo mil doscientos kilómetros, se encuentra el grupo de las Bermudas, que pertenece a Inglaterra. Me parecería menos hipotético que, si el conde d'Artigas se ha encargado del rapto de Thomas Roch por cuenta de una potencia europea, esa potencia fuera el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. A decir verdad, sigue siendo posible el caso de que este personaje no haya actuado sino en beneficio de su propio interés.

Durante este día, tres o cuatro veces, el conde d'Artigas ha venido a instalarse a popa. Desde allí, su mirada me ha parecido interrogar atentamente los diversos puntos del horizonte. Cuando aparece a lo lejos una vela o un humo, los observa largamente, sirviéndose de un potente catalejo marino. Añado que ni siquiera se ha dignado advertir mi presencia en cubierta.

De vez en cuando, el capitán Spade se le une, y ambos cambian algunas palabras en una lengua que no puedo ni entender ni reconocer.

Es con el ingeniero Serkö con quien el propietario de la *Ebba* conversa más de buena gana, el cual parece estar muy dentro de su intimidad. Bastante locuaz, menos hosco, menos cerrado que sus compañeros de a bordo, ¿a qué título se encuentra este ingeniero en la goleta?... ¿Es un amigo particular del conde d'Artigas?... ¿Recorre los mares con él, compartiendo esa existencia tan envidiable de un rico yachtman?... En resumen, este hombre es el único que parece mostrarme, si no algo de simpatía, al menos algo de interés.

En cuanto a Thomas Roch, no lo he divisado en toda la mañana, y debe de estar encerrado en su camarote, bajo el efecto de esa crisis de la víspera que aún no ha terminado.

Incluso he tenido la certeza de ello, cuando, hacia las tres de la tarde, el conde d'Artigas, en el momento en que iba a bajar de nuevo por la escotilla, me ha hecho seña de acercarme.

Ignoro qué quiere de mí este conde d'Artigas, pero bien sé lo que voy a decirle.

—¿Es que esas crisis a las que está sujeto Thomas Roch duran mucho?... —me pregunta en inglés.

—A veces cuarenta y ocho horas —he respondido.

—¿Y qué hay que hacer?...

—Nada, salvo dejarlo tranquilo hasta que se duerma. Después de una noche de sueño, el ataque termina, y Thomas Roch recupera su estado habitual de inconsciencia.

—Bien, guardián Gaydon, seguirá usted prodigándole sus cuidados como en Healthful-House, si fuera necesario...

—¿Mis cuidados?...

—Sí... a bordo de la goleta... hasta que hayamos llegado...

—¿Adónde?...

—Adonde estaremos mañana por la tarde —me responde el conde d'Artigas.

Mañana... pienso. ¿No se trata, pues, de llegar a la costa de África, ni siquiera al archipiélago de las Azores?... Quedaría entonces en pie la hipótesis de que la *Ebba* va a hacer escala en las Bermudas...

El conde d'Artigas iba a poner el pie en el primer peldaño de la escotilla, cuando lo interpele a mi vez. —Señor —digo—, quiero saber... tengo derecho a saber adónde voy... y...

—Aquí, guardián Gaydon, usted no tiene ningún derecho. Límitese a responder, cuando se le interroge.

—Protesto...

—Proteste —me replica este personaje imperioso y altanero, cuyo ojo me lanza una mala mirada. Y, bajando por la escotilla del rufo, me deja en presencia del ingeniero Serkö.

—Yo, en su lugar, me resignaría, guardián Gaydon... —dice este sonriendo—. Cuando uno está atrapado en un engranaje...

—Se puede gritar... supongo...

—¿Para qué... cuando nadie está al alcance de oírle?...

—Se me oirá más adelante, señor...

—Más adelante... ¡es largo!... En fin... ¡grite a sus anchas! —Y es con este consejo irónico como el ingeniero Serkō me abandona a mis reflexiones. Hacia las cuatro, se avista un gran navío a seis millas al este, que navega en dirección contraria a la nuestra. Su marcha es rápida, y crece a ojos vistas. De sus dos chimeneas escapan torbellinos negruzcos. Es un buque de guerra, pues una estrecha flámula se despliega en la cabeza de su palo mayor, y aunque ningún pabellón ondea en su pico, creo reconocer un crucero de la marina federal. Me pregunto entonces si la *Ebba* le hará el saludo de rigor, cuando esté por su través. No, y en este momento, la goleta evoluciona con la evidente intención de alejarse. Estos modales no me sorprenden demasiado por parte de un yate tan sospechoso. Pero, lo que me causa la más viva sorpresa es la manera de maniobrar del capitán Spade. En efecto, tras dirigirse a proa junto al molinete, se detiene ante un pequeño aparato de señales, semejante a los destinados a enviar órdenes a la sala de máquinas de un vapor. En cuanto pulsa uno de los botones de este aparato, la *Ebba* arriba un cuarto hacia el sudeste, al tiempo que las escotas de las velas son largadas con suavidad por los hombres de la tripulación. Evidentemente, se ha transmitido una orden «cualquiera» al mecánico de la máquina «cualquiera», que imprime a la goleta este inexplicable desplazamiento bajo la acción de un motor «cualquiera» cuyo principio se me escapa todavía.

De esta maniobra resulta que la *Ebba* se aleja oblicuamente del crucero, cuya dirección no se ha modificado en absoluto. ¿Por qué habría de tratar un buque de guerra de desviar de su ruta a este yate de recreo, que no puede suscitar ninguna sospecha?...

Pero es de muy distinta manera como se comporta la *Ebba* cuando, hacia las seis de la tarde, un segundo buque aparece por la amura de babor. Esta vez, en lugar de evitarlo, el capitán Spade, tras enviar una orden por medio del aparato, retoma su rumbo al este —lo que va a llevarla a las aguas de dicho buque.

Una hora más tarde, los dos navíos están por el través el uno del otro, separados por una distancia de unas tres o cuatro millas.

La brisa ha amainado por completo entonces. El navío, que es un buque de altura, un tres palos mercante, se ocupa de aferrar sus velas altas. Es inútil contar con que vuelva el viento durante la noche, y mañana, en este mar tan sereno, este tres palos estará necesariamente en el mismo lugar. En cuanto a la *Ebba*, movida por su misterioso propulsor, sigue acercándose a él.

Es de suponer que el capitán Spade ha ordenado arriar las velas, y la operación se ejecuta, bajo la dirección del contraestre Efrondat, con esa prontitud que se admira a bordo de los yates de regata.

En el momento en que empieza a hacerse la oscuridad, los dos buques ya no están sino a un intervalo de una milla y media.

El capitán Spade se dirige entonces hacia mí, me aborda cerca del portalón de estribor, y, sin más ceremonia, me ordena bajar a mi camarote.

No me queda más que obedecer. Sin embargo, antes de abandonar la cubierta, observo que el contraestre no manda encender las luces de posición, mientras que el tres palos ha dispuesto las suyas —luz verde a estribor y luz roja a babor. No dudo de que la goleta tenga la intención de pasar inadvertida en las aguas de ese navío. En cuanto a su marcha, se ha reducido algo, sin que su dirección se haya modificado. Calculo que, desde la víspera, la *Ebba* ha debido de ganar doscientas millas hacia el este. He vuelto a mi camarote bajo la impresión de una vaga aprensión. Mi cena está puesta sobre la mesa; pero, inquieto sin saber por qué, apenas la toco, y me acuesto, esperando un sueño que no quiere llegar. Este estado de malestar se prolonga durante dos horas. El silencio solo se ve turbado por los estremecimientos de la goleta, el murmullo del agua que corre a lo largo del casco, las leves sacudidas que produce su desplazamiento por la superficie de este mar apacible... Mi espíritu, poseído por los recuerdos de todo lo ocurrido en estas dos últimas jornadas, no ha encontrado apaciguamiento alguno. Mañana, por la tarde, habremos llegado... Mañana deberán reanudarse mis funciones en tierra junto a Thomas Roch, «si fuera necesario», ha dicho el conde d'Artigas. La primera vez que me encerraron en el fondo de la bodega, si me di cuenta de que la goleta se había puesto en marcha mar adentro del Pamplico-Sound, en este momento —debían de ser cerca de las diez—, siento que acaba de detenerse. ¿Por qué esta parada?... Cuando el capitán Spade me ordenó abandonar la cubierta, no teníamos tierra alguna a la vista.

En esta dirección, las cartas no indican más que el grupo de las Bermudas, y, al caer la noche, todavía faltaban cincuenta o sesenta millas para que los vigías hubieran estado en condiciones de señalarlo.

Por lo demás, no solo la marcha de la *Ebba* está suspendida, sino que su inmovilidad es casi completa. Apenas si experimenta un leve balanceo de una banda a otra, muy suave, muy uniforme. La mar de fondo apenas se percibe. Ningún soplo de viento se propaga por la superficie del mar.

Mi pensamiento vuelve entonces a ese buque mercante que teníamos a una milla y media, cuando volví a mi camarote. Si la goleta ha seguido dirigiéndose hacia él, lo habrá alcanzado. Ahora que está inmóvil, los dos buques no deben de estar ya sino a uno o dos cables el uno del otro. Ese tres palos, ya encalmado a la puesta del sol, no ha podido desplazarse hacia el oeste. Está ahí, y, si la noche fuera clara, lo divisaría a través del ojo de buey.

Se me ocurre que tal vez se presenta una ocasión de la que convendría aprovecharse. ¿Por qué no habría de intentar escapar, ya que toda esperanza de recobrar jamás mi libertad me está vedada?... No sé nadar, es verdad, pero, tras haberme arrojado al mar con una de las boyas de a bordo, ¿me sería imposible alcanzar el tres palos, a condición de haber sabido burlar la vigilancia de los marineros de guardia?...

Así pues, en primer lugar, se trata de salir de mi camarote, de subir por la escalera de la escotilla... No oigo ningún ruido en el sollado de la tripulación ni en la cubierta de la *Ebba*... Los hombres deben de estar durmiendo a esta hora... Intentémoslo...

Cuando quiero abrir la puerta de mi camarote, me doy cuenta de que está cerrada por fuera, y esto era de prever.

Debo abandonar este proyecto, ¡que, por lo demás, tenía tantas probabilidades de fracasar!...

Lo mejor sería dormir, pues estoy muy fatigado de espíritu, si no lo estoy de cuerpo. Presa de incesantes obsesiones, de contradictorias asociaciones de ideas, si pudiera ahogarlas en el sueño...

Debo de haberlo logrado, puesto que acabo de despertarme a causa de un ruido —un ruido insólito, como no había oído todavía a bordo de la goleta.

El día empezaba a blanquear el cristal de mi ojo de buey vuelto hacia el este. Consulto mi reloj... Marca las cuatro y media de la madrugada.

Mi primer cuidado es preguntarme si la *Ebba* se ha puesto de nuevo en marcha.

No, ciertamente... ni con su velamen, ni con su motor. Se manifestarían ciertas sacudidas en las que no me equivocaría. Por lo demás, el mar parece estar tan tranquilo al salir el sol como lo estaba la víspera al ponerse. Si la *Ebba* ha navegado durante las pocas horas que he dormido, al menos está inmóvil en este momento.

El ruido del que hablo proviene de rápidos ires y venires en cubierta — pasos de gente muy cargada. Al mismo tiempo, me parece que un tumulto semejante llena la bodega bajo el suelo de mi camarote, a la que da acceso la gran escotilla situada a popa del trinquete. Compruebo también que la goleta es rozada por fuera a lo largo de sus flancos, en la parte emergida de su casco. ¿La han abordado unas embarcaciones?... ¿Están los hombres ocupados en cargar o descargar mercancías?...

Y, sin embargo, no es posible que hayamos llegado a destino. El conde d'Artigas ha dicho que la *Ebba* no llegaría antes de veinticuatro horas. Ahora bien, lo repito, ayer por la noche estaba a cincuenta o sesenta millas de las tierras más próximas, el grupo de las Bermudas. Que haya vuelto hacia el oeste, que se encuentre cerca de la costa americana, es inadmisible, dada la distancia. Y además, tengo motivos para creer que la goleta ha permanecido inmóvil durante toda la noche. Antes de dormirme, había comprobado que acababa de detenerse. En este instante, compruebo que no se ha puesto de nuevo en marcha.

Espero, pues, a que se me permita subir a cubierta. La puerta de mi camarote sigue cerrada por fuera, acabo de comprobarlo. Que me impidan salir, cuando sea de pleno día, esto me parece improbable.

Pasa una hora. La claridad matinal penetra por el ojo de buey. Miro a través de él... Una ligera bruma cubre el Océano, pero no tardará en disiparse bajo los primeros rayos solares.

Como mi vista puede alcanzar la distancia de media milla, si el tres palos no es visible, debe de ser porque está detenido a babor de la *Ebba*, del lado que no puedo divisar.

He aquí que se oye un chirrido, y la llave gira en la cerradura. Empujo la puerta que está abierta, subo por la escala de hierro, pongo el pie en cubierta, en el momento en que los hombres vuelven a cerrar la escotilla de proa.

Busco al conde d'Artigas con la mirada... No está ahí y no ha salido de su camarote.

El capitán Spade y el ingeniero Serkö vigilan la estiba de cierto número de fardos, que, sin duda, acaban de sacar de la bodega y transportar a popa. Esta operación explicaría los ruidosos ires y venires que he oído al despertar. Es evidente que, si la tripulación se ocupa de subir la mercancía, es porque nuestra llegada está próxima... Ya no estamos lejos del puerto, y quizá la goleta fondee allí dentro de unas horas...

¡Pues bien!... ¿Y el velero que estaba por nuestra aleta de babor?... Debe de estar en el mismo lugar, puesto que la brisa no ha vuelto a soplar desde la víspera...

Dirijo mis miradas hacia allí...

El tres palos ha desaparecido, el mar está desierto, y no hay ningún navío mar adentro, ninguna vela en el horizonte, ni hacia el norte ni hacia el sur...

Tras reflexionar, esta es la única explicación que puedo darme, aunque solo sea aceptable con reservas: aunque no me haya dado cuenta, la *Ebba* debió de ponerse de nuevo en marcha mientras dormía, dejando atrás al tres palos encalmado, y esa es la razón por la que ya no lo veo por el través de la goleta.

Por lo demás, me guardo mucho de ir a interrogar al capitán Spade sobre este particular, ni siquiera al ingeniero Serkö: no se dignarían honrarme con una respuesta.

En este instante, por lo demás, el capitán Spade se dirige hacia el aparato de señales, y pulsa uno de los botones de la placa superior. Casi enseguida, la *Ebba* experimenta una sacudida bastante sensible en la proa. Luego, con las velas siempre aferradas, reanuda su extraordinaria marcha hacia levante.

Dos horas después, el conde d'Artigas aparece en el orificio de la escotilla del rufo y va a ocupar su lugar habitual cerca de la coronación de popa. El ingeniero Serkö y el capitán Spade van enseguida a cambiar unas palabras con él.

Los tres apuntan sus catalejos marinos y observan el horizonte del sudeste al nordeste.

No ha de sorprender que mis miradas se fijen obstinadamente en esa dirección. Pero, al no tener catalejo, no he podido distinguir nada en el mar.

Terminada la comida del mediodía, hemos vuelto a subir a cubierta — todos menos Thomas Roch, que no ha salido de su camarote.

Hacia la una y media, un marinero encaramado a las cruces del trinquete señala tierra. Dado que la *Ebba* avanza con extrema velocidad, no tardaré en ver dibujarse los primeros contornos de un litoral.

En efecto, dos horas después, una vaga silueta se redondea a menos de ocho millas. A medida que la goleta se acerca, los perfiles se marcan con más nitidez. Son los de una montaña, o al menos de una tierra bastante elevada. De su cima escapa un penacho que se alza hacia el cenit.

¿Un volcán en estos parajes?... Entonces sería...

CAPÍTULO VIII. BACK-CUP

A mi juicio, la *Ebba* no ha podido encontrar en esta parte del Atlántico otro grupo que el de las Bermudas. Así lo indican tanto la distancia recorrida desde la costa americana como la dirección seguida desde la salida del Pamplico-Sound. Esta dirección ha sido constantemente la del sursudeste, y esta distancia, relacionándola con la velocidad de marcha, debe calcularse aproximadamente entre novecientos y mil kilómetros.

Sin embargo, la goleta no ha aminorado su rápida marcha. El conde d'Artigas y el ingeniero Serkö permanecen a popa, cerca del timonel. El capitán Spade ha venido a apostarse a proa.

Ahora bien, ¿no vamos a rebasar este islote, que parece aislado, y a dejarlo al oeste?...

No es probable, puesto que estamos en el día y a la hora indicados para la llegada de la *Ebba* a su puerto de amarre...

En este momento, todos los marineros están formados en cubierta, dispuestos a maniobrar, y el contramaestre Effrondat toma sus disposiciones para un próximo fondeo.

Antes de dos horas sabré a qué atenerme. Será la primera respuesta a una de las preguntas que me han preocupado desde que la goleta ganó la alta mar.

Y, sin embargo, que el puerto de amarre de la *Ebba* esté situado precisamente en una de las Bermudas, en medio de un archipiélago inglés, es inverosímil —a menos que el conde d'Artigas haya raptado a Thomas Roch en beneficio de Gran Bretaña, hipótesis casi inadmisible...

Lo que no admite duda es que este extraño personaje me observa, en este momento, con una persistencia al menos singular. Aunque no pueda sospechar que soy el ingeniero Simon Hart, debe de preguntarse qué pienso yo de esta aventura. Si el guardián Gaydon no es más que un pobre diablo, ese pobre diablo no puede estar menos preocupado por lo que le espera que cualquier caballero, aunque sea el propietario de este extraño yate de recreo. Así pues, me inquieta un poco la insistencia con que esta mirada se fija en mi persona.

Y si el conde d'Artigas hubiera podido adivinar qué aclaración acababa de producirse en mi espíritu, no tengo la certeza de que hubiera vacilado en hacerme arrojar por la borda...

La prudencia me ordena, pues, ser más circunspecto que nunca.

En efecto, sin que haya podido dar pie a la sospecha —ni siquiera en la mente del ingeniero Serkö, tan sutil sin embargo—, se ha levantado una punta del misterioso velo. El futuro se ha iluminado ante mis ojos con un ligero resplandor.

A medida que se acerca la *Ebba*, las formas de esta isla, o mejor de este islote hacia el que se dirige, se han dibujado con más nitidez sobre el fondo claro del cielo. El sol, que ha pasado su punto de culminación, lo baña de lleno por su cara de poniente. El islote está aislado, o al menos, ni al norte ni al sur diviso ningún grupo al que pertenezca. A medida que disminuye la distancia, se abre el ángulo bajo el cual se presenta, mientras el horizonte descende tras él.

Este islote, de curiosa contextura, figura bastante exactamente una taza invertida, del fondo de la cual escapa una columna de vapor fuliginoso. Su cumbre —el fondo de la taza, si se quiere— debe de elevarse un centenar de metros sobre el nivel del mar, y sus flancos presentan taludes de una pendiente regular, que parecen tan desnudos como las rocas de la base, incesantemente batidas por la resaca.

Pero hay una particularidad capaz de hacer este islote muy reconocible para los navegantes que lo divisan viniendo del oeste: una roca calada. Este arco natural parece formar el asa de dicha taza, y da paso tanto a los arremolinados rocíos de las olas como a los rayos del sol, cuando su disco reba-

sa el horizonte de levante. Visto en estas condiciones, este islote justifica plenamente el nombre de Back-Cup que se le ha atribuido.

¡Pues bien, lo conozco y lo reconozco, a este islote! Está situado por delante del archipiélago de las Bermudas. Es la «taza invertida» que tuve ocasión de visitar hace algunos años... ¡No! No me equivoco... En aquella época, mi pie holló sus rocas calcáreas y bordeó su base por el lado de levante... Sí... es Back-Cup...

De haber sido menos dueño de mí mismo, habría dejado escapar una exclamación de sorpresa... y de satisfacción, de la que, con razón, se habría preocupado el conde d'Artigas.

He aquí en qué circunstancias me vi llevado a explorar el islote de Back-Cup, cuando me encontraba en las Bermudas.

Este archipiélago, situado a unos mil kilómetros de Carolina del Norte, se compone de varios centenares de islas o islotes. En su parte central se cruzan el meridiano sesenta y cuatro y el paralelo treinta y dos. Desde el naufragio del inglés Lomer, que fue arrojado allí en 1609, las Bermudas pertenecen al Reino Unido, cuya población colonial, a consecuencia de este hecho, ha aumentado en diez mil habitantes. No fue por sus producciones de algodón, café, índigo, arrurruz, por lo que Inglaterra quiso anexionarse este grupo, acapararlo, podría decirse. Sino que había allí una estación marítima muy indicada en esta parte del Océano, próxima a los Estados Unidos de América. La toma de posesión se llevó a cabo sin suscitar ninguna protesta por parte de las demás potencias, y las Bermudas están administradas actualmente por un gobernador británico, con el concurso de un consejo y de una asamblea general.

Las principales islas de este archipiélago se llaman Saint-David, Somerset, Hamilton, Saint-Georges. Esta última isla posee un puerto franco, y la ciudad, que lleva el mismo nombre, es también la capital del grupo.

La más extensa de estas islas no pasa de veinte kilómetros de longitud por cuatro de anchura. Si se descuentan las medianas, no queda más que una aglomeración de islotes y arrecifes, esparcidos en un área de doce leguas cuadradas.

Por muy sano y salubre que sea el clima de las Bermudas, estas islas no dejan de ser terriblemente azotadas por las grandes tempestades invernales

del Atlántico, y sus accesos ofrecen dificultades a los navegantes.

Lo que sobre todo le falta a este archipiélago son los ríos y los riachuelos. Sin embargo, como las lluvias caen allí con frecuencia, se ha remediado esta falta de agua recogiéndola para las necesidades de los habitantes y las exigencias del cultivo. Esto ha requerido la construcción de vastas cisternas que los aguaceros se encargan de llenar con inagotable generosidad. Estas obras merecen una justa admiración y hacen honor al ingenio del hombre.

Fue la construcción de estas cisternas lo que había motivado mi viaje en aquella época, y también la curiosidad de visitar esta hermosa obra.

Obtuve de la compañía de la que era ingeniero en Nueva Jersey un permiso de algunas semanas, partí y me embarqué en Nueva York rumbo a las Bermudas.

Pues bien, mientras residía en la isla Hamilton, en el vasto puerto de Southampton, se produjo un hecho capaz de interesar a los geólogos.

Un día, se vio llegar a Southampton-Harbour toda una flotilla de pescadores, hombres, mujeres, niños.

Desde hacía unos cincuenta años, estas familias estaban instaladas en la parte del litoral de Back-Cup expuesta a levante. Se habían construido allí cabañas de madera, casas de piedra. Los habitantes vivían allí en condiciones muy favorables para explotar estas aguas ricas en pesca —sobre todo con vistas a la pesca de cachalotes, que abundan en los parajes bermudeños durante los meses de marzo y abril.

Nada, hasta entonces, había venido a turbar ni la tranquilidad ni la industria de estos pescadores. No se quejaban de esta existencia bastante ruda, suavizada por lo demás por la facilidad de las comunicaciones con Hamilton y Saint-Georges. Sus sólidas barcas, aparejadas en cúter, exportaban el pescado e importaban, a cambio, los diversos artículos de consumo necesarios para el sustento de la familia.

¿Por qué, pues, lo habían abandonado, ese islote, y, como no tardó en saberse, sin intención de volver a él jamás?... Se debía a que su seguridad ya no estaba allí garantizada como antaño.

Dos meses antes, los pescadores se habían visto sorprendidos primero, y luego inquietados, por sordas detonaciones que se producían en el interior

de Back-Cup. Al mismo tiempo, la cima del islote —digamos el fondo de la taza invertida— se coronaba de vapores y de llamas. Ahora bien, que este islote fuera de origen volcánico, que su cima formara un cráter, no se sospechaba, pues tal era la inclinación de sus laderas que habría sido imposible escalarlas. Pero ya no cabía duda de que Back-Cup era un antiguo volcán, que amenazaba al pueblo con una erupción próxima.

Durante estos dos meses, hubo redoblamiento de los rugidos internos, sacudidas bastante sensibles de la osamenta del islote, largos chorros de llamas en su cima —sobre todo de noche—, a veces detonaciones formidables —otros tantos síntomas que atestiguaban un trabajo plutónico en la subtrucción submarina, pródromos incontestables de un movimiento eruptivo a corto plazo.

Las familias, expuestas a alguna catástrofe inminente en aquel margen litoral que no les ofrecía ningún abrigo contra la colada de las lavas, pudiendo incluso temer una destrucción completa de Back-Cup, no vacilaron en huir de él. Todo cuanto poseían fue embarcado en sus chalupas de pesca; ellas mismas embarcaron en ellas y vinieron a refugiarse en Southampton-Harbour.

En las Bermudas se sintió cierto espanto ante esta noticia de que un volcán, dormido desde hacía siglos, acababa de despertar en el extremo occidental del grupo. Pero, al mismo tiempo que el terror de unos, se manifestó la curiosidad de otros. Yo fui de estos últimos. Importaba, además, estudiar el fenómeno, comprobar si los pescadores no exageraban sus consecuencias.

Back-Cup, que emerge de un solo bloque al oeste del archipiélago, se une a él por una caprichosa sucesión de pequeños islotes y arrecifes inabordables por el lado de levante. No se le divisa ni desde Saint-Georges ni desde Hamilton, pues su cima no sobrepasa la altitud de un centenar de metros.

Un cúter, partido de Southampton-Harbour, nos desembarcó, a algunos exploradores y a mí, en la orilla donde se alzaban las cabañas abandonadas de los pescadores bermudeños.

Los crujidos interiores se seguían oyendo, y un penacho de vapores escapaba del cráter.

No cupo duda alguna para nosotros: el antiguo volcán de Back-Cup se había reencendido bajo la acción de los fuegos subterráneos. Había que temer que una erupción se produjera, con todas sus consecuencias, tarde o temprano.

En vano intentamos subir hasta el orificio del volcán. La ascensión era imposible por aquellas laderas abruptas, lisas, resbaladizas, que no ofrecían asidero ni al pie ni a la mano, y que se perfilaban con un ángulo de setenta y cinco a ochenta grados. Nunca había encontrado nada más árido que aquel caparazón rocoso, en el que solo vegetaban raras matas de alfalfa silvestre en los lugares provistos de un poco de humus.

Tras numerosos intentos infructuosos, se trató de dar la vuelta al islote. Pero, salvo en la parte donde los pescadores habían construido su pueblo, la base era impracticable en medio de los desprendimientos del norte, del sur y del oeste.

El reconocimiento del islote quedó, pues, limitado a esta exploración muy insuficiente. En suma, al ver los humos mezclados de llamas que brotaban fuera del cráter, mientras sordos retumbos, a veces detonaciones, sacudían el interior, no se podía sino aprobar que los pescadores hubieran abandonado ese islote, en previsión de su destrucción próxima.

Tales son las circunstancias en las que me vi llevado a visitar Back-Cup, y no ha de extrañar que haya podido darle este nombre, en cuanto su extraña estructura se ofreció a mis ojos.

¡No! Lo repito, no le habría gustado nada al conde d'Artigas que el guardián Gaydon hubiera reconocido este islote, suponiendo que la *Ebba* tuviera que hacer escala en él —lo cual, a falta de puerto, me parecía inadmisibile.

A medida que la goleta se acerca, observo Back-Cup, adonde, desde su partida, ningún bermudeño ha querido volver. Este lugar de pesca está actualmente abandonado, y no puedo explicarme que la *Ebba* venga a hacer escala en él.

¿Acaso, después de todo, el conde d'Artigas y sus compañeros no tienen intención de desembarcar en el litoral de Back-Cup? Aunque la goleta hubiera encontrado un abrigo temporal entre las rocas, en el fondo de una estrecha cala, ¿qué apariencia hay de que un rico yachtman haya tenido el pensamiento de establecer su residencia en este cono árido, expuesto a las

terribles tempestades del Atlántico occidental? Vivir en este lugar está bien para rústicos pescadores, no para el conde d'Artigas, el ingeniero Serkö, el capitán Spade y su tripulación.

Back-Cup ya no está sino a media milla, y no tiene nada del aspecto que presentan las demás islas del archipiélago bajo el sombrío verdor de sus colinas. Apenas si, en el pliegue de ciertas anfractuosidades, crecen algunos enebros, y se perfilan magros ejemplares de esos cedros que constituyen la principal riqueza de las Bermudas. En cuanto a las rocas del basamento, están cubiertas de espesas capas de algas, renovadas sin cesar por los aportes de la mar de fondo, y también de vegetales filamentosos, esos innumerables sargazos del mar de ese nombre, entre las Canarias y las islas de Cabo Verde, y de los que las corrientes arrojan cantidades enormes sobre los arrecifes de Back-Cup.

En cuanto a los únicos habitantes de este islote desolado, se reducen a algunas aves, camachuelos, «mota cyllas cyalis» de plumaje azulado, mientras que, por miríadas, las gaviotas grandes y las gaviotas comunes atraviesan con ala rápida los vapores arremolinados del cráter.

Cuando ya no está sino a dos cables, la goleta reduce su marcha, se detiene —esa es la palabra propia— a la entrada de un paso abierto en medio de una siembra de rocas a flor de agua.

Me pregunto si la *Ebba* va a arriesgarse a través de este sinuoso paso...

No, la hipótesis más aceptable es que, tras una escala de unas horas —y todavía no adivino con qué propósito—, reanudará su ruta hacia el este.

Lo que es cierto es que no veo hacer ningún preparativo de fondeo. Las anclas permanecen en los pescantes, las cadenas no están dispuestas, la tripulación no se dispone en absoluto a echar los botes al agua.

En este momento, el conde d'Artigas, el ingeniero Serkö y el capitán Spade van a colocarse a proa, y entonces se realiza una maniobra que para mí resulta inexplicable.

Tras haber seguido la borda de babor, casi a la altura del trinquete, diviso una pequeña boya flotante que uno de los marineros se ocupa de izar hacia proa.

Casi enseguida, el agua, muy clara en ese lugar, se oscurece, y me parece ver una especie de masa negra que sube del fondo. ¿Será, pues, un enorme cachalote que viene a respirar a la superficie del mar?... ¿Está la *Ebba* amenazada por algún formidable coletazo?...

Lo he comprendido todo... Sé a qué ingenio debe la goleta el moverse con esa extraordinaria velocidad, sin velas ni hélice... Heme aquí que emerge, su infatigable propulsor, después de haberla arrastrado desde el litoral americano hasta el archipiélago de las Bermudas... Está ahí, flotando a su lado... Es una embarcación sumergible, un remolcador submarino, movido por una hélice, bajo la acción de la corriente de una batería de acumuladores o de las potentes pilas en uso en esa época...

En la parte superior de este remolcador —largo huso de chapa— se extiende una plataforma, en cuyo centro una escotilla establece la comunicación con el interior. En la proa de esta plataforma sobresale un periscopio, un foco, especie de garita cuyas paredes, horadadas de ojos de buey de vidrios lenticulares, permiten iluminar eléctricamente las capas submarinas. Ahora, aligerado de su lastre de agua, el remolcador ha vuelto a la superficie. Su escotilla superior va a abrirse —un aire puro lo penetrará por entero. E incluso, ¿no cabe suponer que, si permanece sumergido durante el día, emerge de noche y remolca a la *Ebba* manteniéndose en la superficie del mar?...

Una pregunta, sin embargo. Si es la electricidad la que produce la fuerza mecánica de este remolcador, es indispensable que una fábrica de energía se la suministre, cualquiera que sea su origen. Ahora bien, esa fábrica, ¿dónde se encuentra?... No es en el islote de Back-Cup, supongo...

Y además, ¿por qué recurre la goleta a este tipo de remolcador que se mueve bajo las aguas?... ¿Por qué no tiene en sí misma su potencia de locomoción, como tantos otros yates de recreo?...

Pero no tengo, en este instante, tiempo para entregarme a tales reflexiones, o más bien para buscar la explicación de tantas cosas inexplicables.

El remolcador está al costado de la *Ebba*. La escotilla acaba de abrirse. Varios hombres han aparecido en la plataforma —la tripulación de esta embarcación submarina con la que el capitán Spade puede comunicarse por medio de las señales eléctricas dispuestas en la proa de la goleta, y que un

hilo conecta con el remolcador. Es de la *Ebba*, en efecto, de donde parten las indicaciones sobre la dirección a seguir.

El ingeniero Serkö se acerca entonces a mí, y me dice esta sola palabra:

—Embarquemos.

—¿Embarcar?... —he replicado.

—Sí... en el remolcador... ¡rápido! —Como siempre, no me queda más que obedecer estas palabras imperativas, y me apresuro a franquear la borda. En ese momento, Thomas Roch vuelve a subir a cubierta, acompañado de uno de los hombres. Me parece muy tranquilo, también muy indiferente, y no opone ninguna resistencia a su paso a bordo del remolcador. Cuando está cerca de mí, en el orificio de la escotilla, el conde d'Artigas y el ingeniero Serkö se nos unen. En cuanto al capitán Spade y a la tripulación, permanecen en la goleta —salvo cuatro hombres que bajan al pequeño bote, que acaba de echarse al mar. Estos hombres llevan una larga estacha, probablemente destinada a espiar la *Ebba* a través de los arrecifes. ¿Existe, pues, en medio de estas rocas, una cala donde el yate del conde d'Artigas encuentre un refugio seguro contra la mar de fondo de alta mar?... ¿Es ese su puerto de amarre?... Separada la *Ebba* del remolcador, la estacha que la une al bote se tensa, y, medio cable más allá, unos marineros van a amarrarla a unas argollas de hierro fijadas a los arrecifes. Entonces la tripulación, halando de ella, espía lentamente la goleta.

Cinco minutos después, la *Ebba* ha desaparecido tras el amontonamiento de rocas, y es seguro que, desde el mar abierto, no se puede ni siquiera divisar el extremo de su arboladura.

¿Quién sospecharía, en las Bermudas, que un navío suele hacer escala habitualmente en esta cala secreta?... ¿Quién sospecharía, en América, que el rico yachtman, tan conocido en todos los puertos del oeste, es huésped de las soledades de Back-Cup?...

Veinte minutos después, el bote regresa hacia el remolcador, trayendo de vuelta a los cuatro hombres.

Está claro que la embarcación submarina los esperaba antes de partir de nuevo... para ir... ¿adónde?...

En efecto, la tripulación al completo pasa a la plataforma, el bote es puesto a remolque, se produce un movimiento, la hélice bate a pocas revoluciones, y, en la superficie de las aguas, el remolcador se dirige hacia Back-Cup, bordeando los arrecifes por el sur.

A tres cables de allí se dibuja un segundo paso que va a dar al islote, y cuyas sinuosidades sigue el remolcador. En cuanto atraca en las primeras hiladas de la base, se da orden a dos hombres de tirar del bote hasta una estrecha playa de arena, a la que no pueden llegar ni la mar de fondo ni la resaca, y donde es fácil volver a recogerlo, cuando se reanuden las campañas de la *Ebba*.

Hecho esto, estos dos marineros vuelven a bordo del remolcador, y el ingeniero Serkö me hace seña de bajar al interior.

Unos peldaños de una escalera de hierro dan acceso a una sala central, donde se amontonan diversos paquetes y fardos que, sin duda, no han podido encontrar sitio en la bodega ya abarrotada. Me empujan hacia un camarote lateral, la puerta se cierra, y heme aquí sumido de nuevo en medio de una profunda oscuridad.

Lo he reconocido, este camarote, en el momento de entrar en él. Es en efecto aquel en el que pasé horas tan largas, tras el rapto de Healthful-House, y del que no salí sino mar adentro del Pamplico-Sound.

Es evidente que a Thomas Roch debe de ocurrirle lo mismo que a mí, que está encerrado en otro compartimento.

Se produce un ruido sonoro —el ruido de la escotilla que se cierra—, y el aparato no tarda en sumergirse.

En efecto, siento un movimiento de descenso, debido a la entrada de agua en los tanques del remolcador.

A este movimiento sucede otro —un movimiento que impulsa a la embarcación submarina a través de las capas líquidas.

Tres minutos después, se detiene, y tengo la impresión de que volvemos a subir a la superficie...

Nuevo ruido de la escotilla, que esta vez se vuelve a abrir.

La puerta de mi camarote me franquea el paso, y, en pocos saltos, heme aquí en la plataforma.

Miro...

El remolcador acaba de penetrar en el interior mismo del islote de Back-Cup.

¡Ahí está ese misterioso retiro, donde el conde d'Artigas vive con sus compañeros, por así decirlo, al margen de la humanidad!

CAPÍTULO IX. DENTRO

Al día siguiente, sin que nadie me haya impedido ir y venir, he podido llevar a cabo un primer reconocimiento a través de la vasta caverna de Back-Cup.

¡Qué noche he pasado, bajo el imperio de extrañas visiones, y con qué impaciencia esperaba el día!

Me habían conducido al fondo de una gruta, a un centenar de pasos de la orilla junto a la cual se había detenido el remolcador. A esta gruta, de unos tres metros por cuatro, que iluminaba una bombilla incandescente, se accedía por una puerta que se cerró detrás de mí.

No he de extrañarme de que la electricidad se emplee como agente luminoso en el interior de esta caverna, puesto que también lo es a bordo del remolcador submarino. Pero ¿dónde se fabrica?... ¿De dónde viene?... ¿Habría instalada una fábrica en el interior de esta enorme cripta, con su maquinaria, sus dinamos, sus acumuladores?...

Mi celda está amueblada con una mesa sobre la que hay depositados alimentos, una litera con su ropa de cama, un sillón de mimbre, un armario que contiene ropa blanca y varias mudas de vestido. En el cajón de la mesa, papel, un tintero, plumas. En el rincón de la derecha, un lavabo provisto de sus utensilios. Todo muy limpio.

Pescado fresco, conservas de carne, pan de buena calidad, ale y whisky: he ahí el menú de esta primera comida. Apenas he comido, con la punta de los labios —a medio diente, como se dice—, de tan nervioso como me siento.

Sin embargo, tendré que sobreponerme, recobrar la calma de espíritu y de corazón, que la moral vuelva a imponerse. El secreto de este puñado de hombres, enterrados en las entrañas de este islote, quiero descubrirlo... lo descubriré...

Así pues, es bajo el caparazón de Back-Cup donde el conde d'Artigas ha venido a establecerse. Esta cavidad, cuya existencia nadie sospecha, le sirve de morada habitual, cuando la *Ebba* no lo pasea a lo largo del litoral del nuevo mundo y quizá hasta los parajes del antiguo. Ahí está el retiro desconocido que ha descubierto, y al que se accede por esta entrada submarina, esta puerta de agua, que se abre a unos cuatro o cinco metros bajo la superficie oceánica.

¿Por qué haberse apartado de los habitantes de la tierra?... ¿Qué se encontraría en el pasado de este personaje?... Si este nombre de Artigas, este título de conde, no son más que prestados, como imagino, ¿qué motivo ha tenido este hombre para ocultar su identidad?... ¿Es un desterrado, un proscrito, que ha preferido este lugar de exilio a cualquier otro?... ¿No tendré más bien que ver con un malhechor, deseoso de asegurar la impunidad de sus crímenes, la inutilidad de las persecuciones judiciales, escondiéndose en el fondo de esta substrucción indescubrible?... Tengo derecho a suponerlo todo, cuando se trata de este sospechoso extranjero, y lo supongo todo.

Entonces vuelve a mi mente esta pregunta a la que aún no puedo encontrar una respuesta satisfactoria. ¿Por qué ha sido raptado Thomas Roch de Healthful-House en las condiciones que se conocen?... ¿Espera el conde d'Artigas arrancarle el secreto de su Fulgurador, utilizarlo para defender Back-Cup, en caso de que el azar traicionara el lugar de su retiro?... Pero, si eso ocurriera, ¿bien se sabría reducir por hambre el islote de Back-Cup, al que el remolcador no bastaría para abastecer!... La goleta, por otra parte, ya no tendría ninguna posibilidad de franquear la línea de bloqueo, ¿y además sería señalada en todos los puertos!... Entonces, ¿de qué podría servir la invención de Thomas Roch en manos del conde d'Artigas?... ¡Decididamente, no lo comprendo!

Hacia las siete de la mañana, salto de la cama. Si estoy prisionero entre las paredes de esta caverna, al menos no lo estoy dentro de mi celda. Nada me impide abandonarla, y salgo de ella...

A treinta metros por delante se prolonga un entablamento rocoso, una especie de muelle, que se extiende a derecha e izquierda.

Varios marineros de la *Ebba* están ocupados en desembarcar los fardos, en vaciar la bodega del remolcador, que permanece a flor de agua a lo largo de un pequeño espigón de piedra.

Una media luz, a la que mis ojos se van acostumbrando gradualmente, ilumina la caverna, que está abierta en la parte central de su bóveda.

«Por ahí — me digo — era por donde escapaban esos vapores, o más bien ese humo, que nos señaló el islote a una distancia de tres o cuatro millas.»

Y, en ese mismo instante, toda esta serie de reflexiones me cruza la mente.

«Así que no es un volcán, como se ha creído, este Back-Cup, como yo mismo he creído... Los vapores, las llamas que se divisaron hace algunos años, no eran más que artificiales. Los rugidos que aterrorizaron a los pescadores bermudeños no tenían por causa una lucha de las fuerzas subterráneas... Estos diversos fenómenos eran ficticios... Se manifestaban por la sola voluntad del dueño de este islote, de quien quería alejar de él a los habitantes instalados en su litoral... Y lo ha conseguido, este conde d'Artigas... Ha seguido siendo el único dueño de Back-Cup... Con solo el ruido de esas detonaciones, con solo dirigir hacia este falso cráter el humo de esas algas y de los sargazos que las corrientes le traen, ha podido hacer creer en la existencia de un volcán, en su inesperado despertar, en la inminencia de una erupción que nunca se ha producido...»

Así deben de haber ocurrido las cosas, y, en efecto, desde la partida de los pescadores bermudeños, Back-Cup no ha dejado de mantener espesas volutas de humo en su cima.

Sin embargo, la claridad interna aumenta, el día penetra por el falso cráter, a medida que el sol sube sobre el horizonte. Me será, pues, posible evaluar de manera bastante precisa las dimensiones de esta caverna. He aquí, por lo demás, las cifras que he podido establecer más adelante.

Exteriormente, el islote de Back-Cup, de forma casi circular, mide mil doscientos metros de circunferencia y presenta una superficie interior de cincuenta mil metros, o cinco hectáreas. Sus paredes tienen, en su base, un espesor que varía entre treinta y cien metros.

De ello se sigue que, descontando el espesor de las paredes, esta excavación ocupa todo el macizo de Back-Cup que se eleva sobre el mar. En cuanto a la longitud del túnel submarino, que pone en comunicación el exterior y el interior, y por el que ha penetrado el remolcador, calculo que debe de ser de unos cuarenta metros.

Estas cifras aproximadas permiten hacerse una idea de la magnitud de esta caverna. Pero, por vasta que sea, recordaré que el Antiguo y el Nuevo Mundo poseen algunas cuyas dimensiones son más considerables y que han sido objeto de estudios espeleológicos muy exactos.

En efecto, en Carniola, en Northumberland, en Derbyshire, en el Piamonte, en Morea, en las Baleares, en Hungría, en California, se abren grutas de capacidad superior a la de Back-Cup. Tales también la de Han-sur-Lesse, en Bélgica; en los Estados Unidos, las de Mammoth, en Kentucky, que no comprenden menos de doscientas veintiséis cúpulas, siete ríos, ocho cataratas, treinta y dos pozos de profundidad ignorada, un mar interior de una extensión de cinco a seis leguas, cuyo límite extremo los exploradores todavía no han podido alcanzar.

Conozco estas grutas de Kentucky por haberlas visitado, como lo han hecho millares de turistas. La principal me servirá de término de comparación con Back-Cup. En Mammoth, como aquí, la bóveda está sostenida por pilares de formas y alturas diversas, que le dan el aspecto de una catedral gótica, con nave, contranaves, naves laterales, sin tener, por lo demás, nada de la regularidad arquitectónica de los edificios religiosos. La única diferencia es que, si el techo de las grutas de Kentucky se despliega a ciento treinta metros de altura, el de Back-Cup no pasa de una sesentena de metros en la parte de la bóveda que horada circularmente la abertura central —por la que escapaban los humos y las llamas.

Otra particularidad —muy importante— que conviene señalar es que la mayoría de las grutas cuyos nombres he citado son fácilmente accesibles y debían, por consiguiente, ser descubiertas tarde o temprano.

Ahora bien, no ocurre así con Back-Cup. Señalado en las cartas de estos parajes como un islote del grupo de las Bermudas, ¿cómo se habría podido sospechar que una enorme caverna se ahuecaba en el interior de su macizo? Para saberlo, había que penetrar en él, y, para penetrar en él, había que dis-

poner de un aparato submarino, análogo al remolcador que poseía el conde d'Artigas.

Y, a mi juicio, es solo al azar a lo que este extraño yachtman deberá haber descubierto este túnel, que le ha permitido fundar esta inquietante colonia de Back-Cup.

Ahora, al entregarme al examen de la porción de mar contenida entre las paredes de esta caverna, compruebo que sus dimensiones son bastante reducidas. Apenas mide de trescientos a trescientos cincuenta metros de circunferencia. No es, a decir verdad, más que una laguna, enmarcada por rocas a pico, muy suficiente para las maniobras del remolcador, pues su profundidad, según he sabido, no es inferior a cuarenta metros.

Se sobrentiende que esta cripta, dada su situación y su estructura, pertenece a la categoría de las que se deben a la invasión de las aguas del mar. De origen a la vez neptúnico y plutónico, así se ven las grutas de Crozon y de Morgate en la bahía de Douarnenez, en Francia; la de Bonifacio, en el litoral de Córcega; la de Thorgatten, en la costa de Noruega, cuya altura no se calcula en menos de quinientos metros; así, en fin, los catavotros de Grecia, las grutas de Gibraltar en España, de Tourane en la Cochinchina. En suma, la naturaleza de su caparazón indica que son el producto de este doble trabajo geológico.

El islote de Back-Cup está formado en su mayor parte por rocas calcáreas. A partir de la orilla del lago, esas rocas ascienden hacia las paredes, en taludes de suave pendiente, dejando entre ellas alfombras arenosas de grano muy fino, adornadas aquí y allá por los ramilletes duros y apretados, de color amarillento, del hinojo marino. Luego, en gruesas capas, se extienden montones de algas y sargazos, unos muy secos, otros mojados, que exhalan todavía los acres olores marinos, pues la marea, después de haberlos empujado a través del túnel, acaba de arrojarlos a las orillas del lago. Por lo demás, ese no es el único combustible empleado para las múltiples necesidades de Back-Cup. Diviso un enorme depósito de hulla, que sin duda ha sido traído por el remolcador y la goleta. Pero, lo repito, es de la incineración de esas masas herbáceas, previamente desecadas, de donde procedían los humos que vomitaba el cráter del islote.

Continuando mi paseo, distingo en el lado septentrional del lago las viviendas de esa colonia de trogloditas —¿no merecen acaso ese nombre?—.

Esta parte de la caverna, que se llama Bee-Hive, es decir «la Colmena», justifica plenamente esa calificación. En efecto, allí están excavadas por mano de hombre varias hileras de celdillas, en el macizo calcáreo de las paredes, en las que habitan esas avispas humanas.

Hacia el este, la disposición de la caverna es muy distinta. De ese lado se perfilan, se yerguen, se multiplican, se retuercen centenares de pilares naturales que sostienen el intradós de la bóveda. Un verdadero bosque de árboles de piedra, cuya superficie se extiende hasta los límites extremos de la caverna. A través de esos pilares se entrecruzan senderos sinuosos que permiten llegar hasta el fondo de Back-Cup.

Contando las celdillas de Bee-Hive, se puede calcular entre ochenta y cien el número de los compañeros del conde d'Artigas.

Precisamente, delante de una de esas celdas, aislada de las demás, se encuentra ese personaje con el que el capitán Spade y el ingeniero Serkö acababan de reunirse hace un instante. Tras cambiar algunas palabras, bajan los tres hacia la orilla y se detienen delante del embarcadero junto al cual flota el remolcador.

A esta hora, una docena de hombres, después de haber desembarcado las mercancías, las transportan en bote a la otra orilla, donde amplios reductos, excavados en el macizo lateral, forman los almacenes de Back-Cup.

En cuanto al orificio del túnel bajo las aguas del lago, no es visible. He observado, en efecto, que, para penetrar en él viniendo de mar abierto, el remolcador ha tenido que sumergirse unos metros por debajo de la superficie del agua. No ocurre, pues, con la gruta de Back-Cup lo mismo que con las grutas de Staffa o de Morgate, cuya entrada está siempre libre incluso en la época de las mareas altas. ¿Existe otro paso que comunique con el litoral, un pasadizo natural o artificial?... Me importa averiguarlo.

En realidad, el islote de Back-Cup merece su nombre. Es, en efecto, una enorme taza invertida. No solo tiene esa forma por fuera, sino que —lo que no se sabía— también reproduce esa forma por dentro.

He dicho que Bee-Hive ocupa la parte de la caverna que se redondea al norte del lago, es decir, a la izquierda al penetrar por el túnel. En el lado opuesto están instalados los almacenes, donde se guardan los aprovisionamientos de toda clase, fardos de mercancías, toneles de vino y de aguar-

diente, barriles de cerveza, cajas de conservas, bultos diversos marcados con etiquetas de distinta procedencia. Se diría que allí se han desembarcado las cargas de veinte navíos. Un poco más allá se alza una construcción bastante importante, rodeada de un muro de tablas, cuyo destino es fácil de reconocer. De un poste que la domina parten los gruesos hilos de cobre que alimentan con su corriente las potentes lámparas eléctricas suspendidas bajo la bóveda y las bombillas incandescentes que sirven a cada celdilla de la colmena. Hay incluso buen número de esos aparatos de alumbrado, instalados entre los pilares de la caverna, que permiten iluminarla hasta su extrema profundidad.

Ahora se plantea esta pregunta: ¿me dejarán ir libremente por el interior de Back-Cup?... Eso espero. ¿Por qué habría de pretender el conde d'Artigas coartar mi libertad, prohibirme circular por su misterioso dominio?... ¿No estoy encerrado entre las paredes de este islote?... ¿Es posible salir de él de otro modo que no sea por el túnel?... Ahora bien, ¿cómo franquear esa puerta de agua, que está siempre cerrada?...

Y además, por lo que a mí respecta, aun suponiendo que hubiera podido atravesar el túnel, ¿tardaría mucho en advertirse mi desaparición?... El remolcador llevaría a una docena de hombres al litoral, que sería registrado hasta en sus más secretos recovecos... Sería inevitablemente apresado de nuevo, devuelto a Bee-Hive y, esta vez, privado de la libertad de ir y venir...

Debo, pues, rechazar toda idea de fuga mientras no haya logrado poner de mi lado alguna posibilidad seria de éxito. Que se presente una circunstancia favorable, y no la dejaré escapar.

Recorriendo las hileras de celdillas, he podido observar a algunos de esos compañeros del conde d'Artigas que han aceptado esta monótona existencia en las profundidades de Back-Cup. Repito que su número puede evaluarse en un centenar, a juzgar por el de las celdas de Bee-Hive.

Cuando paso, esa gente no me presta la menor atención. Al examinarlos de cerca, me parece que se han reclutado de todas partes. Entre ellos no distingo ninguna comunidad de origen, ni siquiera ese vínculo que los haría norteamericanos, europeos o asiáticos. El color de su piel va del blanco al cobrizo y al negro —el negro de Australasia más que el de África—. En resumen, parecen pertenecer en su mayoría a las razas malayas, y ese tipo resulta muy reconocible en la mayoría de ellos. Añado que el conde d'Artigas

procede sin duda de esa raza particular de las islas neerlandesas del Pacífico occidental, mientras que el ingeniero Serkö sería levantino, y el capitán Spade de origen italiano.

Pero, si esos habitantes de Back-Cup no están unidos por un vínculo de raza, sí lo están sin duda por el de los instintos y los apetitos. ¡Qué fisonomías tan inquietantes, qué rostros tan feroces, qué tipos tan profundamente salvajes! Son naturalezas violentas, se ve, que jamás han sabido refrenar sus pasiones ni retroceder ante ningún exceso. Y —se me ocurre esta idea— ¿por qué no habría de ser a raíz de una larga serie de crímenes, robos, incendios, asesinatos, atentados de toda clase cometidos en común, como habrían concebido el propósito de refugiarse en el fondo de esta caverna, donde pueden creerse seguros de una absoluta impunidad?... El conde d'Artigas no sería entonces sino el jefe de una banda de malhechores, con sus dos lugartenientes Spade y Serkö, y Back-Cup una guarida de piratas...

Tal es la idea que decididamente se ha grabado en mi cerebro. Mucho me sorprendería que el futuro demostrase que me he equivocado. Por lo demás, lo que observo en el transcurso de esta primera exploración no hace sino confirmar mi opinión, y autorizar las hipótesis más sospechosas.

En todo caso, sean quienes sean y sean cuales sean las circunstancias que los han reunido en este lugar, los compañeros del conde d'Artigas me parecen haber aceptado sin reservas su dominio omnímodo. En cambio, si una severa disciplina los mantiene bajo su mano de hierro, es probable que ciertas ventajas compensen esa especie de servidumbre a la que han consentido... ¿Cuáles?...

Después de bordear la parte de la orilla bajo la cual desemboca el túnel, llego a la orilla opuesta del lago. Tal como ya he comprobado, en esa orilla se halla instalado el almacén de las mercancías traídas por la goleta *Ebba* en cada uno de sus viajes. Vastas excavaciones, practicadas en las paredes, pueden contener, y contienen, un número considerable de fardos.

Más allá se encuentra la fábrica de energía eléctrica. Al pasar frente a las ventanas, diviso ciertos aparatos, de invención reciente, poco voluminosos y muy perfeccionados.

Nada de esas máquinas de vapor que requieren el empleo de la hulla y exigen un mecanismo complicado. Tal como lo había supuesto, son pilas de

una extraordinaria potencia las que suministran la corriente a las lámparas de la caverna, así como a las dinamos del remolcador. Sin duda, también, esa corriente sirve para los diversos usos domésticos, para la calefacción de Bee-Hive, para la cocción de los alimentos. Lo que compruebo es que se aplica, en una cavidad vecina, a los alambiques que sirven para la producción de agua dulce. Los colonos de Back-Cup no están reducidos a recoger para su bebida las lluvias que caen abundantemente sobre el litoral del islote. A pocos pasos de la fábrica de energía eléctrica se redondea una amplia cisterna que puedo comparar, guardadas las proporciones, con las que había visitado en las Bermudas. Allí se trataba de atender las necesidades de una población de diez mil habitantes... aquí, de un centenar de...

Todavía no sé cómo calificarlos. Que su jefe y ellos hayan tenido serias razones para habitar en las entrañas de este islote es evidente, pero ¿cuáles son?... Cuando unos religiosos se encierran entre los muros de su convento con la intención de separarse del resto de los humanos, eso se explica. A decir verdad, ¿no tienen aspecto ni de benedictinos ni de cartujos, los súbditos del conde d'Artigas!

Prosiguiendo mi paseo por el bosque de pilares, he llegado hasta el límite extremo de la caverna. Nadie me ha molestado, nadie me ha hablado, nadie ha parecido siquiera preocuparse de mi persona. Esta parte de Back-Cup es sumamente curiosa, comparable a lo más maravilloso que ofrecen las grutas de Kentucky o de las Baleares. Ni que decir tiene que en ninguna parte se advierte la mano del hombre. Solo aparece el trabajo de la naturaleza, y no es sin cierto asombro, mezclado de espanto, como se piensa en esas fuerzas telúricas capaces de engendrar construcciones tan prodigiosas. La parte situada más allá del lago recibe muy oblicuamente los rayos luminosos del cráter central. Por la noche, iluminada con lámparas eléctricas, debe de adquirir un aspecto fantástico. En ningún sitio, pese a mis búsquedas, he encontrado una salida que comunique con el exterior.

Cabe señalar que el islote da asilo a numerosas parejas de aves, gaviones, gaviotas, golondrinas de mar —huéspedes habituales de las playas bermudeñas—. Aquí, según parece, jamás se les ha dado caza, se las deja multiplicarse a su antojo, y no se asustan de la cercanía del hombre.

Por lo demás, Back-Cup posee también otros animales además de esas aves de naturaleza marina. Del lado de Bee-Hive se han dispuesto corrales

destinados a las vacas, los cerdos, las ovejas, las aves de corral. La alimentación está, pues, tan asegurada como variada, gracias también a los productos de la pesca, ya sea entre los arrecifes de fuera, ya sea en las aguas del lago, donde abundan peces de especies muy variadas.

En resumen, para convencerse de que a los huéspedes de Back-Cup no les falta ningún recurso, basta con mirarlos. Son todos hombres vigorosos, robustos tipos de marinos curtidos y recurtidos bajo el sol de las latitudes cálidas, de sangre rica y sobreoxigenada por las brisas del Océano. No hay ni niños ni ancianos —solo hombres cuya edad está comprendida entre treinta y cincuenta años.

Pero ¿por qué han aceptado someterse a este género de existencia?... ¿Y es que, además, no abandonan nunca este retiro de Back-Cup?...

Quizá no tarde en saberlo.

CAPÍTULO X. KER KARRAJE

La celdilla que ocupo está situada a un centenar de pasos de la vivienda del conde d'Artigas, una de las últimas de esa hilera de Bee-Hive. Si no debo compartirla con Thomas Roch, pienso al menos que se encuentra próxima a la suya. Para que el guardián Gaydon pueda seguir prestando sus cuidados al pensionista de Healthful-House, es preciso que las dos celdas sean contiguas... Pronto lo sabré, imagino.

El capitán Spade y el ingeniero Serkö viven por separado, cerca del hotel de Artigas.

¿Un hotel?... Sí, ¿por qué no darle ese nombre, puesto que esta vivienda ha sido dispuesta con cierto arte? Manos hábiles han labrado la roca, de manera que figure una fachada ornamental. Una amplia puerta da acceso a ella. La luz penetra por varias ventanas, abiertas en la caliza, y que cierran bastidores con cristales de colores. El interior comprende diversas habitaciones, un comedor y un salón iluminados por una vidriera, todo dispuesto de manera que la aireación se realice en condiciones perfectas. Los muebles son de orígenes distintos, de formas muy caprichosas, con marcas de fabricación francesa, inglesa, americana. Es evidente que su propietario tiene predilección por la variedad de estilos.

En cuanto a la despensa y la cocina, se han dispuesto en celdillas anexas, detrás de Bee-Hive.

Por la tarde, en el momento en que salía con la firme intención de «obtener audiencia» del conde d'Artigas, diviso a ese personaje cuando subía desde las orillas del lago hacia la colmena. Ya fuera porque no me hubiera visto, ya porque hubiera querido evitarme, ha acelerado el paso, y no he podido alcanzarlo.

«¡Es preciso, sin embargo, que me reciba!», me he dicho.

Apresuro el paso y me detengo delante de la puerta de la vivienda, que acababa de cerrarse.

Una especie de gigantón, de origen malayo, de tez muy oscura, aparece enseguida en el umbral. Con voz ruda, me ordena que me aleje.

Resisto a esa orden e insisto, repitiendo dos veces esta frase en buen inglés:

— Avise al conde d'Artigas de que deseo ser recibido en este mismo instante.

¡Lo mismo habría dado dirigirme a las rocas de Back-Cup! Ese salvaje sin duda no entiende una palabra de inglés, y no me responde más que con un grito amenazador.

Se me ocurre entonces la idea de forzar la puerta, de llamar de manera que me oiga el conde d'Artigas. Pero, con toda probabilidad, eso no tendría otro resultado que provocar la cólera del malayo, cuya fuerza debe de ser hercúlea.

Dejo para otro momento la explicación que se me debe —y que tendré, tarde o temprano—. Bordeando la hilera de Bee-Hive en dirección al este, mi pensamiento se ha vuelto hacia Thomas Roch. Me sorprende mucho no haberlo visto todavía en esta primera jornada. ¿Estará sufriendo una nueva crisis?...

Esta hipótesis apenas es admisible. El conde d'Artigas —a juzgar por lo que me dijo— se habría preocupado de hacer llamar junto al inventor a su guardián Gaydon.

Apenas he dado un centenar de pasos cuando me encuentro con el ingeniero Serkö.

De modales afables, de buen humor como de costumbre, este socarrón sonrío al verme, y no trata de evitarme. Si supiera que soy un colega, un ingeniero —suponiendo que él lo sea—, ¿quizá me dispensaría mejor acogida?... Pero me guardaré muy bien de declararle mi nombre y mi condición.

El ingeniero Serkö se ha detenido, los ojos brillantes, la boca burlona, y acompaña el saludo que me dirige de un gesto de lo más gracioso.

Respondo fríamente a su cortesía —cosa que él finge no advertir.

—¡Que san Jonatán le proteja, señor Gaydon! —me dice con su voz fresca y sonora—. No se quejará usted, espero, de la afortunada circunstancia que le ha permitido visitar esta caverna, maravillosa entre todas... ¡sí!, una de las más bellas... ¡y, sin embargo, de las menos conocidas de nuestro esferoide!...

Esta palabra propia del lenguaje científico, en el curso de una conversación con un simple guardián, me sorprende, lo confieso, y me limito a responder:

—No tendré de qué quejarme, señor Serkö, a condición de que, después de haber tenido el placer de visitar esta caverna, se me conceda la libertad de salir de ella...

—¡Cómo! ¿Ya piensa usted en dejarnos, señor Gaydon... en volver a su triste pabellón de Healthful-House?... Apenas ha explorado usted nuestro magnífico dominio, apenas ha podido admirar sus bellezas incomparables, de las que solo la naturaleza ha corrido con todos los gastos...

—Lo que he visto me basta —he replicado—, y en el caso de que hablara usted en serio, le respondería en serio que no deseo ver más.

—Vamos, señor Gaydon, permítame hacerle observar que todavía no ha podido usted apreciar las ventajas de una existencia que transcurre en este medio sin rival... ¡Vida dulce y tranquila, exenta de toda preocupación, porvenir asegurado, condiciones materiales como no se encuentran en ninguna parte, igualdad de clima, nada que temer de las tempestades que asolan estos parajes del Atlántico, ni de los hielos del invierno ni de los fuegos del verano!... ¡Apenas si los cambios de estación modifican esta atmósfera templada y saludable!... Aquí no tenemos que temer las cóleras de Plutón ni de Neptuno...

Esta evocación de nombres mitológicos me parece de lo más fuera de lugar. Es evidente que el ingeniero Serkö se burla de mí. ¿Es que el vigilante Gaydon ha oído hablar alguna vez de Plutón y de Neptuno?...

—Señor —digo—, es posible que este clima le convenga, que aprecie usted como se merecen las ventajas de vivir en el fondo de esta gruta de...

He estado a punto de pronunciar el nombre de Back-Cup... me he contenido a tiempo. ¿Qué sucedería si se sospechara que conozco el nombre del islote y, por consiguiente, su emplazamiento en el extremo occidental del grupo de las Bermudas?

Así que he continuado diciendo:

—Pero, si este clima no me conviene, tengo derecho a cambiarlo, me parece...

—El derecho, en efecto.

—Y entiendo que se me permita partir y que se me proporcionen los medios para regresar a América.

—No tengo ninguna buena razón que oponerle, señor Gaydon —responde el ingeniero Serkö—. Su pretensión es incluso, en todos los aspectos, fundada. Observe, sin embargo, que aquí vivimos en una noble y espléndida independencia, que no dependemos de ninguna potencia extranjera, que escapamos a toda autoridad de fuera, que no somos colonos de ningún Estado del viejo ni del nuevo mundo... Esto merece la consideración de todo aquel que tenga el alma altiva, el corazón bien puesto... Y además, ¿qué recuerdos evocan en un espíritu cultivado estas grutas, que parecen haber sido excavadas por la mano de los dioses, y en las que antaño estos daban sus oráculos por boca de Trofonio...

¡Decididamente, el ingeniero Serkö se complace en las citas de la Fábula! ¡Trofonio, después de Plutón y Neptuno! ¡Vaya! ¿Se figura que un guardián de hospicio conoce a Trofonio?... Es evidente que este burlón sigue burlándose, y hago acopio de toda mi paciencia para no responderle en el mismo tono.

—Hace un momento —digo con voz seca—, he querido entrar en esa vivienda, que es, si no me equivoco, la del conde d'Artigas, y se me ha impedido...

—¿Por quién, señor Gaydon?...

—Por un hombre al servicio del conde.

—Es que, muy probablemente, ese hombre había recibido órdenes formales respecto a usted.

—Es preciso, sin embargo, que quiera o no, el conde d'Artigas me escuche...

—Mucho me temo que eso sea difícil... e incluso imposible —responde sonriendo el ingeniero Serkö.

—¿Y por qué?...

—Porque ya no hay, aquí, ningún conde d'Artigas.

—¿Se burla usted, supongo!... Acabo de verlo...

—No es al conde d'Artigas a quien ha visto usted, señor Gaydon...

—¿Y quién es, entonces, si me hace el favor?...

—Es el pirata Ker Karraje.

Ese nombre me fue lanzado con voz dura, y el ingeniero Serkö se marchó sin que se me ocurriera retenerlo.

¡El pirata Ker Karraje!

¡Sí!... ¡Este nombre es toda una revelación para mí!... ¡Este nombre lo conozco, y qué recuerdos evoca!... ¡Me explica, por sí solo, lo que yo consideraba inexplicable! ¡Me dice quién es el hombre en cuyas manos he caído!...

Con lo que ya sabía, con lo que he aprendido desde mi llegada a Back-Cup de boca del propio ingeniero Serkö, esto es lo que me es dado contar sobre el pasado y el presente de ese Ker Karraje.

Hace de esto ocho o nueve años, los mares del Pacífico occidental fueron asolados por atentados sin número, hechos de piratería que se cometían con rara audacia. Por aquella época, una banda de malhechores de diversos orígenes, desertores de los contingentes coloniales, fugados de los presidios, marineros que habían abandonado sus barcos, operaba bajo un jefe temible. El núcleo de esa banda se había formado primero con esa gente, desecho de las poblaciones europea y americana, a la que había atraído el descubrimiento de ricos yacimientos auríferos en los distritos de Nueva Gales del Sur, en Australia.

Entre esos buscadores de oro se encontraban el capitán Spade y el ingeniero Serkö, dos desclasados a quienes cierta afinidad de ideas y de carácter no tardó en unir muy estrechamente.

Estos hombres, instruidos, resueltos, hubieran triunfado sin duda en cualquier carrera, solo con su inteligencia. Pero, sin conciencia ni escrúpulos, decididos a enriquecerse por cualquier medio, pidiendo a la especulación y al juego lo que hubieran podido obtener con el trabajo paciente y regular, se lanzaron a las más inverosímiles aventuras, ricos un día, arruinados al siguiente, como la mayoría de esa gente sin oficio ni beneficio que venía a buscar fortuna en los yacimientos auríferos.

Había entonces en los placeres de Nueva Gales del Sur un hombre de una audacia incomparable, uno de esos temerarios que no retroceden ante nada —ni siquiera ante el crimen— y cuyo influjo es irresistible sobre las naturalezas violentas y perversas.

Ese hombre se llamaba Ker Karraje.

Cuáles eran el origen y la nacionalidad de aquel pirata, cuáles sus antecedentes, nunca pudo establecerse en las investigaciones que se ordenaron a este respecto. Pero, si había sabido escapar a todas las persecuciones, su nombre —al menos el que se daba a sí mismo— recorrió el mundo. No se pronunciaba sino con horror y terror, como el de un personaje legendario, invisible, inasible.

Yo, ahora, tengo motivos para creer que este Ker Karraje es de raza mala-ya. Poco importa, en definitiva. Lo cierto es que se le tenía, con razón, por un pirata temible, autor de los múltiples atentados cometidos en aquellos mares lejanos.

Tras haber pasado algunos años en los placeres de Australia, donde trabó conocimiento con el ingeniero Serkö y el capitán Spade, Ker Karraje logró apoderarse de un navío en el puerto de Melbourne, en la provincia de Victoria. Una treintena de bribones, cuyo número no tardaría en triplicarse, se hicieron sus compañeros. En esa parte del océano Pacífico, donde la piratería es todavía tan fácil y, digámoslo, tan lucrativa, ¡cuántos buques fueron saqueados, cuántas tripulaciones masacradas, cuántas razias organizadas en ciertas islas del oeste que los colonos no tenían fuerza para defender! Aunque el navío de Ker Karraje, mandado por el capitán Spade, había sido avis-

tado varias veces, nunca pudo ser apresado. Parecía tener la facultad de desaparecer a su antojo en medio de aquellos laberintos de archipiélagos cuyos pasos y calas conocía todos el bandido.

El espanto reinaba, pues, en aquellos parajes. Ingleses, franceses, alemanes, rusos, americanos enviaron en vano buques en persecución de aquella especie de navío fantasma, que surgía no se sabía de dónde, se ocultaba no se sabía dónde, tras saqueos y matanzas que se desesperaba de poder detener o castigar.

Un día, aquellos actos criminales cesaron. No se volvió a oír hablar de Ker Karraje. ¿Había abandonado el Pacífico por otros mares?... ¿Iba a reanudarse la piratería en otra parte?... Como no se reprodujo en algún tiempo, se tuvo esta idea: que, sin contar lo que debía de haberse gastado en orgías y libertinaje, quedaba lo bastante del producto de aquellos robos, ejercidos durante tanto tiempo, para constituir un tesoro de un valor enorme. Y que, ahora, sin duda, Ker Karraje y sus compañeros disfrutaban de él, habiéndolo puesto a salvo en algún retiro conocido solo por ellos.

¿Dónde se había refugiado la banda desde su desaparición?... Todas las pesquisas al respecto fueron estériles. Cesada la inquietud con el peligro, comenzó a caer en el olvido lo referente a los atentados de que había sido teatro el Pacífico occidental.

Esto es lo que había ocurrido; esto es ahora lo que nunca se sabrá si no consigo escapar de Back-Cup:

Sí, aquellos malhechores poseían riquezas considerables cuando abandonaron los mares occidentales del Pacífico. Tras destruir su navío, se dispersaron por vías diversas, no sin convenir en reunirse de nuevo en el continente americano.

Por aquella época, el ingeniero Serkö, muy instruido en su especialidad, mecánico muy hábil, que había estudiado con predilección el sistema de los barcos submarinos, propuso a Ker Karraje mandar construir uno de esos aparatos, a fin de reanudar su criminal existencia en condiciones más secretas y más temibles.

Ker Karraje captó de inmediato todo lo que tenía de práctica la idea de su cómplice, y, como el dinero no faltaba, no hubo más que ponerse manos a la obra.

Mientras el supuesto conde d'Artigas mandaba construir la goleta *Ebba* en los astilleros de Gotemburgo, en Suecia, dio a los astilleros Cramps de Filadelfia, en América, los planos de un barco submarino, cuya construcción no suscitó sospecha alguna. Por lo demás, como se verá, no tardó en desaparecer con toda su tripulación.

Fue sobre los gabaritos del ingeniero Serkö, y bajo su vigilancia especial, como se construyó este aparato, aprovechando los diversos perfeccionamientos de la ciencia náutica de entonces. Una corriente, producida por pilas de nueva invención, que accionaba los receptores acoplados al eje de la hélice, debía dar a su motor una potencia propulsiva enorme.

Huelga decir que nadie hubiera podido adivinar en el conde d'Artigas a Ker Karraje, el antiguo pirata del Pacífico, ni en el ingeniero Serkö al más decidido de sus cómplices. En él no se veía más que a un extranjero de alto linaje, de gran fortuna, que, desde hacía un año, frecuentaba con su goleta *Ebba* los puertos de los Estados Unidos, habiendo salido la goleta a la mar mucho antes de que la construcción del remolcador hubiera terminado.

Este trabajo no exigió menos de dieciocho meses. Cuando estuvo acabado, el nuevo barco suscitó la admiración de todos los que se interesaban en esos artefactos de navegación submarina. Por su forma exterior, su distribución interior, su sistema de aireación, su habitabilidad, su estabilidad, su rapidez de inmersión, su maniobrabilidad, su facilidad de evolución en superficie y en inmersión, su aptitud para gobernarse, su velocidad extraordinaria, el rendimiento de las pilas a las que debía su fuerza mecánica, superaba, y con mucho, a los sucesores de los *Goubet*, de los *Gymnote*, de los *Zédé* y demás modelos ya tan perfeccionados en aquella época.

Iba a poder juzgarse de ello, por lo demás, pues, tras diversos ensayos muy logrados, se realizó un experimento público en plena mar, a cuatro millas mar adentro de Charleston, en presencia de numerosos navíos de guerra, de comercio, de recreo, americanos y extranjeros, convocados a tal efecto.

Ni que decir tiene que el *Ebba* se hallaba entre esos navíos, llevando a bordo al conde d'Artigas, al ingeniero Serkö, al capitán Spade y a su tripulación —menos media docena de hombres destinados a la maniobra del barco submarino, que dirigía el mecánico Gibson, un inglés muy audaz y muy hábil.

El programa de este experimento definitivo comprendía diversas evoluciones en la superficie del Océano, seguidas de una inmersión que debía prolongarse cierto número de horas, tras las cuales el aparato tenía orden de reaparecer, una vez alcanzada una boya colocada a varias millas mar adentro.

Llegado el momento, cerrada la escotilla superior, el barco maniobró primero en la superficie, y sus resultados de velocidad, sus pruebas de viraje, provocaron entre los espectadores una admiración justificada.

Luego, a una señal partida del *Ebba*, el aparato submarino se sumergió lentamente y desapareció de todas las miradas.

Algunos de los navíos se dirigieron hacia el punto asignado para la reaparición.

Transcurrieron tres horas... el barco no había vuelto a subir a la superficie del mar.

Lo que no podía saberse era que, de acuerdo con el conde d'Artigas y el ingeniero Serkö, aquel aparato, destinado al remolque secreto de la goleta, no debía reemerger sino a varias millas de allí. Pero, excepto para quienes estaban en el secreto, a nadie le cupo duda de que había perecido a causa de un accidente sobrevenido, ya en el casco, ya en la máquina. A bordo del *Ebba*, la consternación fue representada de forma notable, mientras que era de lo más real a bordo de los demás buques. Se hicieron sondeos, se enviaron buzos por el presunto recorrido del barco. Búsquedas vanas: pareció más que probado que había sido engullido en las profundidades del Atlántico.

Dos días después, el conde d'Artigas volvía a hacerse a la mar, y, cuarenta y ocho horas más tarde, se reunía con el remolcador en el lugar convenido de antemano.

Así fue como Ker Karraje se hizo dueño de un artefacto admirable, destinado a esta doble función: el remolque de la goleta y el ataque a los navíos. Con este terrible instrumento de destrucción, cuya existencia nadie sospechaba, el conde d'Artigas iba a poder reanudar el curso de sus piraterías en las mejores condiciones de seguridad e impunidad.

Estos detalles los supe por el ingeniero Serkö, muy orgulloso de su obra —muy seguro también de que el prisionero de Back-Cup nunca podría re-

velar el secreto—. En efecto, se comprende de qué poder ofensivo disponía Ker Karraje. Durante la noche, el remolcador se lanzaba sobre los buques, que no pueden desconfiar de un yate de recreo. Cuando los ha embestido con su espolón, la goleta los aborda, sus hombres masacran a las tripulaciones, saquean las cargas. Y así es como buen número de navíos ya solo figuran en las noticias del mar bajo esta desesperante rúbrica: desaparecidos con toda su tripulación.

Durante un año, después de aquella odiosa comedia de la bahía de Charleston, Ker Karraje explotó los parajes del Atlántico frente a las costas de los Estados Unidos. Sus riquezas aumentaron en una proporción enorme. Las mercancías que no le eran de utilidad se vendían en mercados lejanos, y el producto de aquellos saqueos se transformaba en dinero y en oro. Pero lo que siempre faltaba era un lugar secreto donde los piratas pudieran depositar esos tesoros en espera del día del reparto.

La casualidad vino en su ayuda. Mientras exploraban las capas submarinas en las proximidades de las Bermudas, el ingeniero Serkö y el mecánico Gibson descubrieron, en la base del islote, aquel túnel que daba acceso al interior de Back-Cup. ¿Dónde habría podido encontrar jamás Ker Karraje un refugio semejante, más al abrigo de toda pesquisa?... Y así fue como uno de los islotes de aquel archipiélago bermudeño, que había sido guarida de piratas, se convirtió en la de una banda mucho más temible.

Adoptado este retiro de Back-Cup, bajo su vasta bóveda se organizó la nueva existencia del conde d'Artigas y de sus compañeros, tal como yo podía observarla. El ingeniero Serkö instaló una fábrica de energía eléctrica, sin recurrir a esas máquinas cuya construcción en el extranjero hubiera podido parecer sospechosa, y solo con esas pilas de montaje fácil, que no exigían más que el empleo de placas metálicas y de sustancias químicas de las que el *Ebba* se aprovisionaba durante sus escalas en los Estados Unidos.

Fácil es adivinar lo que había ocurrido en la noche del 19 al 20. Si el buque de tres palos, que no podía desplazarse por falta de viento, ya no estaba a la vista al amanecer, era porque había sido embestido por el remolcador, atacado por la goleta, saqueado, hundido con toda su tripulación... ¡Y era parte de su cargamento la que se encontraba a bordo del *Ebba*, mientras que él había desaparecido en los abismos del Atlántico!...

¿En qué manos he caído, y cómo terminará esta aventura?... ¿Podré escapar algún día de esta prisión de Back-Cup, denunciar a este falso conde d'Artigas, librar a los mares de los piratas de Ker Karraje?...

Y, por terrible que sea ya, ¿no lo será Ker Karraje todavía más si llega a hacerse dueño del Fulgurador Roch?... ¡Sí, cien veces sí! Si utiliza estos nuevos artefactos de destrucción, ningún buque mercante podrá resistirle, ningún navío de guerra escapar a una destrucción total.

Quedo largo rato obsesionado por estas reflexiones que me sugiere la revelación del nombre de Ker Karraje. Todo lo que sabía sobre aquel famoso pirata ha vuelto a mi memoria: su existencia mientras asolaba los parajes del Pacífico, las expediciones emprendidas por las potencias marítimas contra su navío, la inutilidad de sus campañas. A él había que atribuir, desde hacía algunos años, aquellas inexplicables desapariciones de buques frente a las costas del continente americano... No había hecho sino cambiar el teatro de sus atentados... Se creía uno librado de él, y él continuaba sus piratearías en aquellos mares tan frecuentados del Atlántico, con ayuda de aquel remolcador que se creía engullido bajo las aguas de la bahía de Charleston...

«Ahora — me digo — resulta que conozco su verdadero nombre y su verdadero refugio: ¡Ker Karraje y Back-Cup! Pero, si Serkö ha pronunciado ese nombre delante de mí, es porque estaba autorizado a ello... ¿No es eso darme a entender que debo renunciar para siempre a recobrar mi libertad?...»

El ingeniero Serkö había visto claramente el efecto que aquella revelación había producido en mí. Al dejarme, recuerdo, se había dirigido hacia la vivienda de Ker Karraje, queriendo sin duda ponerlo al corriente de lo ocurrido. Tras un paseo bastante largo por las orillas del lago, me disponía a regresar a mi celda, cuando un ruido de pasos se dejó oír detrás de mí. Me vuelvo.

El conde d'Artigas, acompañado del capitán Spade, está allí. Me dirige una mirada inquisidora. Y entonces estas palabras se me escapan en un arrebatado de irritación del que no soy dueño:

— ¡Caballero, me retiene usted aquí contra todo derecho!... Si es para cuidar de Thomas Roch por lo que me ha secuestrado de Healthful-House, me niego a prestarle mis cuidados, y le exijo que me devuelva...

El jefe de los piratas no hace un gesto, no pronuncia una palabra.

La cólera me arrastra entonces más allá de toda medida.

—Responda, conde d'Artigas... o mejor dicho... pues sé quién es usted... responda... Ker Karraje...

Y él responde:

—El conde d'Artigas es Ker Karraje... como el guardián Gaydon es el ingeniero Simon Hart, ¡y Ker Karraje nunca devolverá la libertad al ingeniero Simon Hart, que conoce sus secretos!...

CAPÍTULO XI. DURANTE CINCO SEMANAS

La situación está clara. Ker Karraje sabe quién soy... Ya lo sabía cuando hizo proceder al doble rapto de Thomas Roch y de su guardián...

¿Cómo ha logrado ese hombre averiguarlo, cómo ha sabido lo que yo había podido ocultar a todo el personal de Healthful-House, cómo ha sabido que un ingeniero francés desempeñaba las funciones de vigilante junto a Thomas Roch?... Ignoro de qué manera se ha hecho, pero así es.

Es evidente que ese hombre disponía de medios de información que debían de costarle caro, pero de los que ha sacado gran provecho. Un personaje de esa calaña, por lo demás, no repara en gastos cuando se trata de alcanzar su objetivo.

Y de ahora en adelante es ese Ker Karraje, o más bien su cómplice el ingeniero Serkö, quien va a reemplazarme junto al inventor Thomas Roch. ¿Tendrán sus esfuerzos más éxito que los míos?... ¡Quiera Dios que no sea así, y que esa desgracia se ahorre al mundo civilizado!

No he respondido a la última frase de Ker Karraje. Me ha producido el efecto de una bala disparada a bocajarro. No he caído, sin embargo, como quizá esperaba el supuesto conde d'Artigas.

¡No! Mi mirada ha ido derecha a la suya, que no se ha bajado y de la que brotaban chispas. Yo había cruzado los brazos, a su ejemplo. Y, sin embargo, él era dueño de mi vida... Bastaba una señal para que un tiro de revólver me tendiera a sus pies... Luego, mi cuerpo, arrojado a ese lago, habría sido arrastrado a través del túnel mar afuera de Back-Cup...

Después de esta escena, se me ha dejado libre como antes. No se toma ninguna medida contra mí. Puedo circular entre los pilares hasta los límites

extremos de la caverna, que —esto es más que evidente— no tiene otra salida que el túnel.

Cuando hube regresado a mi celdilla, en el extremo de Bee-Hive, presa de las mil reflexiones que me sugiere esta nueva situación, me dije:

«Si Ker Karraje sabe que soy el ingeniero Simon Hart, que al menos no sepa nunca que conozco el emplazamiento exacto de este islote de Back-Cup.»

En cuanto al proyecto de confiarme a Thomas Roch, imagino que el conde d'Artigas nunca lo tuvo en serio, puesto que mi identidad le había sido revelada. Lo lamento en cierta medida, pues es indudable que el inventor será objeto de apremiantes solicitudes, que el ingeniero Serkő empleará todos los medios para obtener la composición del explosivo y del deflagrador, de los que sabrá hacer tan detestable uso en el curso de sus futuras piraterías... ¡Sí! Más habría valido que yo hubiera seguido siendo el guardián de Thomas Roch... aquí como en Healthful-House.

Durante los quince días siguientes, no he visto ni una sola vez a mi antiguo pensionista. Nadie, lo repito, me ha molestado en mis paseos cotidianos. De la parte material de la existencia no tengo que preocuparme en absoluto. Mis comidas llegan con puntualidad reglamentaria desde la cocina del conde d'Artigas —nombre y título del que no me he desacostumbrado y que a veces todavía le doy—. Que en cuestión de alimentación no sea yo exigente, de acuerdo; pero sería injusto, no obstante, formular la menor queja al respecto. La alimentación no deja nada que desear, gracias a los aprovisionamientos renovados en cada viaje del *Ebba*.

Es una suerte, además, que nunca me haya faltado la posibilidad de escribir durante estas largas horas de ociosidad. Así he podido consignar en mi cuaderno los hechos más nimios desde el secuestro de Healthful-House, y llevar mis notas día a día. Continuaré este trabajo mientras no me arranquen la pluma de las manos. Quizá sirva en el futuro para desvelar los misterios de Back-Cup.

Del 5 al 25 de julio. Dos semanas transcurridas, y ningún intento de acercarme a Thomas Roch ha podido tener éxito. Es evidente que se toman medidas para sustraerlo a mi influencia, por ineficaz que haya sido hasta ahora. Mi única esperanza es que el conde d'Artigas, el ingeniero Serkő, el capitán

Spade pierdan su tiempo y sus esfuerzos queriendo apropiarse de los secretos del inventor.

Tres o cuatro veces —al menos que yo sepa— Thomas Roch y el ingeniero Serkö han paseado juntos, dando la vuelta al lago. Por lo que he podido juzgar, el primero parecía escuchar con cierta atención lo que le decía el segundo. Este le ha hecho visitar toda la caverna, lo ha llevado a la fábrica de energía eléctrica, le ha mostrado en detalle la maquinaria del remolcador... Visiblemente, el estado mental de Thomas Roch ha mejorado desde su salida de Healthful-House.

Es en la vivienda de Ker Karraje donde Thomas Roch ocupa una habitación aparte. No dudo de que sea diariamente engatusado, sobre todo por el ingeniero Serkö. Ante la oferta de pagarle su artefacto al precio exorbitante que exige —¿y se da él cuenta del valor del dinero?—, ¿tendrá fuerzas para resistir?... ¡Estos miserables pueden deslumbrarlo con tanto oro, procedente de las rapiñas acumuladas durante tantos años!... En el estado de ánimo en que se encuentra, ¿no acabará dejándose llevar a comunicar la composición de su Fulgurador?... Bastaría entonces con traer a Back-Cup las sustancias necesarias, y Thomas Roch tendría todo el tiempo del mundo para entregarse a sus combinaciones químicas. En cuanto a los artefactos, ¿qué más fácil que encargar cierto número en alguna fábrica del continente, ordenar su fabricación por piezas separadas, de manera que no despierte sospechas?... ¡Y en lo que puede convertirse semejante agente de destrucción en manos de estos piratas, se me eriza el cabello solo de pensarlo!

Estas intolerables aprensiones no me dejan ya una hora de tregua, me consumen, mi salud se resiente. Aunque un aire puro llena el interior de Back-Cup, a veces me asaltan sofocos. Me parece que estas gruesas paredes me aplastan con todo su peso. Y además, me siento separado del resto del mundo —como fuera de nuestro globo—, sin saber nada de lo que ocurre en los países de allende los mares... ¡Ah, a través de esa abertura de la bóveda que se abre sobre el lago, si fuera posible huir... escapar por la cima del islote... volver a bajar hasta su base!...

En la mañana del 25 de julio, me encuentro por fin con Thomas Roch. Está solo en la orilla opuesta, y hasta me pregunto, ya que no los he visto desde la víspera, si Ker Karraje, el ingeniero Serkö y el capitán Spade no habrán partido para alguna «expedición» mar afuera de Back-Cup...

Me dirijo hacia Thomas Roch y, antes de que pueda verme, lo examino con atención.

Su fisonomía, seria, pensativa, ya no es la de un loco. Camina a pasos lentos, los ojos bajos, sin mirar a su alrededor, y lleva bajo el brazo una tablilla con una hoja de papel tendida en la que están dibujados diversos planos.

De pronto, su cabeza se levanta hacia mí, avanza un paso y me reconoce:

—¡Ah! ¡Tú... Gaydon!... —exclama—. ¡Conque me he escapado de ti!... ¡Soy libre!

Puede creerse libre, en efecto —más libre en Back-Cup de lo que lo era en Healthful-House—. Pero mi presencia puede recordarle malos momentos y quizá provoque una crisis, pues me interpela con extraordinaria animación:

—Sí... ¡tú... Gaydon!... ¡No te acerques... no te acerques!... Querrías volver a cogerme... llevarme otra vez a la celda... ¡Nunca!... ¡Aquí tengo amigos que me defienden!... ¡Son poderosos, son ricos!... ¡El conde d'Artigas es mi capitalista!... ¡El ingeniero Serkö es mi socio!... ¡Vamos a explotar mi invención!... ¡Aquí es donde fabricaremos el Fulgurador Roch!... ¡Vete!... ¡Vete!...

Thomas Roch es presa de un auténtico furor. Al mismo tiempo que su voz se eleva, sus brazos se agitan, y saca del bolsillo fajos de dólares de papel y de billetes de banco. Luego, monedas de oro inglesas, francesas, americanas, alemanas, se le escapan de entre los dedos. ¿Y de dónde le viene ese dinero, si no es de Ker Karraje, como precio del secreto que ha vendido?...

Sin embargo, al ruido de esta penosa escena, acuden algunos hombres que nos observaban a corta distancia. Sujetan a Thomas Roch, lo contienen, se lo llevan. Por lo demás, en cuanto está fuera de mi vista, se deja hacer, recobra la calma del cuerpo y del espíritu.

27 de julio. Dos días después, bajando hacia la orilla, a primera hora de la mañana, avancé hasta el extremo del pequeño embarcadero de piedra.

El remolcador ya no está en su fondeadero habitual, junto a las rocas, y no aparece en ningún otro punto del lago. Por lo demás, Ker Karraje y el in-

geniero Serkö no habían partido, como yo suponía, pues los vi ayer por la tarde.

Pero, hoy, hay motivos sobrados para creer que se han embarcado a bordo del remolcador con el capitán Spade y su tripulación, que se han reunido con la goleta en la cala del islote, y que el *Ebba*, a esta hora, está navegando.

¿Se tratará de algún golpe de piratería?... Es posible. Sin embargo, también es posible que Ker Karraje, vuelto a ser el conde d'Artigas a bordo de su yate de recreo, haya querido dirigirse a algún punto del litoral para procurarse las sustancias necesarias para la preparación del Fulgurador Roch...

¡Ah, si hubiera tenido la posibilidad de esconderme a bordo del remolcador, de deslizarme en la bodega del *Ebba*, de permanecer oculto hasta la llegada a puerto!... Entonces, quizá, hubiera podido escapar... ¡librar al mundo de esta banda de piratas!...

Se ve a qué pensamientos me abandono obstinadamente... Huir... ¡huir a toda costa de esta guarida!... ¡Pero la fuga solo es posible por el túnel, con el barco submarino!... ¿No es una locura pensar en ello?... ¡Sí!... una locura... ¿Y, sin embargo, qué otro medio de evadirse de Back-Cup?...

Mientras me entrego a estas reflexiones, he aquí que las aguas del lago se entreabren a veinte metros del embarcadero para dar paso al remolcador. Casi enseguida, su escotilla se abate, el mecánico Gibson y los hombres suben a la plataforma. Otros acuden a las rocas para recibir una amarra. Se la coge, se hala de ella, y el aparato viene a recuperar su fondeadero.

Así pues, esta vez la goleta navega sin la ayuda de su remolcador, el cual solo ha salido para embarcar a Ker Karraje y a sus compañeros a bordo del *Ebba* y sacarla de los pasos del islote.

Esto me confirma en la idea de que este viaje no tiene otro objeto que llegar a uno de los puertos americanos, donde el conde d'Artigas podrá procurarse las materias que componen el explosivo y encargar los artefactos a alguna fábrica. Luego, en el día fijado para su regreso, el remolcador volverá a atravesar el túnel, se reunirá con la goleta, y Ker Karraje regresará a Back-Cup...

Decididamente, los designios de este malhechor están en curso de ejecución, ¡y avanzan más deprisa de lo que yo suponía!

3 de agosto. Hoy se ha producido un incidente del que el lago ha sido escenario, incidente muy curioso, y que debe de ser sumamente raro.

Hacia las tres de la tarde, un vivo hervor turba las aguas durante un minuto, cesa durante dos o tres, y vuelve a empezar en la parte central del lago.

Una quincena de piratas, cuya atención se ve atraída por este fenómeno bastante inexplicable, han bajado a la orilla, no sin dar muestras de asombro al que se mezcla cierto temor, según me parece.

No es el remolcador el que causa esta agitación de las aguas, puesto que está amarrado cerca del embarcadero. En cuanto a suponer que otro artefacto sumergible hubiera logrado introducirse por el túnel, eso parece, cuando menos, inverosímil.

Casi enseguida, resuenan gritos en la orilla opuesta. Otros hombres se dirigen a los primeros en un lenguaje ininteligible y, tras un intercambio de diez o doce frases roncadas, estos regresan a toda prisa hacia Bee-Hive.

¿Habrán avistado algún monstruo marino sumergido bajo las aguas del lago?... ¿Van a buscar armas para atacarlo, aparejos de pesca para capturarlo?...

Lo he adivinado, y, un instante después, los veo volver a las orillas, armados con fusiles de balas explosivas y arpones provistos de largas líneas.

Es, en efecto, una ballena —de la especie de esos cachalotes tan numerosos en las Bermudas— que, tras atravesar el túnel, se debate ahora en las profundidades del lago. Puesto que el animal se ha visto forzado a buscar refugio dentro de Back-Cup, ¿debo concluir que lo perseguían, que unos balleneros le daban caza?...

Transcurren algunos minutos antes de que el cetáceo suba a la superficie del lago. Se entrevé su masa enorme, reluciente y verdosa, moverse como si luchara contra un temible enemigo. Cuando reaparece, dos columnas líquidas brotan con gran estrépito de sus espiráculos.

«Si es por necesidad de escapar de la caza de los balleneros por lo que este animal se ha lanzado a través del túnel —me digo entonces—, es que hay un navío cerca de Back-Cup... quizá a pocos cables del litoral... Es que sus embarcaciones han seguido los pasos del oeste hasta el pie del islote... ¡Y no poder comunicarme con ellas!...»

Y aunque así fuera, ¿me es posible reunirme con ellas a través de estas paredes de Back-Cup?...

Por lo demás, no tardo en enterarme de la causa que ha provocado la aparición del cachalote. No se trata de pescadores empeñados en perseguirlo, sino de una banda de tiburones —de esos formidables escualos que infestan los parajes de las Bermudas—. Los distingo sin dificultad entre dos aguas. Unos cinco o seis, se vuelven de costado, abriendo sus enormes mandíbulas erizadas de dientes como un cepillo de púas. Se precipitan sobre la ballena, que solo puede defenderse aturdiéndolos a coletazos. Ya ha recibido amplias heridas, y las aguas se tiñen de coloraciones rojizas, mientras se sumerge, sube, emerge, sin lograr evitar las mordeduras de los escualos.

Y, sin embargo, no serán esos animales voraces los que saldrán vencedores de la lucha. Esta presa se les escapará, pues el hombre, con sus artefactos, es más poderoso que ellos. Hay allí, en las orillas, buen número de compañeros de Ker Karraje, que no valen más que esos tiburones, pues piratas o tigres del mar, todo es uno... Van a intentar capturar al cachalote, ¡y este animal será buena presa para la gente de Back-Cup!...

En este momento, la ballena se acerca al embarcadero, en el que están apostados el malayo del conde d'Artigas y varios otros de los más robustos. El citado malayo va armado de un arpón al que va sujeta una larga cuerda. Lo blande con brazo vigoroso y lo lanza con tanta fuerza como destreza.

Gravemente alcanzada bajo la aleta izquierda, la ballena se sumerge de golpe, escoltada por los tiburones, que se sumergen tras ella. La cuerda del arpón se desenrolla a lo largo de cincuenta o sesenta metros. No hay más que halar de ella, y el animal volverá del fondo para exhalar su último aliento en la superficie.

Esto es lo que ejecutan el malayo y sus camaradas, sin darse demasiada prisa, de manera que no arranquen el arpón de los costados de la ballena, que no tarda en reaparecer cerca de la pared donde se abre el orificio del túnel.

Herido de muerte, el enorme mamífero se debate en una agonía furiosa, lanzando surtidores de vapores, columnas de aire y de agua mezcladas con un chorro de sangre. Y entonces, de un terrible golpe, envía a uno de los tiburones, todo palpitante, sobre las rocas.

A causa de la sacudida, el arpón se ha desprendido de su costado, y el chalote se sumerge de nuevo. Cuando vuelve por última vez, es para batir las aguas con un coletazo tan formidable que se produce una fuerte depresión, dejando ver en parte la entrada del túnel.

Los tiburones se precipitan entonces sobre su presa; pero una granizada de balas alcanza a unos y pone en fuga a los otros.

¿Habrá podido la banda de escualos encontrar de nuevo el orificio, salir de Back-Cup, ganar el mar abierto?... Es probable. Sin embargo, durante algunos días, más valdrá, por prudencia, no bañarse en las aguas del lago. En cuanto a la ballena, dos hombres se han embarcado en el bote para ir a amarrarla. Luego, cuando ha sido halada hacia el embarcadero, es despedazada por el malayo, que no parece novato en este tipo de trabajo.

Finalmente, lo que conozco con exactitud es el lugar preciso donde desemboca el túnel a través de la pared del oeste... Este orificio se encuentra a solo tres metros por debajo de la orilla. Aunque, bien es cierto, ¿de qué puede servirme?

7 de agosto. Hace ya doce días que el conde d'Artigas, el ingeniero Serkö y el capitán Spade se hicieron a la mar. Nada hace presagiar todavía que el regreso de la goleta sea inminente. Sin embargo, he observado que el remolcador se mantiene listo para zarpar, como lo estaría un vapor con la caldera encendida, y sus pilas se mantienen siempre en tensión gracias al mecánico Gibson. Si la goleta *Ebba* no teme llegar de pleno día a los puertos de los Estados Unidos, es probable que prefiera la noche para adentrarse en el canal de Back-Cup. Así que pienso que Ker Karraje y sus compañeros volverán de noche.

10 de agosto. Anoche, hacia las ocho, tal como yo preveía, el remolcador se sumergió y atravesó el túnel justo a tiempo para ir a dar remolque al *Ebba* a través del paso, y trajo de vuelta a sus pasajeros con su tripulación.

Al salir, esta mañana, diviso a Thomas Roch y al ingeniero Serkö conversando mientras bajan hacia el lago. De qué hablan los dos, es fácil adivinarlo. Me detengo a una veintena de pasos, lo que me permite observar a mi antiguo pensionista.

Le brillan los ojos, se le despeja la frente, su fisonomía se transforma mientras el ingeniero Serkö responde a sus preguntas. Apenas puede que-

darse quieto. Así que se apresura a llegar al embarcadero.

El ingeniero Serkö lo sigue, y ambos se detienen en la orilla, cerca del remolcador.

La tripulación, ocupada en la descarga del cargamento, acaba de depositar entre las rocas diez cajas de tamaño mediano. La tapa de estas cajas lleva, en letras rojas, una marca particular: unas iniciales que Thomas Roch mira con atención.

El ingeniero Serkö da entonces la orden de que las cajas, cuya capacidad puede evaluarse en un hectolitro cada una, sean transportadas a los almacenes de la orilla izquierda. Este transporte se efectúa de inmediato con el bote.

A mi juicio, estas cajas deben de contener las sustancias cuya combinación o mezcla produce el explosivo y el deflagrador... En cuanto a los artefactos, deben de haberse encargado en alguna fábrica del continente. Cuando su fabricación esté terminada, la goleta irá a buscarlos y los traerá a Back-Cup...

Así pues, esta vez el *Ebba* no ha regresado con mercancías robadas, no se ha hecho culpable de nuevos actos de piratería. ¡Pero con qué terrible poder va a quedar armado Ker Karraje para la ofensiva y la defensiva en el mar! A creer a Thomas Roch, ¿no es su Fulgurador capaz de aniquilar de un solo golpe el esferoide terrestre?... ¿Y quién sabe si no lo intentará algún día?...

CAPÍTULO XII. LOS CONSEJOS DEL INGENIERO

SERKÖ

Thomas Roch, que se ha puesto manos a la obra, pasa largas horas dentro de un cobertizo de la orilla izquierda, del que se ha hecho su laboratorio. Nadie entra allí más que él. ¿Quiere, pues, trabajar solo en sus preparados, sin revelar las fórmulas?... Es bastante verosímil. En cuanto a las disposiciones que exige el empleo del Fulgurador Roch, tengo motivos para creer que son extremadamente sencillas. En efecto, este tipo de proyectil no requiere ni cañón, ni mortero, ni tubo de lanzamiento como el proyectil Zalinski. Precisamente por ser autopropulsado, lleva en sí mismo su fuerza de proyección, y todo navío que pasara por cierta zona correría el riesgo de ser aniquilado, solo por la espantosa perturbación de las capas atmosféricas. ¿Qué se podrá hacer contra Ker Karraje si algún día dispone de semejante artefacto de destrucción?...

Del 11 al 17 de agosto. Durante esta semana, el trabajo de Thomas Roch ha proseguido sin interrupción. Cada mañana, el inventor se dirige a su laboratorio, y solo regresa al caer la noche. No intento siquiera acercarme a él, hablarle. Aunque siempre se muestra indiferente a todo lo que no se relaciona con su obra, parece hallarse en plena posesión de sí mismo. ¿Y por qué no habría de disfrutar de toda su capacidad cerebral?... ¿No ha llegado acaso a la plena satisfacción de su genio?... ¿No está ejecutando sus planes, concebidos desde hace tiempo?...

Noche del 17 al 18 de agosto. A la una de la madrugada, unas detonaciones, que venían del exterior, me han despertado sobresaltado.

¿Es un ataque contra Back-Cup?... me pregunté. ¿Se habrán sospechado los movimientos de la goleta del conde d'Artigas, y estará siendo perseguida

a la entrada de los pasos?... ¿Se intenta destruir el islote a cañonazos?... ¿Va a hacerse por fin justicia con estos malhechores, antes de que Thomas Roch haya terminado de fabricar su explosivo, antes de que los artefactos hayan sido traídos a Back-Cup?...

En varias ocasiones, estas detonaciones, muy violentas, estallan a intervalos casi regulares. Y se me ocurre la idea de que, si la goleta *Ebba* es destruida, siendo imposible toda comunicación con el continente, el abastecimiento del islote ya no podrá efectuarse...

Es cierto que el remolcador bastaría para transportar al conde d'Artigas a algún punto del litoral americano, y no le faltaría dinero para mandar construir otro navío de recreo... ¡No importa!... ¡Bendito sea el cielo si permite que Back-Cup sea destruido antes de que Ker Karraje disponga del Fulgurador Roch!...

Al día siguiente, desde primera hora, me precipito fuera de mi celda...

Nada nuevo en los alrededores de Bee-Hive.

Los hombres se dedican a sus trabajos habituales. El remolcador está en su fondeadero. Diviso a Thomas Roch, que se dirige a su laboratorio. Ker Karraje y el ingeniero Serkö pasean tranquilamente por la orilla del lago. No se ha atacado el islote durante la noche... Y, sin embargo, el ruido de detonaciones cercanas me sacó de mi sueño...

En este momento, Ker Karraje sube hacia su morada, y el ingeniero Serkö se dirige hacia mí, con aire sonriente, la fisonomía burlona, como de costumbre.

— Y bien, señor Simon Hart — me dice —, ¿se hace usted por fin a nuestra existencia en este medio tan tranquilo?... ¿Aprecia usted, como se merecen, las ventajas de nuestra gruta encantada?... ¿Ha renunciado usted a la esperanza de recobrar su libertad algún día... de huir de esta encantadora espelunca... y de dejar — añade tarareando la vieja romanza francesa —:

... estos lugares encantadores donde mi alma embelesada gustaba de contemplar a Silvia...

¿De qué serviría enfadarme con este burlón?... Así que he respondido con calma:

—No, señor, no he renunciado a ella, y sigo contando con que se me devolverá la libertad...

—¡Cómo! Señor Hart, ¿separarnos de un hombre a quien todos estimamos... y yo, de un colega que quizá haya sorprendido, a través de las incoherencias de Thomas Roch, una parte de sus secretos!... ¡Eso no es serio!...

¡Ah! ¿Es por esa razón por lo que se empeñan en retenerme en su prisión de Back-Cup?... Se supone que la invención de Thomas Roch me es en parte conocida... Se espera obligarme a hablar si Thomas Roch se niega a hacerlo... ¡Y he ahí por qué fui secuestrado junto con él... por qué todavía no me han enviado al fondo del lago, con una piedra al cuello!... ¡Esto es bueno saberlo!

Y entonces, a las últimas palabras del ingeniero Serkö, respondo con estas:

—Muy serio —he afirmado.

—Pues bien —prosigue mi interlocutor—, si tuviera yo el honor de ser el ingeniero Simon Hart, me haría el siguiente razonamiento: dado, por una parte, el carácter de Ker Karraje, las razones que lo han inducido a elegir un retiro tan misterioso como esta caverna, la necesidad de que dicha caverna escape a toda tentativa de descubrimiento, no solo en interés del conde d'Artigas, sino en el de sus compañeros...

—De sus cómplices, si no le importa...

—¡De sus cómplices, sea!... Y, por otra parte, dado que usted conoce el verdadero nombre del conde d'Artigas y en qué misteriosa arca fuerte están guardadas nuestras riquezas...

—¡Riquezas robadas y manchadas de sangre, señor Serkö!

—¡Sea también eso!... Debe usted comprender que esta cuestión de la libertad nunca podrá resolverse a su conveniencia.

Inútil discutir en estas condiciones. Así que dirijo la conversación por otro derrotero.

—¿Podría saber —he preguntado— cómo se enteraron de que el vigilante Gaydon era el ingeniero Simon Hart?...

—No hay ningún inconveniente en decírselo, mi querido colega... Es un poco obra del azar... Teníamos ciertas relaciones con la fábrica a la que usted estaba adscrito, y que dejó usted un día en circunstancias bastante singulares... Pues bien, en el curso de una visita que hice a Healthful-House unos meses antes que el conde d'Artigas, lo vi a usted... lo reconocí...

—¿Usted?...

—Yo mismo, y, desde aquel momento, me prometí tenerlo a usted por compañero de viaje a bordo del *Ebba*...

No recordaba haber encontrado jamás a ese Serkö en Healthful-House; pero es probable que dijera la verdad.

«Y espero —pensé— que esta fantasía le costará cara, tarde o temprano.»
Luego, bruscamente:

—Si no me equivoco —digo—, ¿ha logrado usted decidir a Thomas Roch a entregarle el secreto de su Fulgurador?...

—Sí, señor Hart, a cambio de millones... ¡Oh, los millones no nos cuestan más que el trabajo de cogerlos!... ¡Así que le hemos atiborrado con ellos los bolsillos!

—¿Y de qué le servirán, esos millones, si no es libre de llevárselos, de disfrutarlos fuera?...

—Eso es lo que apenas le preocupa, señor Hart... El porvenir no es cosa que preocupe a este hombre de genio... ¿No vive acaso todo entero en el presente?... Mientras que, allá, en América, se fabrican los artefactos según sus planos, aquí se dedica a manipular las sustancias químicas de las que dispone abundantemente. ¡Je, je!... ¡Estupendo, este artefacto autopropulsado, que mantiene por sí mismo su velocidad y la acelera hasta la llegada al blanco, gracias a las propiedades de cierta pólvora de combustión progresiva!... Esta es una invención que traerá un cambio radical en el arte de la guerra...

—¿Defensiva, señor Serkö?...

—Y ofensiva, señor Hart.

—Naturalmente —respondí. Y, apremiando al ingeniero Serkö, añadí—: Así que... lo que nadie había podido obtener aún de Roch...

—Lo hemos obtenido sin gran dificultad...

—Pagándolo...

—A un precio inverosímil... y, además, haciendo vibrar una cuerda muy sensible en ese hombre...

—¿Qué cuerda?...

—¡La de la venganza!

—¿La venganza?... ¿Y contra quién?...

—Contra todos los que se convirtieron en sus enemigos, desanimándolo, rechazándolo, expulsándolo, obligándolo a mendigar de país en país el precio de una invención de tan incontestable superioridad. ¡Ahora, toda idea de patriotismo está extinguida en su alma! Ya no tiene más que un pensamiento, un deseo feroz: vengarse de quienes lo desconocieron... ¡e incluso de la humanidad entera!... ¡Verdaderamente, sus gobiernos de Europa y de América, señor Hart, son imperdonables por no haber querido pagar a su valor el Fulgurador Roch!

Y el ingeniero Serkö me describe con entusiasmo las diversas ventajas del nuevo explosivo, incontestablemente superior, según me dice, al que se extrae del nitrometano, sustituyendo un átomo de sodio por uno de los tres átomos de hidrógeno, y del que se hablaba mucho en aquella época.

—¡Y qué efecto destructor! —añade—. Es análogo al del proyectil Zalinski, pero cien veces más considerable, y no requiere ningún aparato de lanzamiento, ¡puesto que vuela, por así decirlo, con sus propias alas a través del espacio!

Escuchaba con la esperanza de sorprender una parte del secreto. No... el ingeniero Serkö no ha dicho más de lo que quería decir...

—¿Le ha revelado Thomas Roch —pregunté— la composición de su explosivo?...

—Sí, señor Hart —no le pese—, y pronto poseeremos cantidades considerables, que se almacenarán en lugar seguro.

—¿Y no hay peligro... peligro de todo instante, al amontonar semejantes masas de esta sustancia?... Que se produzca un accidente, y la explosión destruiría el islote de...

Una vez más, el nombre de Back-Cup estuvo a punto de escapárseme. De conocer a la vez la identidad de Ker Karraje y el emplazamiento de la caverna, quizá juzgaran a Simon Hart mejor informado de lo que convenía.

Felizmente, el ingeniero Serkö no advirtió mi reticencia, y me responde diciendo:

—No tenemos nada que temer. El explosivo de Thomas Roch solo puede inflamarse por medio de un deflagrador especial. Ni el choque ni el fuego lo harían explotar.

—¿Y Thomas Roch les ha vendido también el secreto de ese deflagrador?...

—Todavía no, señor Hart —responde el ingeniero Serkö—, pero el trato no tardará en cerrarse... Así que, se lo repito, ningún peligro, y puede usted dormir en perfecta tranquilidad... ¡Mil y mil diablos! No tenemos ningunas ganas de saltar por los aires con nuestra caverna y nuestros tesoros. Unos años más de buenos negocios, nos repartiremos las ganancias, y serán lo bastante considerables como para que la parte que le toque a cada uno constituya una honesta fortuna de la que podrá disfrutar a su gusto... ¡después de la liquidación de la sociedad Ker Karraje and Co! Añado que, si estamos a salvo de una explosión, tampoco tememos más una denuncia... que usted sería el único capaz de hacer, mi querido señor Hart. Así que le aconsejo que se resigne, que se conforme como hombre práctico, que tenga paciencia hasta la liquidación de la sociedad... Ese día se verá lo que nuestra seguridad exigirá en lo que a usted respecta.

Convengamos en que estas palabras no son ni mucho menos tranquilizadoras. Es cierto que ya veremos de aquí a entonces. Lo que retengo de esta conversación es que, si Thomas Roch ha vendido su explosivo a la sociedad Ker Karraje and Co., al menos ha guardado el secreto del deflagrador, sin el cual el explosivo no tiene más valor que el polvo de los caminos.

Sin embargo, antes de terminar esta conversación, creo que debo plantearle al ingeniero Serkö una observación, muy natural, después de todo:

—Señor —le dije—, conoce usted actualmente la composición del explosivo del Fulgurador Roch, bien. En suma, ¿tiene realmente el poder destructor que su inventor le atribuye?... ¿Se ha probado alguna vez?... ¿No habrán comprado ustedes un compuesto tan inerte como una pizca de tabaco?...

—Quizá esté usted más al tanto de lo que quiere aparentar, señor Hart. No obstante, le agradezco el interés que se toma por nuestro negocio, y quede usted completamente tranquilo. La otra noche hicimos una serie de experimentos decisivos. Con solo unos gramos de esta sustancia, enormes bloques de roca de nuestro litoral quedaron reducidos a un polvo impalpable.

La explicación se refería evidentemente a las detonaciones que yo había oído.

—Así, mi querido colega —continúa el ingeniero Serkö—, puedo asegurarle que no sufriremos ningún revés. Los efectos de este explosivo superan todo lo que se pueda imaginar. Sería lo bastante potente, con una carga de varios miles de toneladas, para demoler nuestro esferoide y dispersar sus pedazos por el espacio, como los de aquel planeta estallado entre Marte y Júpiter. Dé usted por cierto que es capaz de aniquilar cualquier navío a una distancia que desafía las trayectorias más largas de los proyectiles actuales, y en una zona peligrosa de una buena milla... El punto débil de la invención sigue estando en el ajuste del tiro, que exige bastante tiempo para modificarse...

El ingeniero Serkö se detiene —como un hombre que no quiere decir más— y añade:

—Así que termino como empecé, señor Hart. ¡Resígnese!... ¡Acepte esta nueva existencia sin segundas intenciones!... ¡Entréguese usted a las tranquilas delicias de esta vida subterránea!... Aquí se conserva la salud cuando es buena, se recupera cuando está comprometida... ¡Eso es lo que le ha ocurrido a su compatriota!... ¡Sí!... Resígnese a su suerte... ¡Es el partido más sensato que puede usted tomar!

Y, dicho esto, este dador de buenos consejos me deja, tras saludarme con un gesto amistoso, como un hombre cuyas obligantes intenciones merecen ser apreciadas. Pero ¡cuánta ironía en sus palabras, en sus miradas, en su actitud! ¿Y se me permitirá algún día vengarme de ello?...

En todo caso, he retenido de esta conversación que el ajuste del tiro es bastante complicado. Es, pues, probable que esa zona de una milla en la que los efectos del Fulgurador Roch son terribles no sea fácilmente modificable, y que, más allá y más acá de esa zona, un buque esté a salvo de sus efectos... ¡Si pudiera informar de ello a los interesados!...

20 de agosto. Durante dos días, ningún incidente que reseñar. He extendido mis paseos cotidianos hasta los límites extremos de Back-Cup. Por la noche, cuando las lámparas eléctricas iluminan la larga perspectiva de los arcos, no puedo evitar una impresión casi religiosa al contemplar las maravillas naturales de esta caverna, convertida en mi prisión. Por lo demás, jamás he perdido la esperanza de descubrir, a través de las paredes, alguna fisura ignorada de los piratas, por la que me fuera posible huir... Es cierto... una vez fuera, tendría que esperar a que pasara un navío a la vista... Mi evasión sería conocida enseguida en Bee-Hive... No tardaría en ser apresado de nuevo... a menos que... ahora caigo... el bote... el bote del *Ebba*, guardado en el fondo de la cala... Si lograra apoderarme de él... salir de los pasos... dirigirme hacia Saint-Georges o Hamilton...

Al caer la noche — serían las nueve aproximadamente —, fui a tenderme sobre una alfombra de arena, al pie de uno de los pilares, un centenar de metros al este del lago. Poco después se dejaron oír, primero pasos, luego voces, a corta distancia.

Agazapado lo mejor que pude tras la base rocosa del pilar, presto atenta oreja...

Estas voces las reconozco. Son las de Ker Karraje y del ingeniero Serkö. Estos dos hombres se han detenido y conversan en inglés — lengua que se emplea generalmente en Back-Cup —. Así que me será posible entender lo que dicen.

Precisamente, se trata de Thomas Roch, o más bien de su Fulgurador.

—Dentro de ocho días —dice Ker Karraje—, cuento con hacerme a la mar con el *Ebba*, y traeré las diversas piezas, que deben de estar terminadas en la fábrica de Virginia...

—Y cuando estén en nuestro poder —responde el ingeniero Serkö—, me encargaré de realizar aquí el montaje y de instalar los bastidores de lanzamiento. Pero, antes, es necesario llevar a cabo un trabajo que me parece indispensable...

—¿Y en qué consistirá?... —pregunta Ker Karraje.

—En horadar la pared del islote.

—¿Horadarla?...

—Oh, nada más que un pasadizo lo bastante estrecho como para dar paso a un solo hombre, una especie de conducto fácil de obstruir, y cuyo orificio exterior quedará disimulado entre las rocas.

—¿Para qué, Serkö?...

—A menudo he pensado en la utilidad de tener una comunicación con el exterior distinta del túnel submarino... Nunca se sabe lo que puede ocurrir en el futuro...

—Pero estas paredes son tan gruesas y de una sustancia tan dura... —observa Ker Karraje.

—Con unos granos del explosivo Roch —responde el ingeniero Serkö—, me encargo de reducir la roca a un polvo tan fino que no habrá más que soplar sobre él.

Se comprende cuánto interés podía tener para mí este tema de conversación.

He aquí que se trataba de abrir una comunicación, distinta del túnel, entre el interior y el exterior de Back-Cup... ¿Quién sabe si no se presentaría alguna oportunidad?...

Ahora bien, en el momento en que me hacía esta reflexión, Ker Karraje respondía:

—Está convenido, Serkö, y si algún día fuera necesario defender Back-Cup, impedir que ningún navío pudiera acercarse a él... Sería necesario, es cierto, que nuestro retiro hubiera sido descubierto, ya por azar... ya a consecuencia de una denuncia...

—No tenemos nada que temer —responde el ingeniero Serkö— ni del azar ni de una denuncia...

—Por parte de alguno de nuestros compañeros, no, sin duda, pero por parte de ese Simon Hart...

—¡Él! —exclama el ingeniero Serkö—. ¡Para eso tendría que haber logrado escapar... y de Back-Cup no se escapa!... Por lo demás, lo confieso, ese buen hombre me interesa... Es un colega, después de todo, y siempre he sospechado que sabe más de lo que dice sobre la invención de Thomas

Roch... Lo trabajaré de tal modo que acabaremos entendiéndonos, charlando de física, de mecánica, de balística, como un par de amigos...

—¡No importa! —replica este generoso y sensible conde d'Artigas—. Cuando estemos en posesión del secreto entero, más valdrá desembarazarse de...

—Tenemos tiempo, Ker Karraje...

«¡Si Dios se lo permite, miserables!...», pensé, sujetándome el corazón, que latía con violencia. Y, sin embargo, sin una pronta intervención de la Providencia, ¿qué podía yo esperar?... La conversación cambia entonces de rumbo, y Ker Karraje hace esta observación:

—Ahora que conocemos la composición del explosivo, Serkö, es preciso a toda costa que Thomas Roch nos entregue la del deflagrador...

—En efecto —replica el ingeniero Serkö—, y me esfuero por decidirlo a ello. Por desgracia, Thomas Roch se niega a discutir sobre eso. Por lo demás, ya ha fabricado algunas gotas de ese deflagrador, que sirvieron para probar el explosivo, y nos las proporcionará cuando se trate de horadar el pasadizo...

—Pero... ¿y para nuestras expediciones por mar?... —preguntó Ker Karraje.

—Paciencia... acabaremos por tener en nuestras manos todos los rayos de su Fulgurador...

—¿Estás seguro, Serkö?...

—Seguro... poniendo el precio, Ker Karraje.

La conversación terminó con estas palabras, y luego los dos hombres se alejaron, sin haberme visto —muy afortunadamente—. Si el ingeniero Serkö ha tomado un poco la defensa de un colega, el conde d'Artigas me parece animado de intenciones menos benévolas hacia mí. A la menor sospecha, me enviarían al lago, y, si atravesara el túnel, no sería sino en estado de cadáver, arrastrado por la marea descendente.

21 de agosto. Al día siguiente, el ingeniero Serkö vino a reconocer en qué lugar convendría efectuar la perforación del pasadizo, de manera que en el exterior no se pudiera sospechar su existencia. Tras minuciosas búsquedas,

se decide que la perforación se hará en la pared del norte, a veinte metros antes de las primeras celdas de Bee-Hive.

Tengo prisa por que este pasadizo quede terminado. ¿Quién sabe si no servirá para mi fuga?... ¡Ah, si hubiera sabido nadar, quizá ya habría intentado evadirme por el túnel, puesto que conozco exactamente el lugar de su orificio! Durante la lucha de la que el lago fue escenario, cuando las aguas se desnivelaron bajo el último coletazo de la ballena, la parte superior de ese orificio quedó al descubierto un instante... Lo vi... Pues bien, ¿no se descubrirá acaso en las grandes mareas? En las épocas de luna llena y luna nueva, cuando el mar alcanza su máxima depresión por debajo del nivel medio, es posible que... ¡Me aseguraré de ello!

De qué podrá servirme esta comprobación, lo ignoro, pero no debo descuidar nada para huir de Back-Cup.

29 de agosto. Esta mañana asisto a la partida del remolcador. Se trata sin duda de aquel viaje a uno de los puertos de América a fin de hacerse cargo de los artefactos que deben de estar ya fabricados.

El conde d'Artigas conversa unos instantes con el ingeniero Serkö, quien, según parece, no debe acompañarlo, y al que me parece hacer ciertas recomendaciones de las que bien podría yo ser objeto. Luego, tras poner el pie en la plataforma del aparato, desciende al interior, seguido del capitán Spade y de la tripulación del *Ebba*. En cuanto se cierra su escotilla, el remolcador se sumerge bajo las aguas, cuya superficie turba un instante un ligero hervor.

Las horas pasan, la jornada termina. Puesto que el remolcador no ha vuelto a su puesto, deduzco que va a remolcar la goleta durante este viaje... ¿quizá también a destruir los navíos que crucen por estos parajes?...

Sin embargo, es probable que la ausencia de la goleta sea breve, pues unos ocho días deben de bastar para la ida y la vuelta.

Por lo demás, el *Ebba* tiene posibilidades de que el tiempo le sea favorable, a juzgar por la calma de la atmósfera que reina dentro de la caverna. Estamos, además, en la buena estación, dada la latitud de las Bermudas. ¡Ah, si pudiera encontrar una salida a través de las paredes de mi prisión!...

CAPÍTULO XIII. ¡SEA LO QUE DIOS QUIERA!

Del 29 de agosto al 10 de septiembre. Han transcurrido trece días, y el *Ebba* todavía no ha regresado. ¿Es que no fue directamente a la costa americana?... ¿Se habrá entretenido en algunas piraterías mar afuera de Back-Cup?... Me parece, sin embargo, que Ker Karraje solo debería preocuparse de traer los artefactos. Es cierto que quizá la fábrica de Virginia no haya terminado su fabricación...

Por lo demás, el ingeniero Serkō no me parece especialmente impaciente. Me sigue dispensando la acogida ya conocida, con su aire de buena persona, del que no tengo motivo alguno para fiarme, y con razón. Finge interesarse por mi estado de salud, me exhorta a la más completa resignación, me llama Alí Babá, me asegura que no existe en la superficie de la tierra un lugar más encantador que esta caverna de las Mil y Una Noches, que aquí estoy alimentado, calentado, alojado, vestido, sin tener que pagar ni impuesto ni tasa, y que, incluso en Mónaco, los habitantes de ese dichoso principado no disfrutan de una existencia más exenta de preocupaciones...

A veces, ante esta cháchara irónica, siento cómo el rubor me sube al rostro. Me tienta saltar a la garganta de este implacable burlón, estrangularlo en un abrir y cerrar de ojos... Me matarán después... ¿Y qué importa?... ¿No vale más acabar así que verse condenado a vivir años y años en este infame medio de Back-Cup?...

Sin embargo, la razón recobra su imperio y, finalmente, me limito a encogerme de hombros.

En cuanto a Thomas Roch, apenas lo he visto durante los primeros días que siguieron a la partida del *Ebba*. Encerrado en su laboratorio, se ocupa sin cesar de sus múltiples manipulaciones. Suponiendo que utilice todas las

sustancias puestas a su disposición, ¡tendrá con qué hacer saltar Back-Cup y las Bermudas con él!

Sigo aferrado a la esperanza de que nunca consentirá en entregar la composición del deflagrador, y de que los esfuerzos del ingeniero Serkö no lograrán comprarle este último secreto... ¿No se verá defraudada esta esperanza?...

13 de septiembre. Hoy, con mis propios ojos, he podido comprobar el poder del explosivo, y observar, al mismo tiempo, de qué manera se emplea el deflagrador.

Por la mañana, los hombres comenzaron la perforación de la pared en el lugar previamente elegido para establecer la comunicación con la base exterior del islote.

Bajo la dirección del ingeniero, los trabajadores empezaron atacando el pie de la muralla, cuya caliza, extremadamente dura, podría compararse al granito. Fue con el pico, manejado por brazos vigorosos, como se dieron los primeros golpes. De haber empleado solo ese instrumento, el trabajo habría sido muy largo y muy penoso, puesto que la pared no mide menos de veinte a veinticinco metros de espesor en esta parte del basamento de Back-Cup. Pero, gracias al Fulgurador Roch, será posible terminar este trabajo en un plazo bastante corto.

Lo que he visto es como para dejarme estupefacto. La desagregación de la pared, que el pico no lograba morder sin gran gasto de fuerza, se ha producido con una facilidad verdaderamente extraordinaria.

¡Sí! Unos gramos de este explosivo bastan para triturar la masa rocosa, desmenuzarla, reducirla a un polvo casi impalpable que el menor soplo dispersa como un vapor. ¡Sí! —lo repito— cinco a diez gramos, cuya explosión produce una excavación de un metro cúbico, con un ruido seco que puede compararse a la detonación de una pieza de artillería, debido a la formidable sacudida de las capas de aire.

La primera vez que se empleó este explosivo, aunque se usó en dosis minúscula, varios de los hombres que se encontraban demasiado cerca de la pared fueron derribados. Dos se levantaron gravemente heridos, y el propio ingeniero Serkö, que había sido lanzado a unos pasos de distancia, no salió de allí sin fuertes contusiones.

He aquí cómo se opera con esta sustancia, cuya fuerza rompedora supera todo lo inventado hasta hoy:

Se perfora previamente en la roca, en sentido oblicuo, un agujero de cinco centímetros de largo por una sección de diez milímetros. Se introducen unos gramos del explosivo, y ni siquiera es necesario taponar el agujero con un taco.

Entonces interviene Thomas Roch. Su mano sostiene un pequeño frasco de vidrio que contiene un líquido azulado, de apariencia aceitosa, y muy pronto a coagularse en cuanto entra en contacto con el aire.

Vierte una gota en el orificio del agujero, luego se retira sin demasiada prisa. Se necesita, en efecto, cierto tiempo —unos treinta y cinco segundos— para que se produzca la combinación del deflagrador y del explosivo. Y entonces, cuando se produce, el poder de desagregación es tal —insisto en ello— que puede creerse ilimitado, y, en todo caso, miles de veces superior al de los cientos de explosivos actualmente conocidos.

En estas condiciones, se comprende que la perforación de esta gruesa y dura pared quedará terminada en cosa de ocho días.

19 de septiembre. Desde hace algún tiempo he observado que el fenómeno del flujo y el reflujo, que se manifiesta de manera muy perceptible a través del túnel submarino, produce corrientes en sentido contrario dos veces cada veinticuatro horas. No cabe duda, pues, de que un objeto flotante, arrojado a la superficie del lago, sería arrastrado hacia fuera por la marea saliente, si el orificio del túnel quedara al descubierto en su parte superior. Ahora bien, ¿no se produce ese descubrimiento en el estiaje más bajo de las mareas equinocciales?... Voy a poder comprobarlo, puesto que estamos precisamente en esa época. Pasado mañana es 21 de septiembre, y hoy, día 19, ya he visto perfilarse la cima de la curvatura por encima del agua en la marea baja.

Pues bien, si yo mismo no puedo intentar el paso del túnel, ¿no tendría una botella, arrojada a la superficie del lago, alguna posibilidad de pasar durante los últimos minutos de la marea saliente?... ¿Y por qué un azar —azar ultraprovidencial, lo reconozco— no haría que esa botella fuera recogida por un navío mar afuera de Back-Cup?... ¿Por qué incluso las corrientes no

la arrojarían a alguna de las playas de las Bermudas?... Y si esa botella contuviera una nota...

Tal es la idea que me atormenta el espíritu. Luego se presentan las objeciones —esta entre otras—: que una botella corre el riesgo de romperse, ya sea al atravesar el túnel, ya sea al chocar contra los arrecifes exteriores antes de alcanzar el mar abierto... Sí... pero si se reemplazara por un barril herméticamente cerrado, un tonelillo semejante a los que sostienen las redes de pesca, ese barril no estaría expuesto a los mismos riesgos de rotura que la frágil botella y podría alcanzar la alta mar...

20 de septiembre. Esta noche entré sin ser visto en uno de los almacenes donde se amontonan diversos objetos procedentes del saqueo de los navíos, y he podido procurarme un tonelillo muy adecuado para mi intento.

Tras esconder este tonelillo bajo mi ropa, regreso a Bee-Hive y entro en mi celda. Luego, sin perder un instante, me pongo manos a la obra. Papel, tinta, pluma, nada me falta, puesto que hace ya tres meses que he podido tomar las notas cotidianas que se consignan en este relato.

Trazo en una hoja las líneas siguientes: «Desde el 19 de junio, tras un doble rapto llevado a cabo el 15 del mismo mes, Thomas Roch y su guardián Gaydon, o más bien el ingeniero francés Simon Hart, que ocupaban el pabellón 17 de Healthful-House, cerca de New-Berne, Carolina del Norte, Estados Unidos de América, han sido conducidos a bordo de la goleta *Ebba*, perteneciente al conde d'Artigas. Ambos se encuentran actualmente encerrados dentro de una caverna que sirve de retiro al mencionado conde d'Artigas, cuyo verdadero nombre es Ker Karraje, el pirata que antaño ejercía en los parajes del Pacífico occidental, y al centenar de hombres de que se compone la banda de este temible malhechor. Cuando tenga en su poder el Fulgurador Roch, de un poder por así decirlo sin límites, Ker Karraje podrá proseguir sus actos de piratería en condiciones en que la impunidad de sus crímenes le estará más asegurada.

«Así pues, es urgente que los Estados interesados destruyan su guarida en el plazo más breve.

«La caverna donde se ha refugiado el pirata Ker Karraje está dispuesta dentro del islote de Back-Cup, que erróneamente se considera un volcán en erupción. Situado en el extremo oeste del archipiélago de las Bermudas, de-

fendido por arrecifes al este, es franco, por lo demás, al sur, al oeste y al norte.

«En cuanto a la comunicación entre el exterior y el interior, solo es posible todavía por un túnel que se abre a unos metros por debajo de la superficie media de las aguas, en el fondo de un paso estrecho al oeste. Así pues, para penetrar dentro de Back-Cup es necesario disponer de un aparato submarino, al menos mientras no esté terminado el pasadizo que se está horadando en la parte noroeste.

«El pirata Ker Karraje dispone de un aparato de este tipo —el mismo que el conde d'Artigas había mandado construir y que se supone periclitado, durante sus experimentos, en la bahía de Charleston—. Este remolcador se emplea no solo en las entradas y salidas por el túnel, sino también para remolcar la goleta y para atacar a los navíos mercantes que frecuentan los parajes de las Bermudas.

«Esta goleta, el *Ebba*, bien conocida en el litoral del oeste de América, tiene por único puerto de matrícula una pequeña cala, resguardada tras un amontonamiento de rocas, invisible desde el mar abierto, y situada al oeste del islote.

«Lo que conviene hacer, antes de efectuar un desembarco en Back-Cup, y preferentemente en la parte oeste, donde antaño se instalaron los pescadores bermudeños, es abrir una brecha en su pared con los proyectiles de melinita más potentes. Después del desembarco, esa brecha permitirá penetrar dentro de Back-Cup.

«Hay que prever también el caso de que el Fulgurador Roch estuviera en condiciones de funcionar. Podría ocurrir que Ker Karraje, sorprendido por un ataque, tratara de emplearlo para defender Back-Cup. Que se sepa bien que, si su poder destructor supera todo lo imaginado hasta hoy, solo se extiende sobre una zona de mil setecientos a mil ochocientos metros. En cuanto a la distancia de esa zona peligrosa, es variable; pero el ajuste del tiro, una vez establecido, es muy lento de modificar, y un navío que hubiera rebasado dicha zona podría aproximarse impunemente al islote.

«Este documento se escribe hoy, 20 de septiembre, a las ocho de la tarde, y va firmado con mi nombre. Ingeniero SIMON HART.»

Tal es el texto de la nota que acabo de redactar. Dice todo lo que había que decir sobre el islote, cuyo emplazamiento exacto figura en los mapas modernos, así como sobre la defensa de Back-Cup, que Ker Karraje quizá intente organizar, y sobre la importancia de actuar sin demora. He añadido un plano de la caverna, indicando su configuración interna, el emplazamiento del lago, la disposición de Bee-Hive, los lugares que ocupan la vivienda de Ker Karraje, mi celda, el laboratorio de Thomas Roch. Pero es preciso que esta nota sea recogida, y ¿lo será alguna vez?...

Por fin, tras envolver este documento en un fuerte trozo de lona alquitranada, lo coloco en el tonelillo, ceñido de hierro, que mide unos quince centímetros de largo por ocho centímetros de ancho. Es perfectamente estanco, según he podido comprobar, y capaz de resistir los golpes, ya sea durante la travesía del túnel, ya sea contra los arrecifes de fuera.

Es verdad que, en lugar de llegar a manos seguras, ¿no corre el riesgo de ser arrojado por el reflujo contra las rocas del islote, de ser hallado por la tripulación del *Ebba* cuando la goleta se dirija al fondo de la cala?... Si este documento cae en poder de Ker Karraje, firmado con mi nombre, revelando el suyo, ya no tendré que preocuparme de los medios de huir de Back-Cup, y mi suerte quedará pronto decidida.

Ha llegado la noche. Fácil es imaginar con qué febril impaciencia la he esperado. Según mis cálculos, basados en observaciones anteriores, el momento de estoa de la marea baja debe producirse a las ocho y cuarenta y cinco. En ese momento, la parte superior del orificio quedará al descubierto unos cincuenta centímetros. La altura entre la superficie de las aguas y la bóveda del túnel será más que suficiente para el paso del tonelillo. Cuento, por lo demás, con enviarlo media hora antes de la estoa, para que la marea saliente, que se propagará todavía de dentro afuera, pueda arrastrarlo.

Hacia las ocho, en medio de la penumbra, salgo de mi celda. Nadie en las orillas. Me dirijo hacia la pared en la que está horadado el túnel. A la luz de la última lámpara eléctrica encendida de ese lado, veo el orificio redondear su arco superior por encima de las aguas, y la corriente tomar esa dirección.

Tras bajar por las rocas hasta el nivel del lago, arrojo el tonelillo, que encierra la preciosa nota, y con ella, toda mi esperanza:

—¡Sea lo que Dios quiera —repetí—, sea lo que Dios quiera, como dicen nuestros marinos franceses!

El pequeño barril, primero estacionario, vuelve hacia la orilla bajo la acción de un remolino. Tengo que empujarlo con fuerza, para que el reflujo se apodere de él...

Está hecho, y, en menos de veinte segundos, ha desaparecido a través del túnel...

—¡Sí!... ¡Sea lo que Dios quiera!... ¡Que el Cielo te guíe, tonelillo mío!... ¡Que proteja a todos aquellos a quienes Ker Karraje amenaza, y que esta banda de piratas no escape a los castigos de la justicia humana!

CAPÍTULO XIV. EL *SWORD* FRENTE AL REMOLCADOR

Toda esta noche, sin dormir, he seguido con el pensamiento a ese tonelillo. Cuántas veces me ha parecido verlo chocar contra las rocas, arrimarse a la cala, detenerse en alguna oquedad... Un sudor frío me recorría de la cabeza a los pies... Por fin, el túnel queda atrás... el tonelillo se adentra por el paso... la marea saliente lo lleva a alta mar... ¡Gran Dios! Si la marea fuera a devolverlo hasta la entrada, y luego al interior de Back-Cup... si, llegado el día, lo viera aparecer...

Levantado desde las primeras luces del alba, me encamino hacia la playa...

Ningún objeto flota sobre las aguas tranquilas del lago.

Los días siguientes se ha proseguido el trabajo de perforación del pasadizo en las condiciones ya sabidas. El ingeniero Serkö hace saltar la última roca a las cuatro de la tarde del 23 de septiembre. La comunicación queda establecida —nada más que un estrecho conducto, en el que hay que agacharse, pero basta—. En el exterior, su orificio se pierde entre los desprendimientos del litoral, y sería fácil obstruirlo si esa medida resultara necesaria.

Ni que decir tiene que, a partir de ese día, este pasadizo será severamente vigilado. Nadie, sin autorización, podrá pasar por él ni para penetrar en la caverna ni para salir de ella... Así pues, imposible escapar por ahí...

25 de septiembre. Hoy, por la mañana, el remolcador ha vuelto a subir desde las profundidades del lago hasta la superficie. El conde d'Artigas, el capitán Spade y la tripulación de la goleta atracan en el muelle. Se procede al desembarco de las mercancías traídas por el *Ebba*. Distingo cierto núme-

ro de fardos para el abastecimiento de Back-Cup, cajas de carnes y conservas, toneles de vino y de aguardiente, además, varios paquetes destinados a Thomas Roch. Al mismo tiempo, los hombres desembarcan las diversas piezas de los artefactos que tienen forma discoidal.

Thomas Roch asiste a esta operación. Su ojo brilla con un fuego extraordinario. Tras coger una de estas piezas, la examina, mueve la cabeza en señal de satisfacción. Observo que su alegría no estalla en frases incoherentes, que ya no queda en él nada del antiguo pensionista de Healthful-House. Llego incluso a preguntarme ¿si esa locura parcial, que se creía incurable, no estará ya radicalmente curada?...

Por fin, Thomas Roch embarca en el bote destinado al servicio del lago, y el ingeniero Serkö lo acompaña a su laboratorio. En una hora, toda la carga del remolcador ha sido trasladada a la otra orilla.

En cuanto a Ker Karraje, no ha cruzado más que unas palabras con el ingeniero Serkö. Más tarde, los dos se han encontrado por la tarde y han conversado largamente paseando delante de Bee-Hive.

Terminada la conversación, se dirigen hacia el pasadizo y penetran en él, seguidos del capitán Spade. ¡Cuánto no daría por poder colarme detrás de ellos!... ¡Cuánto no daría por ir a respirar, aunque solo fuera un instante, ese aire vivificante del Atlántico, del que Back-Cup no recibe, por así decirlo, más que los soplos agotados!...

Del 26 de septiembre al 10 de octubre. Acaban de transcurrir quince días. Bajo la dirección del ingeniero Serkö y de Thomas Roch, se ha trabajado en el ajuste de los artefactos. Después, se han ocupado del montaje de los soportes de lanzamiento. Son simples caballetes, provistos de canaletas, de inclinación variable, que será fácil instalar a bordo del *Ebba* o incluso en la plataforma del remolcador mantenido a flor de agua.

¡Así pues, Ker Karraje va a ser dueño de los océanos con solo su goleta!... ¡Ningún buque de guerra podrá atravesar la zona peligrosa y el *Ebba* se mantendrá fuera del alcance de sus proyectiles!... ¡Ah! Si al menos hubieran recogido mi nota... ¡si se conociera esta guarida de Back-Cup!... Se sabría, si no destruirla, al menos impedir su abastecimiento...

20 de octubre. Con gran sorpresa mía, esta mañana ya no he visto el remolcador en su puesto habitual. Recuerdo que, la víspera, se renovaron los

elementos de sus pilas; pero pensaba que era para tenerlas a punto. Si se ha marchado, ahora que el nuevo pasadizo es practicable, es porque se trata de alguna expedición por estos parajes. En efecto, ya no falta en Back-Cup ninguna de las piezas ni sustancias necesarias a Thomas Roch.

Sin embargo, ya estamos en la temporada del equinoccio. El mar de las Bermudas se ve alterado por frecuentes tempestades.

Las ráfagas se desatan allí con una espantosa turbulencia. Se nota en las violentas ráfagas de aire que se precipitan por el cráter de Back-Cup, en los torbellinos de vapor mezclados con lluvia de que se llena la vasta caverna, y también en la agitación de las aguas del lago, que barren con su espuma las rocas de las orillas.

Pero ¿es seguro que la goleta haya salido de la cala de Back-Cup?... ¿No es de un porte demasiado débil, incluso con la ayuda de su remolcador, para afrontar unos mares tan malos?...

Por otra parte, ¿cómo admitir que el remolcador, aunque no tenga nada que temer de la marejada, puesto que encuentra aguas tranquilas a pocos metros por debajo de la superficie, haya emprendido un viaje sin acompañar a la goleta?...

No sé a qué causa atribuir esta partida del aparato submarino, partida que va a prolongarse, pues no ha regresado en todo el día.

Esta vez, el ingeniero Serkö se ha quedado en Back-Cup. Solo Ker Karraje, el capitán Spade y las tripulaciones del remolcador y del *Ebba* han abandonado el islote...

La existencia continúa con su habitual y desalentadora monotonía, en medio de esta colonia de emparedados. Paso horas enteras en el fondo de mi celdilla, meditando, esperando, desesperando, aferrándome, por un vínculo que se debilita cada día, a aquel tonel abandonado al capricho de las corrientes, y redactando estas notas, que probablemente no me sobrevivirán...

Thomas Roch está constantemente ocupado en su laboratorio, en la fabricación de su deflagrador. Sigo aferrado a la idea de que no querrá vender a ningún precio la composición de ese líquido... Pero también sé que no vacilaría en poner su invención al servicio de Ker Karraje.

Me encuentro a menudo con el ingeniero Serkö, cuando mis paseos me llevan por los alrededores de Bee-Hive. Ese hombre se muestra siempre dispuesto a conversar conmigo... con un tono de impertinente ligereza, eso sí.

Hablamos de esto y de aquello, rara vez de mi situación, sobre la que es inútil recriminar, pues no haría sino atraerme nuevas burlas.

22 de octubre. Hoy he creído oportuno preguntar al ingeniero Serkö si la goleta había vuelto a hacerse a la mar con el remolcador.

—Sí, señor Simon Hart —respondió él—, y aunque el tiempo sea detestable en alta mar, con verdaderas galernas, ¡no tema usted nada por nuestra querida *Ebba*!...

—¿Va a prolongarse su ausencia?...

—La esperamos dentro de cuarenta y ocho horas... Es el último viaje que el conde d'Artigas se ha decidido a emprender antes de que las tempestades del invierno hagan estos parajes absolutamente impracticables.

—¿Viaje de placer... o de negocios?... —repliqué. El ingeniero Serkö me responde sonriendo—: ¡Viaje de negocios, señor Hart, viaje de negocios! Ahora mismo, nuestros artefactos están terminados, y, en cuanto vuelva el buen tiempo, no tendremos más que retomar la ofensiva...

—Contra desdichados navíos...

—Tan desdichados... ¡como ricamente cargados!

—¡Actos de piratería cuya impunidad no les estará siempre asegurada, espero! —exclamé.

—¡Cálmese, mi querido colega, cálmese!... Usted lo sabe de sobra, nadie descubrirá jamás nuestro refugio de Back-Cup, ¡nadie podrá jamás desvelar su secreto!... Y además, con estos artefactos de manejo tan fácil y de una potencia tan terrible, nos sería fácil aniquilar cualquier navío que pasara dentro de cierto radio del islote...

—A condición —dije— de que Thomas Roch les haya vendido la composición de su deflagrador como les vendió la de su Fulgurador...

—Eso ya está hecho, señor Hart, y debo quitarle toda inquietud al respecto.

De esta respuesta categórica debería haber concluido que la desgracia estaba consumada, si, por la entonación vacilante de su voz, no hubiera sentido una vez más que no había que fiarse de las palabras del ingeniero Serkö.

25 de octubre. ¡La espantosa aventura en la que acabo de verme envuelto, y cómo no he dejado en ella la vida!... ¡Es un milagro que hoy pueda retomar el curso de estas notas, interrumpido durante cuarenta y ocho horas!... ¡Con un poco más de suerte, habría sido liberado!... Estaría ahora mismo en uno de los puertos de las Bermudas, Saint-Georges o Hamilton... Los misterios de Back-Cup quedarían desvelados... La goleta, señalada a todas las naciones, no podría presentarse en ningún puerto. El abastecimiento de Back-Cup se volvería imposible... ¡Los bandidos de Ker Karraje estarían condenados a morir de hambre allí!...

He aquí lo que ha ocurrido:

La noche del 23 de octubre, hacia las ocho, había salido de mi celda en un indefinible estado de nerviosismo, como si hubiera tenido el presentimiento de algún acontecimiento grave e inminente. En vano había querido pedir al sueño un poco de calma. Desesperando de poder dormir, había salido.

Fuera de Back-Cup debía de hacer muy mal tiempo. Las ráfagas penetraban a través del cráter y levantaban una especie de marejada en la superficie del lago.

Me dirigí hacia la orilla de Bee-Hive.

Nadie, a esa hora. Temperatura bastante baja, atmósfera húmeda. Todos los avispones de la colmena estaban acurrucados en el fondo de sus celdillas.

Un hombre custodiaba la boca del pasadizo, aunque, por exceso de precaución, ese pasadizo estaba obstruido en su salida al litoral. Desde el lugar que ocupaba, ese hombre no podía ver las orillas. Por lo demás, solo vi dos lámparas encendidas, encima de la orilla derecha y de la orilla izquierda del lago, de modo que una profunda oscuridad reinaba bajo el bosque de pilares.

Iba así en medio de la sombra, cuando alguien pasó cerca de mí.

Reconocí a Thomas Roch.

Thomas Roch caminaba lentamente, absorto en sus reflexiones como de costumbre, la imaginación siempre tensa, el espíritu siempre en plena labor.

¿No se me ofrecía ahí una ocasión propicia para hablarle, para instruirle de lo que verosímilmente ignoraba?... Él lo ignora... debe de ignorar en qué manos ha caído su persona... No puede sospechar que el conde d'Artigas no es otro que el pirata Ker Karraje... No sospecha a qué bandido ha entregado parte de su invención... Hay que hacerle saber que de los millones que la han pagado él no disfrutará jamás... Al igual que yo, tampoco tendrá la libertad de abandonar esta prisión de Back-Cup... ¡Sí!... Apelaré a sus sentimientos de humanidad, a las desgracias de las que será responsable si no guarda sus últimos secretos...

Iba por ahí en mis reflexiones, cuando me sentí bruscamente agarrado por detrás.

Dos hombres me sujetaban los brazos, y un tercero se plantó delante de mí.

Intenté gritar.

— ¡Ni un grito! — me dijo aquel hombre, que se expresaba en inglés — .
¿No es usted Simon Hart?...

— ¿Cómo lo sabe?...

— Lo he visto salir de su celda...

— Pero ¿quién es usted?...

— El teniente Davon, de la marina británica, oficial a bordo del *Standard*, de estación en las Bermudas. Me fue imposible responder, de tan sofocado que estaba por la emoción.

— Venimos a arrancarlo de las manos de Ker Karraje, y a llevarnos con usted al inventor francés Thomas Roch... — añade el teniente Davon.

— ¡Thomas Roch!... — balbucí.

— Sí... El documento, firmado con su nombre, fue recogido en una playa de Saint-Georges...

— En un tonel, teniente Davon... un tonel que arrojé a las aguas de este lago...

— Y que contenía —respondió el oficial— la nota por la que hemos sabido que el islote de Back-Cup servía de refugio a Ker Karraje y a su banda... Ker Karraje, ese falso conde d'Artigas, el autor del doble rapto de Healthful-House...

— ¡Ah, teniente Davon!...

— Ahora no hay un instante que perder... Hay que aprovechar la oscuridad...

— Una sola palabra, teniente Davon... ¿Cómo ha podido penetrar en el interior de Back-Cup?...

— Por medio del barco submarino el *Sword*, que llevaba seis meses haciendo pruebas en Saint-Georges...

— ¿Un barco submarino?...

— Sí... nos espera al pie de estas rocas.

— ¡Ahí... ahí!... —repetí.

— Señor Hart, ¿dónde está el remolcador de Ker Karraje?...

— Se marchó hace tres semanas...

— ¿Ker Karraje no está en Back-Cup?...

— No... pero lo esperamos de un día para otro, incluso de una hora para otra...

— ¡Qué importa! —respondió el teniente Davon—. No se trata de Ker Karraje... es a Thomas Roch a quien tenemos la misión de llevarnos... con usted, señor Hart... ¡El *Sword* no abandonará el lago sin que ustedes dos estén a bordo!... Si no reapareciera en Saint-Georges, eso significaría que habría fracasado... y se volvería a empezar...

— ¿Dónde está el *Sword*, teniente?...

— Por este lado... en la sombra de la playa, donde no se le puede ver. Gracias a sus indicaciones, mi tripulación y yo hemos reconocido la entrada del túnel submarino. El *Sword* lo ha franqueado sin novedad... Hace diez minutos que ha vuelto a subir a la superficie del lago... Dos de mis hombres me han acompañado hasta esta orilla... Lo he visto salir de la celda indicada en su plano... ¿Sabe usted dónde está ahora Thomas Roch?...

— A pocos pasos de aquí... Acaba de pasar y se dirigía hacia su laboratorio...

— ¡Bendito sea Dios, señor Hart!

— ¡Sí!... ¡Que lo sea, teniente Davon! El teniente, los dos hombres y yo tomamos el sendero que bordea el lago. Apenas nos habíamos alejado unos diez metros cuando distinguí a Thomas Roch. Abalanzarnos sobre él, amordazarlo antes de que pudiera lanzar un grito, atarlo antes de que pudiera hacer un movimiento, trasladarlo hasta el lugar donde estaba amarrado el *Sword*: todo ello se cumplió en menos de un minuto. Aquel *Sword* era una embarcación sumergible de tan solo una docena de toneladas, por consiguiente, de dimensiones y potencia muy inferiores a las del remolcador. Dos dinamos, accionadas por acumuladores que habían sido cargados doce horas antes en el puerto de Saint-Georges, imprimían el movimiento a su hélice. Pero, fuera cual fuese, aquel *Sword* debía de bastar para sacarnos de nuestra prisión, para devolvernos la libertad, ¡esa libertad en la que ya no creía!... ¡Por fin, Thomas Roch iba a ser arrancado de las manos de Ker Karraje y del ingeniero Serkö!... Aquellos bribones no podrían utilizar su invención... ¡Y nada impediría que unos navíos se acercaran al islote, efectuaran un desembarco, forzaran la entrada del pasadizo, se apoderaran de los piratas!...

No nos habíamos cruzado con nadie mientras los dos hombres transportaban a Thomas Roch. Descendimos todos al interior del *Sword*... La escotilla superior se cerró... los compartimentos de agua se llenaron... el *Sword* se sumergió... ¡Estábamos salvados!...

El *Sword*, dividido en tres secciones por mamparos estancos, estaba dispuesto de la siguiente manera. La primera sección, que contenía los acumuladores y la maquinaria, se extendía desde la cuaderna maestra hasta la popa. La segunda, la del piloto, ocupaba el centro de la embarcación, coronada por un periscopio de lentes lenticulares, de donde partían los rayos de un fanal eléctrico que permitía orientarse bajo las aguas. La tercera estaba en la proa, y allí era donde Thomas Roch y yo habíamos sido encerrados.

Ni que decir tiene que mi compañero, aunque había sido librado de la mordaza que lo ahogaba, seguía atado de sus ligaduras, y yo dudaba que fuera consciente de lo que ocurría...

Pero teníamos prisa por partir, con la esperanza de estar en Saint-Georges esa misma noche, si ningún obstáculo nos detenía...

Tras empujar la puerta del mamparo, me reuní con el teniente Davon en el segundo compartimento, junto al hombre encargado de la maniobra del timón.

En el de popa, otros tres hombres, incluido el mecánico, esperaban las órdenes del teniente para poner en marcha el propulsor.

—Teniente Davon —dije entonces—, pienso que no hay ningún inconveniente en dejar solo a Thomas Roch... Si puedo serle útil para alcanzar la boca del túnel...

—Sí... quédese cerca de mí, señor Hart. Eran entonces las ocho y treinta y siete de la noche, exactamente. Los rayos eléctricos, proyectados a través del periscopio, iluminaban con un vago resplandor las capas de agua en las que se mantenía el *Sword*. Desde la orilla junto a la cual estaba detenido, sería necesario atravesar el lago en toda su longitud. Encontrar la boca del túnel sería sin duda una dificultad, aunque no insuperable. Aun teniendo que costear el borde de las orillas, era imposible no descubrirla, incluso en un tiempo relativamente corto. Después, franqueado el túnel a poca velocidad, evitando chocar contra sus paredes, el *Sword* subiría a la superficie del mar y pondría rumbo a Saint-Georges.

—¿A qué profundidad estamos?... —pregunté al teniente.

—A cuatro metros cincuenta.

—No es necesario sumergirse más —respondí—. Según lo que he observado durante la gran marea de equinoccio, debemos de estar en el eje del túnel.

—*¡All right!* —respondió el teniente. ¡Sí! *All right*, y me pareció que la Providencia pronunciaba esas palabras por boca del oficial... De hecho, no habría podido elegir mejor agente de sus voluntades. Miré al teniente a la luz del fanal. Es un hombre de treinta años, frío, flemático, de fisonomía resuelta, el oficial inglés en toda su impassibilidad nativa, no más emocionado de lo que lo habría estado a bordo del *Standard*, operando con una sangre fría extraordinaria, diría incluso con la precisión de una máquina.

—Al atravesar el túnel —me dijo—, he calculado su longitud en unos cuarenta metros...

—Sí... de un extremo a otro, teniente Davon... unos cuarenta metros.

Y, en efecto, esa cifra debía de ser exacta, puesto que el pasadizo abierto al nivel del litoral no medía más que unos treinta metros.

Se dio orden al mecánico de accionar la hélice. El *Sword* avanzó con extrema lentitud, por miedo a una colisión contra la orilla.

A veces se acercaba lo bastante como para que una masa negruzca se perfilara al fondo del haz luminoso proyectado por el fanal. Un golpe de timón rectificaba entonces la dirección. Pero si conducir un barco submarino ya es difícil en pleno mar, ¡cuánto más bajo las aguas de este lago!

Tras cinco minutos de marcha, el *Sword*, cuya inmersión se mantenía entre cuatro y cinco metros, aún no había alcanzado la boca del túnel.

En ese momento dije—: Teniente Davon, quizá sería prudente volver a la superficie, para reconocer mejor la pared en la que se encuentra la boca...

—Esa es también mi opinión, señor Hart, si usted puede indicarla con exactitud...

—Puedo.

—Bien.

Por precaución, se interrumpió la corriente del fanal, y el medio líquido volvió a quedar oscuro. Con la orden que recibió, el mecánico puso en funcionamiento las bombas, y el *Sword*, aligerado, fue subiendo poco a poco hacia la superficie del lago.

Permanecí en mi puesto, para determinar la posición a través de las lentes del periscopio.

Por fin, el *Sword* detuvo su movimiento ascensional, emergiendo, a lo sumo, unos treinta centímetros.

Por ese lado, iluminado por la lámpara de la orilla, reconocí Bee-Hive.

—¡Su opinión!... —me preguntó el teniente Davon.

—Estamos demasiado al norte... La boca está en la zona oeste de la caverna.

—¿No hay nadie en las orillas?...

—Nadie.

—Mejor que mejor, señor Hart. Vamos a permanecer a flor de agua. Después, cuando el *Sword*, siguiendo su indicación, esté frente a la pared, se dejará hundir...

Era el mejor partido que tomar, y el piloto puso el *Sword* en el eje mismo del túnel, tras haberlo alejado de la orilla, a la que se había acercado demasiado. Se corrigió ligeramente el timón, y, impulsado por su hélice, el aparato tomó la dirección correcta.

Cuando ya no estábamos más que a unos diez metros, mandé parar. En cuanto se interrumpió la corriente, el *Sword* se detuvo, abrió sus tomas de agua, llenó sus depósitos y se hundió lentamente.

Entonces se volvió a activar el fanal del periscopio, y, señalando en la parte oscura de la pared una especie de círculo negro que no reflejaba los rayos del fanal:

—¡Ahí... ahí... el túnel! —exclamé.

¿No era aquella la puerta por la que iba a escapar de esta prisión?... ¿No era la libertad la que me esperaba en alta mar?...

El *Sword* se movió suavemente hacia la boca...

¡Ah!... La horrible mala suerte, ¡y cómo había podido resistir a aquel golpe!... ¿Cómo no se me había partido el corazón?...

Un vago resplandor aparecía a través de las profundidades del túnel, a menos de veinte metros por delante. Aquella luz, que avanzaba hacia nosotros, no podía ser sino la luz proyectada por el foco del barco submarino de Ker Karraje.

—¡El remolcador!... —grité—. Teniente... ¡ahí viene el remolcador que regresa a Back-Cup!...

—¡Máquina atrás! —ordenó el teniente Davon. Y el *Sword* retrocedió justo cuando iba a internarse por el túnel. Quizá nos quedaba aún una posibilidad de escapar, pues con mano rápida el teniente había apagado nuestro fanal, y era posible que ni el capitán Spade ni ninguno de sus compañeros hubieran visto el *Sword*... Quizá, al apartarse, dejaría paso libre al remolca-

dor... Quizá su masa oscura se confundiría con las capas bajas del lago... ¿Quizá el remolcador pasaría sin verlo?... Cuando hubiera regresado a su punto de fondeo, el *Sword* retomaría el rumbo... y entraría en la boca...

Con la hélice del *Sword* girando en sentido contrario, retrocedimos hacia la orilla del lado sur... Unos instantes más y el *Sword* no tendría más que detenerse...

¡No!... El capitán Spade había advertido la presencia de un barco submarino, a punto de adentrarse por el túnel, y se disponía a perseguirlo bajo las aguas del lago... ¿Qué podría hacer esta frágil embarcación cuando fuera atacada por el poderoso aparato de Ker Karraje?...

El teniente Davon me dijo entonces:

— Vuelva al compartimento donde está Thomas Roch, señor Hart... Cierre la puerta, mientras yo voy a cerrar la del compartimento de popa... Si somos embestidos, es posible que, gracias a sus mamparos, el *Sword* se mantenga entre dos aguas...

Tras estrechar la mano del teniente, cuya sangre fría no se desmentía ante aquel peligro, volví a la proa, junto a Thomas Roch... Cerré la puerta y esperé en una oscuridad completa.

Entonces tuve el sentimiento, o más bien la impresión, de las maniobras que hacía el *Sword* para escapar del remolcador, sus arrancadas, sus giros, sus inmersiones. Unas veces viraba bruscamente, para evitar un choque; otras veces subía a la superficie, o se sumergía hasta las máximas profundidades del lago. ¿Se imagina alguien esa lucha de los dos aparatos bajo aquellas aguas turbias, moviéndose como dos monstruos marinos de potencia desigual?

Transcurrieron algunos minutos... Me preguntaba si la persecución no se habría interrumpido, si el *Sword* no habría logrado por fin lanzarse a través del túnel...

Se produjo una colisión... No pareció que aquel choque hubiera sido muy violento... Pero no pude hacerme ilusiones, era en efecto el *Sword* el que acababa de ser embestido por la aleta de estribor... ¿Acaso, sin embargo, su casco de chapa había resistido?... E incluso, en caso contrario, ¿acaso el agua no habría invadido más que uno de los compartimentos?...

Casi enseguida, un segundo choque rechazó al *Sword*, con extrema violencia esta vez. Fue como levantado por el espolón del remolcador, contra el que se aserró, por así decirlo, al replegarse. Después sentí que se enderezaba, con la proa hacia arriba, y que se hundía a pico bajo la sobrecarga de agua de la que se había llenado el compartimento de popa...

Bruscamente, sin haber podido sujetarnos a las paredes, Thomas Roch y yo caímos rodando el uno sobre el otro... Por fin, tras un último golpe que provocó un ruido de chapas desgarradas, el *Sword* rozó el fondo y quedó inmóvil...

A partir de ese momento, ¿qué había ocurrido?... No lo sabía, pues había perdido el conocimiento.

Desde entonces, acabo de saber que habían transcurrido horas, largas horas. Todo lo que vuelve a mi memoria es que mi último pensamiento había sido:

—Si muero, al menos Thomas Roch y su secreto mueren conmigo... ¡y los piratas de Back-Cup no escaparán al castigo de sus crímenes!

CAPÍTULO XV. LA ESPERA

En cuanto recobro el sentido, observo que estoy tendido en el catre de mi celda, donde, según parece, llevo descansando treinta horas.

No estoy solo. El ingeniero Serkö está a mi lado. Ha hecho que me den todos los cuidados necesarios, me ha atendido él mismo, no como un amigo, pienso, sino como al hombre del que se esperan explicaciones indispensables, dispuestos a deshacerse de él si el interés común lo exige.

Todavía bastante débil, sería incapaz de dar un paso. Por poco no me asfixio en el fondo de aquel estrecho compartimento del *Sword*, mientras yacía bajo las aguas del lago. ¿Estoy en condiciones de responder a las preguntas que el ingeniero Serkö arde en deseos de hacerme sobre esta aventura?... Sí... pero me mantendré en la más extrema reserva.

Y, ante todo, me pregunto dónde están el teniente Davon y la tripulación del *Sword*. ¿Han perecido esos valientes ingleses en la colisión?... ¿Están sanos y salvos, como lo estamos nosotros, pues supongo que Thomas Roch ha sobrevivido igual que yo, tras el doble choque del remolcador y del *Sword*?...

La primera pregunta del ingeniero Serkö es esta:

—¿Puede explicarme qué ha ocurrido, señor Hart? En lugar de responder, se me ocurre la idea de preguntar yo.

—¿Y Thomas Roch?... —he preguntado.

—Con buena salud, señor Hart... ¿Qué ha ocurrido?... —repite en tono imperioso.

—Antes de nada, dígame —he dicho— qué ha sido de... los otros...

—¿Qué otros?... —replica el ingeniero Serkö, cuyos ojos empiezan a lanzarme miradas hostiles.

—Esos hombres que se abalanzaron sobre mí y sobre Thomas Roch, esos hombres que nos amordazaron... nos llevaron... nos encerraron... ¿dónde?... ¡ni siquiera lo sé!

Bien pensado, lo mejor es sostener que aquella noche me sorprendió una agresión repentina, durante la cual no tuve tiempo ni de orientarme ni de reconocer a los autores de dicha agresión.

—Esos hombres —responde el ingeniero Serkö—, ya sabrá usted cómo ha terminado el asunto para ellos... Antes, dígame cómo ocurrieron las cosas...

Y, por la entonación amenazadora que adquiere su voz al repetir esta pregunta formulada por tercera vez, comprendo de qué sospechas soy objeto. Y, sin embargo, para poder acusarme de tener relaciones con el exterior, sería necesario que el tonel que contenía mi nota hubiese caído en manos de Ker Karraje... Ahora bien, no es así, puesto que ese tonel fue recogido por las autoridades de las Bermudas... Semejante acusación contra mí no se apoyaría en nada serio.

Así pues, me he limitado a contar que, la víspera, hacia las ocho de la tarde, yo paseaba por la orilla, después de haber visto a Thomas Roch dirigirse hacia su laboratorio, cuando tres hombres me agarraron por detrás... Con una mordaza en la boca y los ojos vendados, me sentí arrastrado, y luego bajado a una especie de agujero junto con otra persona a la que creí reconocer, por sus gemidos, como mi antiguo pensionista... Tuve la idea de que estábamos a bordo de un aparato flotante... y, de la manera más natural, de que debía de ser a bordo del remolcador, que había regresado... Después me pareció que aquel aparato se hundía bajo las aguas... Entonces un choque me derribó en el fondo de aquel agujero, el aire pronto empezó a faltar... y, finalmente, perdí el conocimiento... No sabía nada más...

El ingeniero Serkö me escucha con profunda atención, la mirada dura, el ceño fruncido, y, sin embargo, nada le autoriza a pensar que no le he dicho la verdad.

—¿Sostiene usted que tres hombres se abalanzaron sobre usted?... —me pregunta.

—Sí... y creí que eran gente suya... No los había visto acercarse... ¿Quiénes son?

—¿Unos extranjeros a los que habrá reconocido usted por su idioma?...

—No hablaron.

—¿No sospecha de qué nacionalidad?...

—En absoluto.

—¿Ignora usted cuáles eran sus intenciones al penetrar en el interior de la caverna?...

—Lo ignoro.

—¿Y cuál es su idea al respecto?...

—¿Mi idea, señor Serkő?... Se lo repito, creí que dos o tres de sus piratas tenían el encargo de arrojarme al lago por orden del conde d'Artigas... que iban a hacer lo mismo con Thomas Roch... que, siendo dueños ya de todos sus secretos —tal como usted me aseguró—, no les quedaba más que desembarazarse de él igual que de mí...

—De veras, señor Hart, ¿esa idea ha podido nacer en su cerebro?... —responde el ingeniero Serkő, sin recobrar, no obstante, su tono de habitual burla.

—Sí... pero no persistió cuando, tras librarme de mi venda, pude ver que me habían bajado a uno de los compartimentos del remolcador.

—No era el remolcador, era un barco del mismo tipo que se había introducido por el túnel...

—¿Un barco submarino?... —exclamé.

—Sí... y tripulado por hombres encargados de raptarlo a usted junto con Thomas Roch...

—¿Raptarnos?... —dije, siguiendo con mi fingida sorpresa.

—Y —añadió el ingeniero Serkő— le pregunto qué piensa usted de este asunto...

—¿Qué pienso?... Pues no me parece que admita más que una única explicación plausible. Si el secreto de su refugio no ha sido traicionado —y no

sé cómo habría podido producirse una traición ni qué imprudencia habrían podido cometer usted y los suyos —, mi opinión es que ese barco submarino, en curso de pruebas por estos parajes, descubrió por casualidad la boca del túnel... que, tras adentrarse en él, subió a la superficie del lago... que su tripulación, muy sorprendida de encontrarse en el interior de una caverna habitada, se apoderó de los primeros habitantes que se encontró... Thomas Roch... yo... otros quizá... pues, en fin, lo ignoro...

El ingeniero Serkō ha vuelto a ponerse muy serio. ¿Siente la vacuidad de la hipótesis que intento sugerirle?... ¿Cree que sé más de lo que quiero decir?... Sea como fuere, parece aceptar mi respuesta, y añade:

—En efecto, señor Hart, las cosas debieron de suceder así, y cuando el barco extranjero quiso adentrarse por el túnel, en el momento en que el remolcador salía de él, se produjo una colisión... una colisión de la que él fue la víctima... Pero nosotros no somos gente que deje perecer a sus semejantes... Por lo demás, su desaparición y la de Thomas Roch se habían constatado casi de inmediato... Había que salvar a toda costa dos vidas tan preciosas... Nos pusimos manos a la obra... Tenemos hábiles buzos entre nuestros hombres. Descendieron a las profundidades del lago... pasaron amarras bajo el casco del *Sword*...

—¿El *Sword*?... —observé.

—Es el nombre que leímos en la proa de ese barco, cuando lo trajimos a la superficie... ¡Qué satisfacción, cuando lo encontramos a usted, sin conocimiento, cierto es, pero todavía respirando, y qué dicha haber podido devolverlo a la vida!... Por desgracia, en cuanto al oficial que mandaba el *Sword* y a su tripulación, nuestros cuidados fueron inútiles... El choque había reventado los compartimentos central y de popa que ocupaban, y pagaron con su vida esa mala suerte... debida al puro azar, como usted dice... de haber invadido nuestro misterioso refugio.

Al enterarme de la muerte del teniente Davon y de sus compañeros, el corazón se me ha encogido espantosamente. Pero, para seguir fiel a mi papel, como eran personas que yo no conocía... que se suponía que yo no conocía..., he tenido que contenerme... Lo esencial, en efecto, es no dar ningún motivo para sospechar una connivencia entre el oficial del *Sword* y yo... ¿Quién sabe, en definitiva, si el ingeniero Serkō atribuye esta llegada del

Sword al «puro azar», o si no tendrá sus razones para admitir, al menos provisionalmente, la explicación que yo he imaginado?...

En resumidas cuentas, esta inesperada ocasión de recobrar mi libertad está perdida... ¿Volverá a presentarse?... En cualquier caso, ya se sabe a qué atenerse respecto al pirata Ker Karraje, puesto que mi nota ha llegado a manos de las autoridades inglesas del archipiélago... Al no reaparecer el *Sword* en las Bermudas, no cabe duda de que se intentarán nuevos esfuerzos contra el islote de Back-Cup, donde, de no haber sido por esta desafortunada coincidencia, el regreso del remolcador justo en el momento de la salida del *Sword*—, ¡ya no sería yo prisionero a estas horas!

He retomado mi existencia habitual y, al no haber inspirado ninguna desconfianza, sigo siendo libre de ir y venir por el interior de la caverna.

Es un hecho constatado que esta última aventura no ha tenido ninguna consecuencia lamentable para Thomas Roch. Unos cuidados inteligentes lo han salvado, igual que me salvaron a mí. En plena posesión de sus facultades intelectuales, se ha vuelto a poner al trabajo y pasa jornadas enteras en su laboratorio.

En cuanto al *Ebba*, ha traído de su último viaje fardos, cajas, cantidad de objetos de procedencias diversas, y de ello deduzco que varios buques han sido saqueados durante esta última campaña de piratería.

Sin embargo, el trabajo prosigue con actividad en lo que concierne al montaje de los caballetes. El número de artefactos se eleva ya a una cincuentena. Si Ker Karraje y el ingeniero Serkö se vieran en la obligación de defender Back-Cup, tres o cuatro bastarían para garantizar el islote contra cualquier aproximación, dado que cubrirían una zona en la que ningún navío podría entrar sin ser aniquilado. Y, pensándolo bien, ¿no es probable que vayan a poner a Back-Cup en estado de defensa, tras haber razonado del siguiente modo?

—Si la aparición del *Sword* en las aguas del lago no fue más que el efecto del azar, nada cambia en nuestra situación, y ninguna potencia, ni siquiera Inglaterra, tendrá la idea de ir a buscar el *Sword* bajo el caparazón del islote. Si, por el contrario, a raíz de una revelación incomprensible, se ha sabido que Back-Cup se ha convertido en el refugio de Ker Karraje, si la expedición del *Sword* fue un primer intento contra el islote, hay que esperar

un segundo en condiciones diferentes, ya sea un ataque a distancia, ya sea un intento de desembarco. Por tanto, antes de que hayamos podido abandonar Back-Cup y llevarnos nuestras riquezas, hay que emplear el Fulgurador Roch para la defensa.

A mi entender, este razonamiento debió de llevarse incluso más lejos, y esos malhechores se habrán dicho:

—¿Hay conexión entre esta revelación, sea cual sea la forma en que se haya producido, y el doble rapto de Healthful-House?... ¿Se sabe que Thomas Roch y su guardián están encerrados en Back-Cup?... ¿Se sabe que ese rapto se llevó a cabo en beneficio del pirata Ker Karraje?... Norteamericanos, ingleses, franceses, alemanes, rusos, ¿tienen motivo para temer que todo ataque a viva fuerza contra el islote esté condenado al fracaso?...

Sin embargo, suponiendo que todo esto se supiera, por grandes que sean los peligros, Ker Karraje ha debido de comprender que no se retrocedería. Un interés de primer orden, un deber de salud pública y de humanidad, exigen el aniquilamiento de su guarida. Tras haber assolado antaño los mares del Pacífico occidental, el pirata y sus cómplices infestan ahora los parajes del Atlántico occidental... ¡Hay que destruirlos a cualquier precio!

En cualquier caso, y con solo tener en cuenta esta última hipótesis, se impone una vigilancia constante a quienes habitan la caverna de Back-Cup. Así pues, a partir de ese día, queda organizada en las condiciones más severas. Gracias al pasadizo, y sin necesidad de atravesar el túnel, los piratas no dejan de vigilar en el exterior. Escondidos entre las rocas bajas del litoral, observan de noche y de día los diversos puntos del horizonte, relevándose mañana y tarde por escuadras de doce hombres. Cualquier aparición de un navío en alta mar, cualquier aproximación de una embarcación cualquiera, serían advertidas de inmediato.

Nada nuevo durante los días siguientes, que se suceden con una desesperante monotonía. En realidad, se percibe que Back-Cup ya no goza de su seguridad de antaño. Reina allí una especie de vaga y desalentadora inquietud. A cada instante se teme oír ese grito: ¡Alerta! ¡Alerta! lanzado por los vigías del litoral. La situación ya no es la que era antes de la llegada del *Sword*. ¡Bravo teniente Davon, brava tripulación, que Inglaterra, que los Estados civilizados no olviden jamás que sacrificasteis vuestra vida por la causa de la humanidad!

Es evidente que ahora, por poderosos que sean sus medios de defensa, más eficaces incluso que una barrera de torpedos, Ker Karraje, el ingeniero Serkö y el capitán Spade son presa de una inquietud que intentan disimular en vano. Por eso mantienen frecuentes conciliábulos. Quizá debaten la cuestión de abandonar Back-Cup llevándose sus riquezas, pues, si este refugio es conocido, sabrán muy bien reducirlo, aunque solo sea por hambre.

Ignoro qué hay de cierto en esto, pero lo esencial es que no se me sospecha de haber lanzado a través del túnel ese tonel tan providencialmente recogido en las Bermudas. Jamás, lo constato, el ingeniero Serkö me ha hecho alusión alguna al respecto. ¡No! No soy ni sospechoso ni objeto de sospecha. Si fuera de otro modo, conozco bastante bien el carácter del conde d'Artigas para saber que ya me habría enviado a reunirme, en el abismo, con el teniente Davon y la tripulación del *Sword*.

Estos parajes son ahora visitados a diario por las grandes tempestades invernales. Espantosas ráfagas aúllan en la cima del islote.

Los remolinos de aire, que se propagan a través del bosque de pilares, producen sonoridades soberbias, como si esta caverna formara la caja de resonancia de un instrumento gigantesco. Y esos mugidos son tales, a ratos, que cubrirían las detonaciones de la artillería de una escuadra. Numerosas aves marinas, huyendo de la tormenta, penetran en el interior y, durante las raras bonanzas, nos ensordecen con sus chillidos agudos.

Cabe presumir que, con un tiempo tan malo, la goleta no podría aguantar el mar. Por lo demás, no hay ninguna necesidad de ello, puesto que el abastecimiento de Back-Cup está asegurado para toda la temporada. Imagino también que el conde d'Artigas estará de ahora en adelante menos deseoso de ir a pasear su *Ebba* a lo largo del litoral americano, donde correría el riesgo de ser recibido, ¡ya no con las consideraciones debidas a un rico yacista, sino con la acogida que merece el pirata Ker Karraje!

Sin embargo, pensándolo bien, si la aparición del *Sword* fue el inicio de una campaña contra el islote denunciado a la venganza pública, se plantea una cuestión, cuestión de suma gravedad para el futuro de Back-Cup.

Así pues, un día, con mucha prudencia, sin querer suscitar ninguna sospecha—, me aventuro a tantear al ingeniero Serkö sobre este asunto.

Estábamos en las inmediaciones del laboratorio de Thomas Roch. La conversación llevaba ya varios minutos cuando el ingeniero Serkö volvió a hablarme de aquella extraordinaria aparición de un barco submarino de nacionalidad inglesa en las aguas del lago. Esta vez me pareció inclinarse a creer que quizá había habido allí un intento contra la banda de Ker Karraje.

—No es mi opinión —respondí, con el fin de llegar a la pregunta que quería hacerle.

—¿Y por qué?... —me preguntó.

—Porque si su refugio fuera conocido, ya se habría intentado un nuevo esfuerzo, si no para penetrar en la caverna, al menos para destruir Back-Cup.

—¡Destruirlo!... —exclama el ingeniero Serkö—. ¡Destruirlo!... ¡Eso sería, cuando menos, muy peligroso con los medios de defensa de que ahora disponemos!...

—Eso se ignora, señor Serkö. Ni en el Antiguo ni en el Nuevo Continente se sabe que el rapto de Healthful-House se llevó a cabo en su beneficio... que ha conseguido usted negociar su invención con Thomas Roch...

El ingeniero Serkö no responde nada a esta observación, que, por lo demás, no admite réplica.

Continúo diciendo:

—Así que una escuadra, enviada por las potencias marítimas interesadas en el aniquilamiento de este islote, no dudaría en acercarse... en abrumarlo con sus proyectiles... Ahora bien, puesto que eso todavía no se ha hecho, es que no debe hacerse, es que no se sabe nada de lo que concierne a Ker Karraje... Y, convendrá usted conmigo, esa es la hipótesis más favorable para ustedes...

—Sea —responde el ingeniero Serkö—, pero lo que es... es. Se sepa o no se sepa, si unos navíos de guerra se acercan a cuatro o cinco millas del islote, ¡serán hundidos antes de haber podido hacer uso de sus piezas!

—Sea —dije a mi vez—, ¿y después?...

—¿Después?... Lo probable es que otros ya no se atreverán a arriesgarse...

— ¡Sea, sea siempre! Pero esos navíos los cercarán fuera de la zona peligrosa, y, por otra parte, ¡el *Ebba* ya no podrá dirigirse a los puertos que frecuentaba antaño con el conde d'Artigas!... Entonces, ¿cómo conseguirán ustedes asegurar el abastecimiento del islote?...

El ingeniero Serkö guarda silencio.

Esta pregunta, que ya debía de preocuparle, es indudable que no ha podido resolverla... Y bien pienso que los piratas están considerando abandonar Back-Cup...

Sin embargo, no queriendo dejarse arrinconar por mis observaciones:

— Siempre nos quedará el remolcador — dice —, y lo que el *Ebba* ya no pudiera hacer, él lo haría...

— ¡El remolcador!... — exclamé —. Si se conocen los secretos de Ker Karraye, ¿sería admisible que no se conociera también la existencia del barco submarino del conde d'Artigas?...

El ingeniero Serkö me lanza una mirada suspicaz. — Señor Simon Hart — dice —, me parece que lleva usted un poco lejos sus deducciones...

— ¿Yo, señor Serkö?...

— Sí... y encuentro que habla usted de todo esto como un hombre que supiera más de lo conveniente.

Este comentario me corta en seco. Es evidente que mi argumentación corre el riesgo de dar a entender que pude tener alguna parte en estos últimos acontecimientos. Los ojos del ingeniero Serkö están implacablemente clavados en mí, me perforan el cráneo, me hurgan el cerebro...

No obstante, no pierdo un ápice de mi sangre fría, y, en tono tranquilo, respondo:

— Señor Serkö, por oficio tanto como por gusto, estoy habituado a razonar sobre todas las cosas. Por eso le he comunicado el resultado de mi razonamiento, del que usted podrá o no tener en cuenta, según le convenga.

Tras esto, nos separamos. Pero, por no haber guardado una reserva suficiente, quizá he suscitado sospechas contra las que no me será fácil reaccionar...

De esta conversación, en definitiva, conservo este dato precioso: que la zona que el Fulgurador Roch prohíbe a los buques está fijada entre cuatro y cinco millas... ¿Quizá en la próxima marea de equinoccio... una nota en un segundo tonel?... ¡Es cierto que quedan largos meses de espera antes de que la boca del túnel quede al descubierto con la marea baja!... Y además, ¿llegaría esta nueva nota a buen puerto como la primera?...

El mal tiempo continúa, y las ráfagas son más espantosas que nunca, lo cual es habitual en la temporada invernal de las Bermudas. ¿Es entonces el estado del mar lo que retrasa otra campaña contra Back-Cup?... El teniente Davon me había asegurado, sin embargo, que si su expedición fracasaba, si no se veía regresar al *Sword* a Saint-Georges, se retomaría el intento en condiciones diferentes, para acabar con esta guarida de bandidos... Es preciso que la obra de justicia se cumpla tarde o temprano y traiga consigo la destrucción completa de Back-Cup... ¡aunque yo no sobreviva a esa destrucción!...

¡Ah, cuánto no daría por ir a respirar, aunque solo fuera un instante, el aire vivificante del exterior!... ¡Cuánto no daría por que se me permitiera echar una mirada al lejano horizonte de las Bermudas!... Toda mi vida se concentra en ese deseo, atravesar el pasadizo, alcanzar el litoral, esconderme entre las rocas... ¿Y quién sabe si no sería yo el primero en divisar los humos de una escuadra que pusiera rumbo hacia el islote?...

Por desgracia, este proyecto es irrealizable, puesto que hay hombres de guardia apostados, de día y de noche, en los dos extremos del pasadizo. Nadie puede penetrar en él sin la autorización del ingeniero Serkö. De intentarlo, me vería amenazado con perder la libertad de circular por el interior de la caverna, y hasta algo peor...

En efecto, desde nuestra última conversación, me parece que el ingeniero Serkö ha cambiado de actitud hacia mí. Su mirada, hasta entonces burlona, se ha vuelto desconfiada, suspicaz, inquisidora, ¡tan dura como la de Ker Karraje!

17 de noviembre. Hoy, por la tarde, se ha producido una viva agitación en Bee-Hive. Todos se precipitan fuera de las celdas... Estallan gritos por todas partes.

Me arrojé fuera de mi catre, salgo a toda prisa. Los piratas corren hacia el pasadizo, a cuya entrada se encuentran Ker Karraje, el ingeniero Serkö, el capitán Spade, el contramaestre Effrondat, el mecánico Gibson, el malayo al servicio del conde d'Artigas. No tardo en saber qué provoca este tumulto, pues los vigías acaban de volver dando el grito de alarma. Se han avistado varios navíos hacia el noroeste, buques de guerra, que avanzan a toda máquina en dirección a Back-Cup.

CAPÍTULO XVI. UNAS HORAS MÁS

¡Qué efecto produce en mí esta noticia, y de qué indecible emoción se ve embargada toda mi alma!... El desenlace de esta situación se acerca, lo siento... ¡Ojalá sea tal como lo reclaman la civilización y la humanidad!

Hasta ahora he redactado mis notas día por día. De ahora en adelante, importa que las mantenga al día hora por hora, minuto por minuto. ¿Quién sabe si no va a revelárseme el último secreto de Thomas Roch, si no tendré tiempo de consignarlo aquí?... Si perezco durante el ataque, quiera Dios que se encuentre sobre mi cadáver el relato de los cinco meses que he pasado en la caverna de Back-Cup.

Ante todo, Ker Karraje, el ingeniero Serkö, el capitán Spade y varios de sus otros compañeros han ido a ocupar su puesto en la base exterior del islote. Cuánto no daría por que me fuera posible seguirlos, acurrucarme entre las rocas, observar los navíos avistados en alta mar...

Una hora más tarde, todos regresan a Bee-Hive, tras haber dejado a una veintena de hombres de vigilancia. Como, en esta época, los días son ya de muy corta duración, no hay nada que temer antes del día siguiente. Puesto que no se trata de un desembarco, y dado el estado de defensa en que los asaltantes deben de suponer a Back-Cup, es inadmisibile que puedan pensar en un ataque nocturno.

Hasta el anoecer se ha trabajado en disponer los caballetes en diversos puntos del litoral. Hay seis, que han sido transportados por el pasadizo hasta los lugares elegidos de antemano.

Hecho esto, el ingeniero Serkö se reúne con Thomas Roch en su laboratorio. ¿Quiere acaso instruirlo de lo que ocurre... hacerle saber que hay una

escuadra a la vista de Back-Cup... decirle que su Fulgurador va a servir para la defensa del islote?...

Lo que es cierto es que una cincuentena de artefactos, cargados cada uno con varios kilogramos del explosivo y de la materia fulminante que les asegura una trayectoria superior a la de cualquier otro proyectil, están listos para llevar a cabo su obra de destrucción.

En cuanto al líquido del deflagrador, Thomas Roch ha fabricado ya cierto número de tubos, y, lo sé demasiado bien, ¡no negará su concurso a los piratas de Ker Karraje! Mientras duraban estos preparativos, ha llegado la noche. Una semioscuridad reina en el interior de la caverna, pues solo se han encendido las lámparas de Bee-Hive. Vuelvo a mi celda, pues me conviene mostrarme lo menos posible. ¿No se reavivarán las sospechas que he podido suscitar en el ingeniero Serkö, ahora que la escuadra se acerca a Back-Cup?... Pero ¿mantendrán los navíos avistados esta dirección?... ¿No van a pasar frente a las Bermudas y a desaparecer en el horizonte?... Por un instante, esta duda se ha presentado en mi mente... ¡No... no!... Y, por lo demás, según las marcaciones del capitán Spade, acabo de oírsele decir a él mismo—, es seguro que los buques han permanecido a la vista del islote.

¿A qué nación pertenecen?... ¿Han asumido los ingleses solos, deseosos de vengar la destrucción del *Sword*, la carga de esta expedición?... ¿No se les habrán unido cruceros de otras naciones?... No sé nada... ¡me es imposible saber nada!... ¡Y bien! ¿Qué importa?... Lo que hace falta es que este antro sea destruido, aunque yo tenga que ser aplastado bajo sus ruinas, aunque tenga que perecer como el heroico teniente Davon y su valiente tripulación.

Los preparativos de defensa continúan con sangre fría y método, bajo la vigilancia del ingeniero Serkö. Es evidente que estos piratas se creen seguros de aniquilar a los asaltantes en cuanto se adentren en la zona peligrosa. Su confianza en el Fulgurador Roch es absoluta. Entregados por completo a esta feroz idea de que esos navíos nada pueden contra ellos, ¡no piensan ni en las dificultades ni en las amenazas del futuro!...

Según supongo, los caballetes deben de haberse instalado en la parte noroeste del litoral, con las canaletas orientadas para enviar los artefactos en direcciones norte, oeste y sur. En cuanto al este del islote, ya se sabe, está defendido por los arrecifes que se prolongan hacia las primeras Bermudas.

Hacia las nueve, me aventuro a salir de mi celda. Nadie se fijará en mí y quizá pase inadvertido en medio de la oscuridad. ¡Ah, si lograra introducirme en el pasadizo, alcanzar el litoral, esconderme detrás de alguna roca!... ¡Estar allí al romper el día!... ¿Y por qué no habría de conseguirlo, ahora que Ker Karraje, el ingeniero Serkö, el capitán Spade y los piratas han ocupado su puesto en el exterior?...

En este momento, las orillas del lago están desiertas, pero la entrada del pasadizo está custodiada por el malayo del conde d'Artigas. Salgo, sin embargo, y, sin una idea definida, me encamino hacia el laboratorio de Thomas Roch. ¡Mis pensamientos están concentrados en mi compatriota!... Pensándolo bien, me inclino a creer que ignora la presencia de una escuadra en las aguas de Back-Cup. No será sin duda hasta el último instante cuando el ingeniero Serkö lo ponga bruscamente frente a la venganza que debe cumplir...

Entonces se me ocurre de pronto la idea de ser yo quien ponga a Thomas Roch frente a la responsabilidad de sus actos, de revelarle, en esta hora suprema, quiénes son esos hombres que quieren hacerlo cómplice de sus criminales proyectos...

Sí... lo intentaré, y, en el fondo de esa alma sublevada contra la injusticia humana, ¡ojalá pueda hacer vibrar un resto de patriotismo!

Thomas Roch está encerrado en su laboratorio. Debe de estar solo allí, pues nunca se ha admitido a nadie mientras preparaba las sustancias del deflagrador...

Me dirijo hacia allí y, al pasar cerca de la orilla del lago, compruebo que el remolcador sigue fondeado a lo largo del pequeño muelle.

Llegado a este lugar, creo prudente deslizarme entre las primeras filas de pilares, de manera que pueda alcanzar el laboratorio por el costado, lo que me permitirá ver si hay alguien con Thomas Roch.

En cuanto me interno bajo esas oscuras arcadas, una viva luz aparece ante mí, que apunta desde la otra orilla del lago.

Esa luz escapa de la bombilla del laboratorio, y proyecta sus rayos a través de una estrecha ventana de la fachada.

Salvo en ese lugar, la orilla meridional está oscura, mientras que, en el lado opuesto, Bee-Hive está en parte iluminada hasta la pared norte. En la abertura superior de la bóveda, sobre el oscuro lago, brillan algunas estrellas centelleantes. El cielo está despejado, la tempestad se ha calmado, el torbellino de las borrascas ya no penetra en el interior de Back-Cup.

Llegado cerca del laboratorio, me arrastro a lo largo de la pared y, tras alzarme hasta el cristal, distingo a Thomas Roch...

Está solo. Su cabeza, vivamente iluminada, se presenta de tres cuartos. Aunque sus rasgos estén demacrados, aunque la arruga de su frente sea más marcada, al menos su fisonomía denota una tranquilidad perfecta, una plena posesión de sí mismo. ¡No! Ya no es el pensionista del pabellón 17, el loco de Healthful-House, y me pregunto ¿si no estará radicalmente curado, si ya no hay que temer que su razón zozobre en una última crisis?...

Thomas Roch acaba de posar sobre un banco de trabajo dos tubos de vidrio, y sostiene un tercero en la mano. Al exponerlo a la luz de la bombilla, observa la limpidez del líquido que ese tubo contiene. Por un instante siento el deseo de precipitarme en el laboratorio, de coger esos tubos, de romperlos... Pero ¿no tendría Thomas Roch tiempo de fabricar otros?... Mejor es atenerme a mi primer plan.

Empujo la puerta, entro, y digo:

—¿Thomas Roch?...

No me ha visto, no me ha oído.

—¿Thomas Roch?... —repetí.

Levanta la cabeza, se vuelve, me mira...

—¡Ah, es usted, Simon Hart! —responde en tono tranquilo, indiferente incluso.

Conoce mi nombre. El ingeniero Serkö ha querido hacerle saber que no era el guardián Gaydon, sino Simon Hart, quien lo vigilaba en Healthful-House.

—¿Usted lo sabe?... —digo.

—Igual que sé con qué finalidad ejerció usted esas funciones a mi lado... ¡Sí! Usted tenía la esperanza de sorprender un secreto que no habían queri-

do comprarme a su precio.

Thomas Roch no ignora nada, y quizá sea preferible que así sea, en atención a lo que quiero decirle.

— ¡Pues bien! No lo ha conseguido, Simon Hart, y, en lo que respecta a esto —añade, mientras agita el tubo de vidrio—, nadie lo ha conseguido todavía... ¡ni lo conseguirá!

Thomas Roch, tal como sospechaba, no ha revelado, pues, la composición de su deflagrador... Tras mirarlo bien de frente, respondo: —Usted sabe quién soy yo, Thomas Roch... pero ¿sabe usted en casa de quién está aquí?...

— ¡En mi casa! —exclama él.

¡Sí! Es lo que Ker Karraje le ha dejado creer... En Back-Cup, el inventor se cree en su propia casa... Las riquezas acumuladas en esta caverna le pertenecen... Si vienen a atacar Back-Cup, es para robarle sus bienes... y él los defenderá... ¡y tiene derecho a defenderlos!

— Thomas Roch —retomé—, escúcheme...

— ¿Qué tiene usted que decirme, Simon Hart?...

— Esta caverna a la que ambos hemos sido arrastrados está ocupada por una banda de piratas... Thomas Roch no me deja terminar, ni siquiera sé si me ha comprendido—, y exclama con vehemencia:

— Le repito que los tesoros amontonados aquí son el precio de mi invención... Me pertenecen... Me han pagado por el Fulgurador Roch lo que pedía por él... lo que me había sido negado en todas partes... incluso en mi propio país... que es el suyo... ¡y no me dejaré despojar!

¿Qué responder a estas afirmaciones insensatas?... Sin embargo, prosigo diciendo: — Thomas Roch, ¿ha conservado usted el recuerdo de Healthful-House?

— Healthful-House... donde me habían secuestrado, después de haber encargado al guardián Gaydon la misión de espiar mis menores palabras... de robarme mi secreto...

— Ese secreto, Thomas Roch, nunca pensé en arrebatárselo el provecho... No habría aceptado semejante misión... Pero usted estaba enfermo... su ra-

zón estaba afectada... y no convenía que se perdiera semejante invención... Sí... si usted me la hubiera confiado en una de sus crisis, habría conservado todo el provecho y todo el honor de ella.

— ¡De veras, Simon Hart! — responde desdeñosamente Thomas Roch — . Honor y provecho... ¡me lo dice usted un poco tarde!... Olvida usted que me hicieron encerrar en una celda... con el pretexto de locura... ¡sí, pretexto!, pues mi razón nunca me abandonó, ni siquiera una hora, y buena prueba de ello es todo lo que he hecho desde que soy libre...

— ¡Libre!... ¡Se cree usted libre, Thomas Roch!... ¡Entre las paredes de esta caverna está usted encerrado más estrechamente de lo que lo estaba entre los muros de Healthful-House!

— El hombre que está en su casa — replica Thomas Roch, con una voz que la cólera empieza a alzar — sale como le place y cuando le place... ¡No tengo más que decir una palabra para que todas las puertas se abran ante mí!... ¡Esta morada es mía!... ¡El conde d'Artigas me ha dado su propiedad con todo lo que contiene!... ¡Ay de aquellos que vinieran a atacarla!... ¡Aquí tengo con qué aniquilarlos, Simon Hart!

Y, hablando así, el inventor agita febrilmente el tubo de vidrio que sostiene en la mano.

Exclamo entonces:

— ¡El conde d'Artigas lo ha engañado a usted, Thomas Roch, como ha engañado a tantos otros!... ¡Bajo ese nombre se oculta uno de los malhechores más temibles que hayan assolado los mares del Pacífico y del Atlántico!... Es un bandido cargado de crímenes... es el odioso Ker Karraje...

— ¡Ker Karraje! — repite Thomas Roch.

Y me pregunto si ese nombre no le causa cierta impresión, si su memoria no le recuerda lo que fue quien lo lleva... En todo caso, compruebo que esa impresión se borra casi enseguida.

— No conozco a ese Ker Karraje — dice Thomas Roch, tendiendo el brazo hacia la puerta para conminarme a salir — . Solo conozco al conde d'Artigas...

— Thomas Roch — retomé, haciendo un último esfuerzo — , ¡el conde d'Artigas y Ker Karraje no son más que un solo y mismo hombre!... Si ese

hombre le ha comprado su secreto, ha sido con el fin de asegurarse la impunidad de sus crímenes, la facilidad de cometer otros nuevos. Sí... el jefe de esos piratas...

—¡Los piratas! —exclama Thomas Roch, cuya irritación crece a medida que se siente más acosado—. Los piratas son esos que osarían amenazarme hasta en este refugio, que lo intentaron con el *Sword*, pues Serkö me lo ha contado todo... que quisieron robarme en mi propia casa lo que me pertenece... lo que no es sino el justo precio de mi descubrimiento...

—No, Thomas Roch, los piratas son quienes lo han encerrado a usted en esta caverna de Back-Cup, quienes van a emplear su genio para defenderse, y quienes se desharán de usted en cuanto tengan la posesión completa de sus secretos...

Thomas Roch me interrumpe ante estas palabras... Ya no parece oír nada de lo que le digo... Es su propio pensamiento el que sigue, y no el mío, ese obsesivo pensamiento de venganza, hábilmente explotado por el ingeniero Serkö, en el que se ha concentrado todo su odio.

—Los bandidos —retoma él— son esos hombres que me rechazaron sin querer escucharme... que me abrumaron de injusticias... que me aplastaron bajo desdenes y desaires... ¡que me expulsaron de país en país, cuando yo les traía la superioridad, la invencibilidad, la omnipotencia!...

¡Sí! La eterna historia del inventor al que no se quiere escuchar, al que unos indiferentes o unos envidiosos niegan los medios para experimentar sus inventos, para comprarlos al precio que él los estima... La conozco... y tampoco ignoro nada de todo lo que se ha escrito de exagerado sobre este asunto...

A decir verdad, no es este el momento de discutir con Thomas Roch... Lo que comprendo es que mis argumentos ya no hacen mella en esta alma trastornada, en este corazón en el que las decepciones han atizado tanto odio, en este desdichado que es el juguete de Ker Karraje y de sus cómplices... Al revelarle el verdadero nombre del conde d'Artigas, al denunciarle esa banda y a su jefe, esperaba arrancarlo de su influencia, mostrarle el fin criminal hacia el que lo empujaban... ¡Me he equivocado!... ¡No me cree!... Y además, Artigas o Ker Karraje, ¡qué importa!... ¿No es él, Thomas Roch, el

dueño de Back-Cup?... ¿No es el poseedor de esas riquezas que veinte años de asesinatos y rapiñas han amontonado allí?...

Desarmado ante semejante degeneración moral, sin saber ya en qué punto tocar esta naturaleza ulcerada, esta alma inconsciente de la responsabilidad de sus actos, retrocedo poco a poco hacia la puerta del laboratorio... Ya no me queda más que retirarme... Lo que debe cumplirse se cumplirá, puesto que no habrá estado en mi mano impedir el espantoso desenlace del que apenas nos separan unas horas.

Por lo demás, Thomas Roch ni siquiera me ve... Me parece haber olvidado que estoy aquí, igual que ha olvidado todo lo que se acaba de decir entre nosotros. Se ha vuelto a sus manipulaciones, sin reparar en que no está solo...

No hay más que un medio para evitar la catástrofe inminente... Precipitarme sobre Thomas Roch... ponerlo fuera de condiciones de hacer daño... golpearlo... matarlo... ¡Sí! ¡Matarlo!... Es mi derecho... es mi deber...

No tengo armas, pero sobre ese banco de trabajo veo herramientas... un cincel, un martillo... ¿Qué me retiene de destrozarle la cabeza al inventor?... Muerto él, rompo sus tubos, ¡y su invención muere con él!... Los navíos podrán acercarse... desembarcar a sus hombres en Back-Cup... demoler el islote a cañonazos... Ker Karraje y sus cómplices serán destruidos hasta el último... Ante un asesinato que traerá el castigo de tantos crímenes, ¿puedo vacilar?...

Me dirijo hacia el banco de trabajo... Un cincel de acero está ahí... Mi mano va a cogerlo...

Thomas Roch se vuelve.

Ya es tarde para golpearlo... Se seguiría una lucha... La lucha es ruido... Los gritos se oirían... Todavía quedan algunos piratas por este lado... Incluso oigo pasos que hacen crujir la arena de la orilla... Solo tengo tiempo de huir, si no quiero que me sorprendan...

Sin embargo, una última vez, intento despertar en el inventor los sentimientos de patriotismo, y le digo:

—Thomas Roch, hay navíos a la vista... ¡Vienen a destruir esta guarida!... ¿Acaso alguno de ellos enarbola el pabellón de Francia?...

Thomas Roch me mira... No sabía que Back-Cup iba a ser atacado, y acabo de decírselo... Las arrugas de su frente se ahondan... Su mirada se enciende...

—Thomas Roch... ¿osará usted disparar contra el pabellón de su país... el pabellón tricolor?...

Thomas Roch levanta la cabeza, la sacude nerviosamente, y luego hace un gesto de desdén.

—¡Cómo!... ¿Su patria?...

—¡Ya no tengo patria, Simon Hart! —exclama—. ¡El inventor rechazado ya no tiene patria!... ¡Allí donde ha encontrado asilo, allí está su país!... Quieren apoderarse de lo que es mío... voy a defenderme... y ¡ay!... ¡ay de aquellos que osen atacarme!...

Después, precipitándose hacia la puerta del laboratorio, abriéndola con violencia:

—¡Salga... salga!... —repite con una voz tan potente que debe de oírse desde la orilla de Bee-Hive.

No tengo un segundo que perder y huyo.

CAPÍTULO XVII. UNO CONTRA CINCO

Durante una hora he errado bajo las oscuras arcadas de Back-Cup, entre los árboles de piedra, hasta el extremo límite de la caverna. Es por ese lado por donde tantas veces he buscado una salida, una falla, una grieta en la pared, a través de la cual pudiera deslizarme hasta el litoral del islote.

Mis búsquedas han sido inútiles. Ahora, en el estado en que me encuentro, presa de indefinibles alucinaciones, me parece que estas paredes se espesan aún más... que los muros de mi prisión se estrechan poco a poco... que van a aplastarme...

¿Cuánto tiempo ha durado este trastorno intelectual?... No sabría decirlo.

Me he encontrado entonces del lado de Bee-Hive, frente a esa celda en la que no puedo esperar ni reposo ni sueño... ¡Dormir, cuando se es presa de tal sobreexcitación cerebral!... ¡Dormir, cuando toco ya el desenlace de una situación que amenazaba con prolongarse durante largos años!...

Pero ese desenlace, ¿cuál será en lo que a mí respecta?... ¿Qué debo esperar del ataque preparado contra Back-Cup, cuyo éxito no he conseguido asegurar poniendo a Thomas Roch fuera de condiciones de hacer daño?... Sus artefactos están listos para lanzarse en cuanto los buques hayan penetrado en la zona peligrosa, y, aun sin ser alcanzados, serán aniquilados...

Sea como sea, estas últimas horas de la noche estoy condenado a pasarlas en el fondo de mi celda. Ha llegado el momento de volver a ella. Amanecido el día, veré qué conviene hacer. Y ¿sé yo acaso si, esta misma noche, no van a sacudir las rocas de Back-Cup unas detonaciones, las del Fulgurador Roch, que fulminará a los navíos antes de que hayan podido apostarse frente al islote?...

En este instante, lanzo una última mirada a los alrededores de Bee-Hive. En el lado opuesto brilla una luz... una sola... la del laboratorio, cuyo reflejo tiembla entre las aguas del lago.

Las orillas están desiertas, nadie en el embarcadero... Se me ocurre que Bee-Hive debe de estar vacío a esta hora, y que los piratas han ido a ocupar su puesto de combate...

Entonces, impulsado por un instinto irresistible, en lugar de volver a mi celda, heme aquí deslizándome a lo largo de la pared, escuchando, acechando, dispuesto a acurrucarme en algún recoveco si se oyen pasos o voces...

Llego así ante la boca del pasadizo...

¡Dios todopoderoso!... No hay nadie de guardia en este lugar... ¡El paso está libre!...

Sin tomarme tiempo para razonar, me lanzo a través del oscuro conducto... Voy costearlo sus paredes a tientas... Pronto, un aire más fresco me baña el rostro: el aire salino, el aire del mar, ese aire que no he respirado en cinco largos meses... ese aire vivificante que aspiro a pleno pulmón...

El otro extremo del pasadizo se recorta contra un cielo salpicado de estrellas. Ninguna sombra lo obstruye... y quizá voy a poder salir de Back-Cup...

Tras tenderme boca abajo, avanzo reptando lentamente, sin ruido.

Llegado cerca de la boca, por la que asomo la cabeza, miro...

Nadie... ¡nadie!

Rozando la base del islote hacia el este, por el lado que los arrecifes hacen inabordable y que no debe de estar vigilado, alcanzo una estrecha excavación, a unos doscientos metros del lugar donde la punta del litoral avanza hacia el noroeste.

Por fin... estoy fuera de esta caverna; no libre, pero es un principio de libertad.

En la punta se recorta la silueta de algunos vigías inmóviles que se podrían confundir con las rocas.

El firmamento está despejado, y las constelaciones brillan con ese fulgor intenso que les dan las frías noches de invierno.

En el horizonte, hacia el noroeste, como una línea luminosa, se muestran las luces de posición de los navíos.

Por diversos esbozos de claridad en dirección de levante, calculo que deben de ser alrededor de las cinco de la mañana.

18 de noviembre. Ya la claridad es suficiente, y voy a poder completar mis notas relatando los detalles de mi visita al laboratorio de Thomas Roch, las últimas líneas que trazará mi mano, quizá...

Empiezo a escribir, y, a medida que se produzcan incidentes durante el ataque, irán encontrando su lugar en mi cuaderno.

La ligera y húmeda bruma que empaña el mar no tarda en disiparse al soplo de la brisa. Distingo por fin los navíos avistados...

Estos navíos, cinco en número, están alineados, a una distancia de al menos seis millas, por consiguiente fuera del alcance de los artefactos Roch.

Uno de los temores que tenía queda, pues, disipado: el temor de que esos buques, tras haber pasado a la vista de las Bermudas, hubieran continuado su ruta hacia los parajes de las Antillas y de México... ¡No! Están ahí, estacionados... esperando la plena luz del día para atacar Back-Cup...

En este instante, se produce cierto movimiento en el litoral. Tres o cuatro piratas surgen de entre las últimas rocas. Los vigías de la punta retroceden. Toda la banda está allí, al completo.

No ha buscado refugio en el interior de la caverna, sabiendo bien que los buques no pueden acercarse lo suficiente para que los proyectiles de sus piezas de grueso calibre alcancen el islote.

En el fondo de este recoveco, donde estoy hundido hasta la cabeza, no corro riesgo de ser descubierto, y no es de suponer que vengan por este lado. Podría producirse, sin embargo, una circunstancia enojosa: que el ingeniero Serkö o cualquier otro quisiera asegurarse de que estoy en mi celda y, si fuera necesario, encerrarme en ella... Aunque, bien mirado, ¿qué pueden temer de mí?...

A las siete y veinticinco, Ker Karraje, el ingeniero Serkö y el capitán Spade se dirigen al extremo de la punta, desde donde observan el horizonte del noroeste. Detrás de ellos están instalados los seis caballetes, cuyas canaletas sostienen los artefactos autopropulsados. Tras haber sido inflamados

por el deflagrador, será desde allí desde donde partirán describiendo una larga trayectoria hasta la zona en la que su explosión trastornará la atmósfera circundante.

Las siete y treinta y cinco: algunos humos se despliegan sobre los navíos, que van a zarpar y a ponerse al alcance de los artefactos de Back-Cup.

Espantosos gritos de alegría, una salva de hurras —debería decir de aullidos de fieras—, son lanzados por esta horda de bandidos.

En ese momento, el ingeniero Serkö se aparta de Ker Karraje, al que deja con el capitán Spade; se dirige hacia la abertura del pasadizo y penetra en la caverna, donde sin duda va a buscar a Thomas Roch.

Cuando Ker Karraje le dé la orden de lanzar sus artefactos contra los navíos, ¿se acordará Thomas Roch de lo que acabo de decirle?... ¿No se le aparecerá su crimen en todo su horror?... ¿Se negará a obedecer?... No... ¡tengo de ello una certeza demasiado firme!... ¿Y por qué habría de conservar una ilusión a este respecto?... ¿No está el inventor aquí en su propia casa?... Él lo ha repetido... él lo cree... Vienen a atacarlo... ¡él se defiende!

Entre tanto, los cinco buques avanzan a poca velocidad, con rumbo hacia la punta del islote. Quizá, a bordo, se tiene la idea de que Thomas Roch aún no ha entregado su último secreto a los piratas de Back-Cup —y en efecto no lo había entregado el día en que arrojé el tonelillo a las aguas del lago—. Ahora bien, si los comandantes tienen la intención de efectuar un desembarco en el islote, si sus navíos se arriesgan en esa zona de una milla de ancho, ¡pronto no quedarán de ellos más que informes restos en la superficie del mar!...

He aquí a Thomas Roch, acompañado del ingeniero Serkö. Al salir del pasadizo, ambos se dirigen hacia el caballete que está apuntado en dirección al navío de cabeza.

Ker Karraje y el capitán Spade los esperan a ambos en ese lugar.

Por lo que puedo juzgar, Thomas Roch está tranquilo. Sabe lo que va a hacer. ¡Ninguna vacilación turbará el alma de este desdichado, extraviado por sus odios!

Entre sus dedos brilla uno de los frascos de vidrio en que está encerrado el líquido del deflagrador.

Sus miradas se dirigen entonces hacia el navío menos alejado, que se encuentra a una distancia de unas cinco millas.

Es un crucero de dimensiones medias: dos mil quinientas toneladas como máximo.

El pabellón no está izado; pero, por su construcción, mucho me parece que este navío pertenece a una nacionalidad que no puede resultar muy grata a un francés.

Los otros cuatro buques se quedan atrás.

Es este crucero el que tiene la misión de iniciar el ataque contra el islote.

¡Que dispare, pues, su artillería, ya que los piratas lo dejan acercarse, y, en cuanto esté a tiro, ojalá el primero de sus proyectiles alcance a Thomas Roch!...

Mientras el ingeniero Serkö sigue con precisión la marcha del crucero, Thomas Roch viene a colocarse delante del caballete. Este caballete lleva tres artefactos, cargados del explosivo, a los que la materia propulsora debe asegurar una larga trayectoria, sin que haya sido necesario imprimirles un movimiento de rotación, que es lo que el inventor Turpin había imaginado para sus proyectiles giroscópicos. Basta, por lo demás, con que estallen a unos pocos cientos de metros del buque para que este quede aniquilado de golpe.

Ha llegado el momento.

—¡Thomas Roch! —exclama el ingeniero Serkö.

Le muestra con el dedo el crucero. Este va avanzando lentamente hacia la punta noroeste y ya no está sino a una distancia de entre cuatro y cinco millas...

Thomas Roch hace una señal afirmativa, indicando con un gesto que quiere estar solo delante del caballete.

Ker Karraje, el capitán Spade y los demás retroceden una cincuentena de pasos.

Entonces, Thomas Roch destapa el frasco de vidrio que sostiene con la mano derecha, y vierte sucesivamente sobre los tres artefactos, por una

abertura practicada en su varilla, unas gotas del líquido, que se mezcla con la materia propulsora...

Transcurren cuarenta y cinco segundos —el tiempo necesario para que se produzca la combinación—, cuarenta y cinco segundos durante los cuales me parece que mi corazón ha dejado de latir...

Un espantoso silbido desgarrar el aire, y los tres artefactos, describiendo una curva muy alargada a cien metros de altura, sobrepasan el crucero...

¿Lo han fallado, pues?... ¿Ha desaparecido el peligro?...

¡No! Estos artefactos, a la manera del proyectil discoidal del comandante de artillería Chapel, regresan sobre sí mismos como un bumerán australiano...

Casi de inmediato, el espacio se ve sacudido con una violencia comparable a la de un polvorín de melinita o de dinamita que hiciera explosión. Las capas bajas de la atmósfera son rechazadas hasta el islote de Back-Cup, que tiembla sobre su base...

Miro...

El crucero ha desaparecido, desmembrado, destripado, hundido hasta el fondo. Es el efecto del proyectil Zalinski, pero centuplicado por la infinita potencia del Fulgurador Roch.

¡Qué vociferaciones lanzan estos bandidos, precipitándose hacia el extremo de la punta! Ker Karraje, el ingeniero Serkö, el capitán Spade, inmóviles, apenas pueden creer lo que han visto sus propios ojos.

En cuanto a Thomas Roch, está allí, con los brazos cruzados, la mirada centelleante, el rostro radiante.

¡Comprendo, aborreciéndolo, ese triunfo del inventor, cuyo odio se ve redoblado por una venganza satisfecha!...

Y si los demás navíos se acercan, correrán la misma suerte que el crucero. Serán inevitablemente destruidos, en las mismas circunstancias, sin poder escapar a su destino... ¡Pues bien! Aunque mi última esperanza deba desaparecer con ellos, ¡que emprendan la huida, que regresen a alta mar, que abandonen un ataque inútil!... ¡Las naciones se pondrán de acuerdo para proceder de otro modo al aniquilamiento del islote!... Se rodeará a

Back-Cup de un cinturón de buques que los piratas no podrán franquear, ¡y morirán de hambre en su guarida como fieras en su antro!...

Pero —lo sé— no es a unos navíos de guerra a los que hay que pedir que retrocedan, aunque corran hacia una pérdida cierta. No dudarán en internarse uno tras otro, ¡aunque tuvieran que ser engullidos en las profundidades del Océano!

Y, en efecto, he aquí que se intercambian múltiples señales de bordo a bordo. Casi de inmediato, el horizonte se ennegrece con un humo más espeso, abatido por el viento del noroeste, y los cuatro navíos se han puesto en marcha.

Uno de ellos se adelanta a los demás, a toda máquina forzada, con prisa por ponerse a tiro para abrir fuego con sus piezas de grueso calibre...

Yo, a todo riesgo, salgo de mi agujero... Miro, con los ojos afiebrados... Espero, sin poder impedirlo, una segunda catástrofe...

Este navío, que crece a ojos vistas, es un crucero de un tonelaje aproximadamente igual al del buque que lo había precedido. Ningún pabellón ondea en su pico, y no puedo reconocer a qué nación pertenece. Es evidente que fuerza sus máquinas, a fin de franquear la zona peligrosa antes de que se lancen nuevos artefactos. Pero ¿cómo escapará a su poder destructivo, si pueden alcanzarlo por la espalda?...

Thomas Roch se ha colocado delante del segundo caballete, en el momento en que el navío pasa por la superficie del abismo en el que, tras el otro buque, va a hundirse a su vez.

Nada turba el silencio del espacio, aunque llegan algunos soplos de alta mar.

De pronto, el tambor redobla a bordo del crucero... Se oyen toques de corneta. Sus voces de bronce llegan hasta mí...

¡Los reconozco, esos toques... son toques franceses!... ¡Dios mío!... ¡Es un buque de mi país el que se ha adelantado a los demás y al que un inventor francés va a aniquilar!...

¡No!... Eso no será... Voy a abalanzarme sobre Thomas Roch... Voy a gritarle que ese buque es francés... No lo ha reconocido... lo reconocerá...

En este instante, ante una señal del ingeniero Serkö, Thomas Roch levanta la mano que sostiene el frasco de vidrio...

Entonces los toques de corneta lanzan sonos más vibrantes. Es el saludo a la bandera... Un pabellón se despliega a la brisa... el pabellón tricolor, cuyo azul, blanco y rojo se recortan luminosamente contra el cielo.

¡Ah!... ¿Qué ocurre?... ¡Comprendo!... ¡Ante la vista de su pabellón nacional, Thomas Roch parece fascinado!... ¡Su brazo se baja poco a poco a medida que ese pabellón sube lentamente en el aire!... Después retrocede... se cubre los ojos con la mano, como para ocultarles los pliegues de la enseña tricolor...

¡Cielo poderoso!... ¡No está, pues, extinguido todo sentimiento de patriotismo en ese corazón ulcerado, ya que aún late ante la vista de la bandera de su país!...

¡Mi emoción no es menor que la suya!... A riesgo de ser descubierto —¿y qué me importa?—, avanzo reptando a lo largo de las rocas... ¡Quiero estar allí para sostener a Thomas Roch e impedir que flaquee!... ¡Aunque tenga que pagarlo con mi vida, lo conjuraré una última vez en nombre de su patria!... Le gritaré:

—¡Francés, es el pabellón tricolor el que ondea en ese navío!... ¡Francés, es un pedazo de Francia el que se acerca!... Francés, ¿serás lo bastante criminal para atacarlo?...

Pero mi intervención no será necesaria... Thomas Roch no es presa de una de esas crisis que antaño lo derribaban... Es dueño de sí mismo...

Y, cuando se ha visto frente a la bandera, ha comprendido... se ha echado hacia atrás...

Algunos piratas se acercan para hacerlo volver delante del caballete... Él los rechaza... forcejea...

Ker Karraje y el ingeniero Serkö acuden corriendo... Le muestran el navío que avanza rápidamente... Le ordenan lanzar sus artefactos...

Thomas Roch se niega.

El capitán Spade, los demás, en el colmo del furor, lo amenazan... lo increpan... lo golpean... quieren arrancarle el frasco de la mano...

Thomas Roch arroja el frasco al suelo y lo aplasta bajo su talón...

¡Qué espanto se apodera entonces de todos estos miserables!... Ese cruce-ro ha franqueado la zona, y no pueden responder a los proyectiles, que em-piezan a caer sobre el islote, cuyas rocas vuelan hechas añicos...

Pero ¿dónde está entonces Thomas Roch?... ¿Ha sido alcanzado por uno de esos proyectiles?... No... lo distingo una última vez, en el momento en que se lanza a través del pasadizo...

Ker Karraje, el ingeniero Serkö, los demás van, tras él, a buscar refugio en el interior de Back-Cup...

Yo... a ningún precio quiero volver a entrar en la caverna, ¡aunque tuviera que morir en este mismo sitio! Voy a tomar mis últimas notas y, cuando los marinos franceses desembarquen en la punta, iré...

FIN DE LAS NOTAS DEL INGENIERO SIMON HART

CAPÍTULO XVIII. A BORDO DEL *TONNANT*

Tras el intento realizado por el teniente Davon, a quien se había encomendado la misión de penetrar en el interior de Back-Cup con el *Sword*, las autoridades inglesas no pudieron dudar de que aquellos audaces marinos habían sucumbido. En efecto, el *Sword* no había reaparecido en las Bermudas. ¿Se había estrellado contra los arrecifes submarinos al buscar la entrada del túnel? ¿Había sido destruido por los piratas de Ker Karraje? No se sabía.

El objetivo de esta expedición, ateniéndose a las indicaciones del documento recogido en el tonelillo en la playa de Saint-Georges, era llevarse a Thomas Roch antes de que se completara la fabricación de sus artefactos. Recuperado el inventor francés —sin olvidar al ingeniero Simon Hart—, sería entregado en manos de las autoridades bermudeñas. Hecho esto, ya no habría nada que temer del Fulgurador Roch al abordar el islote de Back-Cup.

Pero, transcurridos algunos días sin que el *Sword* hubiera regresado, hubo que considerarlo perdido. Las autoridades decidieron entonces que se intentaría una segunda expedición en otras condiciones ofensivas.

En efecto, había que tener en cuenta el tiempo transcurrido —cerca de ocho semanas— desde el día en que la nota de Simon Hart había sido confiada al tonelillo. ¿Poseía quizá Ker Karraje, a esas alturas, todos los secretos de Thomas Roch?

Un acuerdo, concluido entre las potencias marítimas, decidió el envío de cinco navíos de guerra a los parajes de las Bermudas. Puesto que existía una vasta caverna en el interior del macizo de Back-Cup, se intentaría derribar sus paredes, como los muros de un bastión, bajo los golpes de la potente artillería moderna.

La escuadra se reunió a la entrada de la Chesapeake, en Virginia, y se dirigió hacia el archipiélago, a la vista del cual llegó en la tarde del 17 de noviembre.

A la mañana siguiente, el navío designado para el primer ataque se puso en marcha. Aún se encontraba a cuatro millas y media del islote cuando tres artefactos, tras haberlo sobrepasado, regresaron sobre sí mismos, lo alcanzaron por la espalda, estallaron a cincuenta metros de su costado, y se hundió en pocos segundos.

El efecto de esta explosión, debido a un formidable trastorno de las capas atmosféricas, a una conmoción del espacio superior a todo lo que se había obtenido hasta entonces de los nuevos explosivos, había sido instantáneo. Los cuatro navíos que se habían quedado atrás sufrieron una espantosa repercusión a la distancia en que se encontraban.

Dos consecuencias había que deducir de esta repentina catástrofe:

- 1.^a El pirata Ker Karraje disponía del Fulgurador Roch.
- 2.^a El nuevo artefacto poseía la potencia destructiva que le atribuía su inventor.

Tras esta desaparición del crucero de vanguardia, los demás buques enviaron sus botes para recoger a los supervivientes de aquel desastre, aferrados a algunos restos flotantes.

Fue entonces cuando los navíos intercambiaron señales y se lanzaron hacia el islote de Back-Cup.

El más rápido, el *Tonnant* —un navío de guerra francés—, tomó la delantera a toda máquina, mientras los demás buques forzaban sus calderas para alcanzarlo.

El *Tonnant* penetró media milla en la zona que acababa de ser trastornada por la explosión, a riesgo de ser aniquilado por otros artefactos. En el momento en que maniobraba para orientar sus piezas de grueso calibre, izó el pabellón tricolor.

Desde lo alto de los puentes, los oficiales podían distinguir a la banda de Ker Karraje desperdigada sobre las rocas del islote.

La ocasión era propicia para aplastar a estos malhechores, mientras se esperaba poder abrir en canal su refugio a cañonazos. Así pues, el *Tonnant* envió sus primeras descargas, a las que respondió una huida precipitada de los piratas hacia el interior de Back-Cup...

Pocos minutos después, el espacio fue sacudido por una conmoción tal que la bóveda del cielo pareció derrumbarse en los abismos del Atlántico.

En el lugar del islote ya no había más que un amasijo de rocas humeantes, que rodaban unas sobre otras como las piedras de un alud. ¡En lugar de la copa invertida, la copa rota!... ¡En lugar de Back-Cup, un amontonamiento de arrecifes, sobre los que espumeaba el mar que la explosión había levantado en una enorme oleada!...

¿Cuál había sido la causa de esta explosión?... ¿Había sido provocada voluntariamente por los piratas, que veían imposible toda defensa?...

El *Tonnant* no había sido más que ligeramente alcanzado por los restos del islote. Su comandante hizo botar las embarcaciones al mar, y estas se dirigieron hacia lo que emergía de Back-Cup.

Tras desembarcar a las órdenes de sus oficiales, las tripulaciones exploraron aquellos restos, que se confundían con el banco rocoso en dirección a las Bermudas.

Aquí y allá se recogieron algunos cadáveres espantosamente mutilados, miembros dispersos, un lodo ensangrentado de carne humana... De la caverna ya no se veía nada. Todo estaba sepultado bajo sus ruinas.

Un solo cuerpo se encontró intacto en la parte nordeste del arrecife. Aunque a ese cuerpo ya no le quedaba más que un hálito de vida, se conservó la esperanza de reanimarlo. Tendido de costado, su mano crispada sostenía un cuaderno de notas, en el que se leía una última línea inacabada...

Era el ingeniero francés Simon Hart, que fue trasladado a bordo del *Tonnant*. Pese a los cuidados que se le dispensaron, no se logró hacerle recobrar el conocimiento.

Sin embargo, mediante la lectura de las notas, redactadas hasta el momento en que se había producido la explosión de la caverna, fue posible reconstruir parte de lo que había ocurrido durante las últimas horas de Back-Cup.

Por lo demás, Simon Hart habría de sobrevivir a esta catástrofe, el único de todos los que habían sido sus víctimas, hartamente merecidas. En cuanto se halló en condiciones de responder a las preguntas, esto fue lo que hubo lugar a admitir según su relato —lo cual, en definitiva, era la verdad.

Conmovido en lo más hondo de su alma ante la vista del pabellón tricolor, tomando por fin conciencia del crimen de lesa patria que iba a cometer, Thomas Roch, lanzándose a través del pasadizo, había llegado hasta el almacén en el que se hallaban amontonadas cantidades considerables de su explosivo. Después, antes de que se le hubiera podido impedir, había provocado la terrible explosión y destruido el islote de Back-Cup.

Y ahora han desaparecido Ker Karraje y sus piratas, ¡y con ellos, Thomas Roch y el secreto de su invención!

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB